

**Dr. Arnold Krumm Heller**  
**MAESTRO HUIRACocha**

# **Der Rosenkreuzer aus Mexiko**

*(El Rosacruz de Mexico)*

Okkultistischer Roman  
*(Novela de Ocultismo)*



ALEMANIA  
1919

Tomado de la versión en Fines:

Traducida y publicado en  
la revista Ruusu-Risti 1928-1932

Traducción libre al español  
Por: Saetha

La presente obra se transcribió como parte del trabajo de divulgación de las obras de Dr. Arnoldo Krumm Heller (Maestro Huiracocha.) considerando su obra bibliográfica como una fuente de valiosos tesoros para todos los lectores.

FRATERNITAS ROSICRUCIANA ANTIQUA  
DE VENEZUELA

Aula Madre "Luz y Razón"  
Maracaibo, 2022

## NOTA DE LA EDICIÓN

A finales de la Guerra Mundial, cumpliendo funciones diplomáticas en representación del gobierno mexicano, escribe sus memorias. Entre sus escritos de aquella época, resaltan dos obras: "**Der Rosenkreuzer aus Mexiko**" (*El Rosacruz de México*), Berlín 1918, y "Für Freiheit und Rect." (Por la Libertad y la Justicia), Berlín 1916; esta última con el subtítulo de "Mis vivencias en la Guerra Civil mexicana".

Indudablemente su obra más famosa ha sido la versión castellana de su novela "*Der Rosenkreuzer aus Mexiko*", *El Rosacruz de México*, que ocho años más tarde, en Cataluña, él traduciría al español. La versión española se denomina "*Rosa Cruz, novela de ocultismo iniciático*", fue editada por la casa Maucci de Barcelona, tiene unos capítulos agregados que no figuran en la edición alemana original, correspondientes a las experiencias entre la gente de Barcelona y Badalona, especialmente sus vivencias místicas, en los erosionados macizos de Montserrat.

Como vemos, en este libro encontraremos una versión previa e incipiente de la Novela Rosacruz, del mismo autor, en esta vemos alguna terminología cambiada, y una historia que fluye de manera similar, sin embargo algunos acontecimientos suceden en una secuencia diferente.

Es un aporte para los estudiosos de las obras del Autor, a la biblioteca disponible que lego como parte de su obra Arnoldo Krumm Heller.

## El Rosacruz de México

### I

El castillo de Chapultepec brillaba esta noche como un árbol de Navidad decorado con miles de velas brillantes. Era como un cuento de hadas cristalizado en una fábula tangible, una "Fata Morgana" que aparece de repente ante los ojos de un sediento vagabundo en el desierto, caído del aire y convertido en piedra.

Esta iluminación triunfal fue el resultado de una magnífica celebración. Carranza, el famoso presidente del antiguo feudo azteca, celebraba su cumpleaños.

No podría haber mayor celebración en este castillo o en este parque. Las celebraciones estuvieron dedicadas al fundador del nuevo estado nacional de México.

Como un mar agitado, grandes vehículos se mueven aquí, estadistas con sus hermosos uniformes, oficiales con sus mejores uniformes y mujeres con los más deliciosos vestidos de cuello abierto.

En el cruce, frente a la esquina del parque, la policía tuvo que esforzarse por mantener el orden entre la multitud de carruajes. Aquí y allá, detenía a los vehículos con exceso de velocidad para dejar pasar algún carruaje de lujo del Estado.

La vida bullía y se agitaba a lo largo de los amplios pasillos del parque y de las grandes escaleras.

En el Gran Salón, cientos de invitados que llegaban ya esperaban a que el ministro del Interior se dirigiera al Presidente. Nuevas y más nuevas imágenes fueron reveladas ante los ojos de incluso el mundo más experimentado y el juicio del hombre en esta multitud de esplendor y belleza.

Qué deliciosamente bello y al mismo tiempo fascinante fue observar a este selecto grupo de niños humanos de alta posición, nobles y, como bien podría decirse de muchos de los presentes, espiritualmente desarrollados. Habían utilizado todo su ingenio y su mejor gusto para complacerse y alegrarse mutuamente en la deliciosa fiesta de cumpleaños de este único, Venustiano Carranza.

Estaban reunidos alrededor de una gran mesa en forma de herradura de gran esplendor. La vajilla, heredada de la época del emperador Maximiliano y toda de oro, formaba un tesoro de Estado incomparablemente caro. Los tapices, en los que el águila mexicana brillaba como un bordado de oro, eran de la más fina seda. Ningún castillo de Europa, ningún magnífico palacio de Luis II, podría igualarlo. Hace más de cien años, Alexander von Humboldt llamó a México una ciudad de palacios, y desde entonces muchos partidos estatales no han hecho más que construir palacios como éste.

La conversación fue al principio muy reservada, debido a la profunda impresión que el hecho de estar aquí causaba en muchos, y luego más y más animada, cuanto más alto se elevaba el sentimiento de regreso a casa en la mente del primerizo en esta fiesta tan refinada.

Sólo un conjunto en esta gran multitud permaneció inquieto y disperso. Era el Mayor Montenero, un oficial del Estado Mayor mexicano. Miraba casi incesantemente hacia la puerta, como si esperara que de allí viniera alguien con un asunto urgente para él.

Y así fue. El criado que hasta entonces le había atendido se abrió paso entre la multitud y le entregó una carta. Montenero lo sostuvo en sus manos, sorprendido y radiante de alegría, y luego, respirando con dificultad, susurró para sí mismo: por fin. Luego se dirigió a su vecino, con aspecto tranquilo, y le preguntó:

"¿Crees que puedo salir de aquí sin llamar la atención? Acabo de recibir una citación urgente".

La persona a la que se dirigió puso cara de asombro y respondió con una mirada sospechosa a Montenero:

"¿Puede alguien perderse este edén de alegría y belleza? Hijo de hombre, no te vas a ir de verdad, ¿cierto? No esperarás mañana para conocer a la mujer que te espera".

"No, se equivoca", respondió Montenero con firmeza. "Esto no es un asunto de amor".

"Bueno, bueno, seguro que no vas a ir a un duelo", siguió indagando el vecino, curioso.

"Qué tontería", dijo Montenero. "Definitivamente tengo que irme. Simplemente no sé cómo hacer para salir de aquí sin llamar la atención".

Miró al frente, mordiéndose el labio y golpeando nerviosamente con los dedos el mantel rojo dorado. Todavía no podía decidir si ir directamente al Presidente para pedirle permiso para irse. Por fin se levantó con valentía y dijo, volviéndose de nuevo a mirar a su vecino:

"Por favor, expliquen mi partida de una manera u otra si alguien pregunta por mí. El asunto que me obliga a partir es muy importante, y por ello debo seguir la invitación sin falta. Estaré encantado de devolverte el favor alguna vez".

Estas últimas palabras fueron seguidas de una reverencia muy cortés a un compañero de mesa, que respondió:

"En nombre de Dios, entonces, si realmente tienes tanta prisa, vete.

Mientras tanto, Montenero ya había desaparecido de su asiento. Se escabulló rápidamente del vestíbulo, evitando en su camino saludar a cualquiera que pudiera retrasarle. Abrochó su espada en el vestíbulo y, con los guardias cediéndole el paso y saludándole de forma militar, se dirigió a toda prisa hacia el pasillo, al final de cuya puerta salió a los jardines del castillo.

## II

El suave y encantador aire primaveral soplaba contra él. Salió a la gran terraza y esperó allí un momento. Pero no vio a nadie, aunque miró cuidadosamente a su alrededor. Entonces recordó que tenía que dar la señal, así que silbó tres veces.

En el mismo instante, un viejo indio salió de los arbustos, como si hubiera estado esperando la señal, y dijo

"Buenas noches, señor. Hoy es el día del Maestro. Los rosacruces te están esperando".

"¿Dónde debo ir?" preguntó Montenero.

"Te acompañaré", respondió el indio.

Caminaron en silencio por el patio del castillo bajo los gigantescos ahuehuetes. La imaginación de Montenero se disparó. Llevaba muchos años esperando este momento, y ahora se preguntaba qué saldría de él. La fiesta en el castillo ya se había desvanecido de su mente. De repente, el indio se detuvo y dijo:

"Estamos aquí. Cuida que nadie nos vea".

Por un momento ambos se quedaron quietos y escucharon ansiosos para ver si alguien se acercaba. Entonces el indio se apartó de un salto y, apoyándose firmemente en la roca, susurró a Montenero:

"Sígueme".

Hizo lo que le dijeron. De repente, el indio se agachó para tirar de la cadena. La roca se movió silenciosamente, como un escenario giratorio en un teatro, y un pozo minero se abrió ante sus ojos. En él se metieron. Con la ayuda de la segunda cadena, la puerta de roca volvió a cerrarse. Ahora estaban dentro del Cerro de Chapultepec.

Cada día, cientos de personas pasan por este lugar sin que nadie sepa que es la entrada a la montaña. No se trata de cuevas de estalactitas que se abren a los viajeros en Europa, sino que toda la cueva excavada está tallada por los antiguos habitantes de México y es un enorme testimonio de su infinita resistencia y habilidad. Nadie sabe, nadie tiene idea, de lo que hay ahí abajo. Los antiguos aztecas ya habían construido las cuevas bajo el actual palacio de gobierno como su templo de iniciación. Cortés, el conquistador de México, nunca se enteró, ni siquiera por su amada, de lo que ocurría allí abajo, aunque siempre andaba buscando secretos. El erudito azteca, el padre Sagahun, tampoco sabía nada al respecto. Sin embargo, es cierto que esta montaña fue en su día el emplazamiento de un templo de iniciación, que todavía alberga la logia blanca.

Montenero y el indio siguieron caminando. Al principio no vieron más que paredes desnudas cubiertas por una espesa niebla. preguntó el indio:

"Bueno, ¿qué te parece?"

A esta pregunta, que le pareció un poco burlona, Montenero respondió:

"Pero era más hermoso allá arriba".

"Espera un momento", continuó el escolta. "Hoy verás cosas mucho más bonitas".

"Sí", respondió Montenero, un poco dudoso. "Pero los platos y la vajilla de Maximiliano están llenos de oro".

"¿Oro? Ja, ja, ja", rió el indio. "Los rosacruces convierten el plomo en oro".

Continuaron por el pasillo y finalmente llegaron a una puerta cerrada.

El indio golpeó con firmeza tres veces. Entonces oyeron una voz en el interior que decía en buen español:

"Para. Ninguna persona no iniciada puede cruzar este umbral".

El indio sólo respondió:

"Acompaña al discípulo, al aspirante que busca la luz, la luz sagrada del Nahuatl".

"¿Responderás por él?"

"El Maestro ha ordenado que lo traigan".

Entonces la puerta se abrió y entraron en una nueva parte del corredor. Del otro lado estaba un guardia armado que había abierto la puerta y ahora los dejaba avanzar.

Pronto llegaron de nuevo a la nueva puerta.

"Mira eso", exclamó el indio, "esta es la tercera. Yo mismo abrí la entrada a la montaña. Un guardia nos dejó pasar por la segunda puerta. Aquí es donde tengo que taparte los ojos, de lo contrario no podremos avanzar. Si no eres ordenado, te traeré de vuelta a este lugar. Lo que verás y escucharás quedará en silencio para siempre."

Sacó una venda, que puso sobre los ojos de su compañero. Ahora atravesaron la última puerta. El Mayor dio un paso, al principio un poco cauteloso.

"No es muy fácil caminar con los ojos tapados", refunfuñó Montenero, que, aun pisando con inseguridad, levantó los pies en busca de un punto de apoyo firme.

"Ese es el camino de la mayoría de la gente, espiritualmente ciega, desde la cuna hasta la tumba", dijo el indio.

De repente, una pregunta les devuelve el eco:

"¿Quiénes son estos imprudentes que se acercan al santuario? Nadie regresa vivo de aquí que se haya dejado llevar por el camino por mera curiosidad. Este es el reino de Lucifer Nahuatl. Aplastará a todos los que se acerquen a él, dará vida a todos los que lo busquen". El indio le susurró a Montenero que la voz era la del Maestro.

Entonces Montenero sintió de repente como si un objeto frío, una placa de metal o algo así, le presionara el pecho. De alguna manera se parecía al éter metálico o a alguna sustancia similar en su frialdad volátil.

"¿Siente algo el neófito?", siguió preguntando la voz del Maestro.

"Siento una frialdad penetrante en el pecho", respondió Montenero.

"Es la desnudez de la cruz cuando la rosa la abandona. Es la frialdad del alma cuando no recibe el amor de Dios. Es el remordimiento de la conciencia cuando transgrede la justicia".

Al acercarse a la voz que le había hablado, Montenero se dio cuenta, por el eco difuso de sus pasos, de que estaba en una gran sala.

"¿Qué nos pides?" fue la siguiente pregunta. "Busco la iluminación para mi espíritu. Anhele lo eterno desconocido y me gustaría explorar la fuente de todas las cosas", respondió el recién llegado con determinación.

"¿Cómo decides que podemos compartir esta luz contigo y resolver esas grandes preguntas?"

"Busco a alguien que pueda hacerlo, pues se ha dicho que el que busca encuentra. Hace varios meses oí hablar de una logia blanca aquí en México que podría iniciar a un discípulo, a un buscador en el conocimiento secreto de los nahuatl, y ahora espero que usted pueda cumplir este anhelo mío."

"¿Acaso la Iglesia Católica Romana, a la que perteneces, no ha podido darte la luz que buscas?"

"Las iglesias con sus confesiones no me satisfacen".

"¿Y la filosofía?"

"Eso tampoco me ha satisfecho. Busco la luz del conocimiento espiritual. La Biblia dice, como ya he mencionado: el que busca, encuentra. Y añade: al que llame, se le abrirá. Y finalmente dice: pedid y se os dará. Refugiémonos en estas promesas de la Santa Palabra".

"¿Has hecho ya algún estudio de las ciencias secretas?", indagó más la voz del Maestro.

"He leído una gran variedad de obras, como los libros publicados por Eliphas Levi, Papus y Franz Hartmann. Durante años también he pertenecido a sociedades espiritistas. Pero lo que me falta es un verdadero maestro espiritual que me explique las cosas y me inicie en lo que todo el mundo habla, pero no sabe. Por casualidad conocí a este indio que me trajo aquí esta noche. Después de estudiarme durante mucho tiempo, me prometió que me llevaría a una empresa que pudiera darme conocimientos reales. Ahora estoy aquí. No sé lo que me ocurrirá y lo que experimentaré, pero tengo la corazonada de que mi anhelo se cumplirá aquí. Estoy cansado de aprender. Por fin quiero saber".

"Le agradezco", dijo lentamente el Maestro, "este informe detallado. Sabía que llevabas mucho tiempo estudiando las ciencias ocultas y por eso he cumplido tu voluntad. Pero le advierto por última vez, por si la curiosidad le ha traído hasta aquí. La iniciación es un arma de doble filo. Defiende y da vida sólo a los sinceramente puros, pero acusa y destruye a los curiosos que blasfeman de lo santo".

Ahora la voz se dirigió al indio.

"Hermano sirviente. ¿Quedó satisfecho con las averiguaciones que hizo sobre la vida de este hombre?"

"Sí, puedo recomendarlo con la conciencia tranquila".

Luego la voz continuó, transmitida a Montenero:

"Comentaste que la casualidad te había llevado hasta este indio. ¿Realmente crees en el azar? No existe tal cosa. La gente siempre confunde causa y efecto, permiso y azar, condiciones e intuición. Somos los intermediarios de los poderes y fuerzas superiores.

- ¿Cuánto hace que conoces a tu amigo, el indio?" se preguntó a Montenero. En el mismo momento, una luz brillante, a pesar del vendaje, se extendió ante él. Esta luz brilló a través de él. Podía ver a través de su cuerpo de carne. Y a través de esto vio una serie de sus propios yos, y se dio cuenta de que había estado en contacto con este indio en sus formas anteriores durante milenios, había vivido y actuado con él.

De repente, este mundo, que le rodeaba como una densa cortina, desapareció. No había lugar ni tiempo. Estaba en un estado de ser totalmente nuevo, una cuarta dimensión. Una maravillosa sensación de arrebató le tomó por sorpresa. Pero tuvo que pensar en una forma para su respuesta y fue: "Yo... no sé".

Ciertamente no lo sabía. Entonces, ¿este nuevo espacio borró toda la memoria?

"Antes de aceptarte en nuestra unión", continuó el Maestro, "debemos hacerte algunas preguntas".

"¿Cuándo naciste?"

Montenero pretendía responder como si hubiera respondido en un interrogatorio laico si le hubieran hecho tal pregunta. Pero milagrosamente, ese notable estado se apoderó de él nuevamente. El lenguaje se negaba a funcionar. Vio sus innumerables encarnaciones, las que ya había vivido e incluso las que aún estaban antes que él. Así que tuvo que responder de nuevo:

"No sé cuándo nací".

Nuevamente, Montenero escuchó la voz del Maestro.

Acabas de decir que estabas buscando luz. ¿A qué tipo de luz te refieres?"

Me refiero a la luz de la verdad.

"¿Cuál es la verdad?"

"La verdad es... La verdad es", repetía Montenero, pensando... "La realidad, el ser, la unidad absoluta en la naturaleza".

"Correcto. ¿Y qué es una mentira?"

"Una mentira es un engaño, lo contrario de la verdad".

"Sí ... Así es", continuó el Maestro, "la verdad es sobre Dios y Dios, ¿no es así?"

"Sí", respondió Montenero. "El engaño, las decepciones son del hombre, las creamos nosotros mismos".

"Así es", continuó explicando el Rosacruz. "Dios es la verdad misma, y solo la verdad en nosotros puede conocer la verdad de Dios.

Debemos, por así decirlo, conocer la verdad por nosotros mismos para poder captarla. Sólo llegando a conocer el verdadero yo se puede llegar a conocer la verdad. Dios como creador o espíritu omnipotente -los antiguos mexicanos habrían dicho como alma central- es la única verdad universal. La verdad manifestada en el universo es el Hijo, y según esto, el Espíritu Santo es el espíritu del autoconocimiento divino. El hombre en su velo físico es efímero y sólo la verdad, el ser real dentro de él es eterno y auto existente. Nuestra conciencia o intelecto diario pertenece a nuestro cuerpo físico efímero y está sujeto tanto al error como a la ilusión. En cambio, nuestra conciencia superior, más espiritual, es infalible. Es la conciencia que pertenece al verdadero yo, el "yo" imperecedero. Y esta es la chispa de Dios en nosotros. Hay una chispa divina en cada hombre, pero para despertarla a la

conciencia, el hombre debe seguir el método prescrito de evolución que puedes aprender con nosotros. Esta chispa es Dios mismo en nosotros".

"¿Recuerda algún pasaje de las Escrituras que lo sugiera?", preguntó a Montenero.

"Sí, Señor", respondió Montenero sin dudar. "San Pablo dice: ¿No sabéis que sois el templo de Dios y que Él (es decir, La chispa de Dios, la partícula del Creador omnipresente, el Gobernador del cielo y de la tierra) habita en ti? Esto, supongo, es todo".

"Sí, este es el punto al que me refería", admitió el Maestro y continuó: "Ahora considere que es una parte del Dios omnipotente, y fíjese que es en esta parte, por lo tanto, donde naturalmente habita el poder infinito, está a nuestra disposición y a través del cual podemos hacer milagros, como prometió Jesús. Vean con qué claridad entendemos ahora las palabras de la Escritura. "Si tu fe fuera del tamaño de un grano de mostaza, podrías mover montañas". Porque la fe basada en el conocimiento de Dios es poder. La fe no es lo que predicán los sacerdotes y repiten la mayoría de los sistemas religiosos: la creencia ciega en doctrinas ajenas que no se pueden debatir y bajo las cuales millones de personas que no utilizan sus propias ideas siguen como un rebaño una u otra campana".

"No olviden lo que les digo esta noche: la fe es lo mismo que la voluntad. La voluntad de bien, la voluntad de crear es Dios en nosotros. El hombre es capaz de todo lo que quiere, cuando sólo quiere lo que es perfecto. Cada ser humano es un punto focal, un punto de reunión donde los rayos espirituales de luz y poder se juntan y desde donde pueden fluir nuevamente para la bendición de aquellos más cercanos a ellos".

"Así que estás buscando la luz de la verdad", continuó el orador después de un momento. "Pero, vuelvo a preguntar, ¿cuál es la verdad? Después de todo, todo es relativo en esta vida, con una excepción, la certeza del final de la vida, de la muerte. - En la parte superior de la entrada de un antiguo templo había una inscripción: 'gnóthi seautón' (*conócete a ti mismo*). Esto significa: Uno debe estudiar todo lo que está involucrado en esta pregunta, es decir, de dónde venimos, qué somos y qué seremos más allá de la tumba. El hombre es un ser polivalente. Incluye todo, el cielo y el infierno, dios y la naturaleza, y sólo cuando el hombre se conozca a sí mismo podrá comprender estos conceptos. ¿Crees en una vida continua después de la muerte?"

Sí, lo sé. Estoy tan seguro de ello como de mi existencia actual".

"Me has dicho que te has dedicado a la investigación espiritista. ¿Cree que tal vez ha llegado a una nueva sociedad espiritista aquí?", preguntó el Mayor con una voz nueva y desconocida.

Montenero se preguntó por qué el propio Maestro no se lo había preguntado.

Pero no tenía tiempo para especular, pues se esperaba que diera una respuesta. Tras un momento de silencio, respondió:

"Me parece obvio que aquí se favorecen búsquedas similares, ya que todas las búsquedas aquí se dirigen al mundo del espíritu, a las fuerzas espirituales. Por lo que yo, como recién llegado, puedo ver, la diferencia está sólo en la forma de estudiar este mundo espiritual, y no en la búsqueda de pruebas de su existencia."

"Muy bien", continuó el misterioso interrogador. "No estamos tan lejos del espiritismo como para no saber nada de él, como ese ciego y apasionado negador de los poderes espirituales humanos que llamamos materialismo. Lo que nos separa del espiritismo es, como bien has señalado, la forma de estudiar el mundo espiritual. No aprobamos la forma de estudiar de los espiritistas, porque creemos que explotan fuerzas naturales cuyas leyes rectoras desconocen y, por tanto, hacen más daño que bien. No se pueden negar los fenómenos espiritistas, pero en la mayoría de los casos no son los espíritus que dicen ser. El espiritista abusa del hombre como el viviseccionista abusa de los animales. Necesita un intermediario, un cuerpo magnético, espiritual, que es utilizado por el mundo espiritual invisible y trata de penetrar en el mundo espiritual por esta vía indirecta. Sin embargo, saca conclusiones erróneas porque ha utilizado mal el intermediario. La diferencia entre un espiritista y, por utilizar un nombre, un hermetista, es la siguiente: el espiritista utiliza el lado autoconsciente del médium para crear una mirada en el otro lado. El hermetista, en cambio, desarrolla en sí mismo la capacidad de ascender en su propio espíritu al mundo espiritual. El espiritista utiliza seres que no puede controlar él mismo para realizar sus experimentos con ellos. El hermetista, en cambio, abandona su propio cuerpo para entrar en el mundo espiritual como persona autodeterminada, consciente de sí misma y de libre albedrío.

"Todo hermetista debe convertirse conscientemente en un clarividente. En un principio, la humanidad se limitaba a sus "cinco" sentidos en sus exploraciones. Luego llegó la ciencia e inventó el microscopio y el telescopio para ampliar los horizontes de los sentidos. El hermetista, o quizás prefieras el nombre de ocultista o rosacruz, desarrolla las facultades del ser superior dentro de sí mismo para superar el microscopio y dejar atrás el telescopio".

Cuando Montenero estaba a punto de responder, fue interrumpido por la voz de un interrogador desconocido.

"Todavía tienes muchas pruebas por delante, a través de las cuales se determinará tu fuerza de voluntad y tu grado de desarrollo personal. ¿Está dispuesto a cumplir nuestras condiciones?"

Un ardiente deseo de explorar los misterios habría hecho que un candidato aceptara todo lo que se le propusiera. Sin embargo, no era uno de los llamados que, a través de la práctica rigurosa y sistemática y la experiencia en sus vidas anteriores, han llegado a un punto que justifica la demanda de iniciación. Tampoco fue uno de los que abrazaron el misterio de todo corazón. Todavía estaba demasiado apegado al mundo de los sentidos, y aún no era capaz de renunciar a todo lo efímero en favor de una vida más elevada y eterna. Sin embargo, respondió:

"Estoy dispuesto a cumplir con todo lo que se requiere de mí".

"Entonces acércate", fue la respuesta.

Pero Montenero estaba ahora lleno de una extraña ansiedad contra la que no podía luchar.

Una venda parecía perseguirle, y todavía le impedía oír. Tiró de ella un poco más abajo, de modo que la oreja derecha, sobre la que el indio la había atado accidentalmente, quedó libre.

Se levantó, sin entender muy bien lo que le molestaba. Decidido, sin embargo, dio un paso adelante para obedecer la orden del Maestro.

Pero... ¿Qué fue esto? El fondo cayó bajo sus pies y se sumergió en las profundidades, se sumergió... en un abismo que parecía estar lleno de tierra suelta. Todo a su alrededor era tierra. La suciedad de la comida rancia se había pegado a cada parte de su cuerpo. Era tan extrañamente palpable, pero era como si alguna esencia líquida se hubiera unido al mismo tiempo a esta tierra, que no tenía nada en común con el suelo ordinario. Sin embargo, era cierto que había caído en el abismo... Y, por otro lado, sintió que no había ningún hueco, ninguna brecha. Todo era tan extraño, misterioso, encantador, inexplicable, incomprensible para los sentidos ordinarios.

El tiempo que había transcurrido desde su zambullida en el abismo fue vertiginoso, instantáneo. Y, sin embargo, le pareció una eternidad. Cuántas cosas experimentó en ese tiempo inconmensurablemente corto. Como una persona que se precipita desde un acantilado hacia una muerte segura, vio en ese momento instancias casi infinitas de su propia vida. Estaba, por así decirlo, viviendo su propia vida de nuevo, repitiéndose. Los suicidas que no han logrado su intención experimentan lo mismo. Era como si, en las películas, toda su vida se desarrollara para él, hasta el más mínimo detalle, con una velocidad infinita.

No sabía si Montenero estaba vivo o muerto. Instintivamente, tanteó a su alrededor y, extrañamente, se apoderó de algún objeto tangible. Sintió claramente que era una piedra, una piedra en la capa de tierra que le rodeaba y en la que parecía haber caído. Seguramente esta piedra estaba más suelta que cualquier otra. No sabía por

qué, ni por qué razón, pero se aferraba a esta piedra como a un trozo de tabla que flota en el mar. Apenas lo había agarrado, cuando una corriente de agua, que brotaba de una hendidura en la roca, se precipitó hacia él. Y sintió que al tocar la roca lo había provocado. El agua subía cada vez más. Obligándose a pensar que se estaba ahogando, se levantó como pudo de puntillas, cuando el agua le había llegado al pecho y subía por encima del cuello. Sólo agachando la cabeza hacia atrás pudo Montenero evitar que el agua entrara en su boca.

Pero qué increíble era esta agua. Al igual que la tierra, esta agua parecía estar impregnada de una extraña esencia espiritual. Sentía como si el agua atravesara su cuerpo. Tenía miedo de ahogarse y los dedos de los pies ya estaban cansados. Si sólo hubiera inclinado la cabeza hacia delante, se habría visto obligado a tragar y entonces se habría quedado sin nada.

Indefenso e impotente, sin esperanza de salvación, se enfrentó a esta fuerza abrumadora. Sus piernas parecían negarle ya la ayuda, pero una vez más el miedo a la muerte le obligó a apoyarse en las puntas de los pies y evitar la marea creciente.

Tratando de mantener el equilibrio, buscó el techo con la mano para sujetarse. Fue entonces cuando se agarró a una cadena colgante. Apresuradamente, tiró y el agua desapareció con una velocidad terrible y misteriosa. Se creía un mago que agitaba su varita y hacía milagros. Pero aún así no se sintió aliviado, ya que ahora, en lugar de agua, se abalanzaron sobre él grandes y abrasadoras llamas de fuego. Una espada infernal de fuego lo rodeó y amenazó con destruirlo por completo. No había nada que le hiciera refrescarse, nada que le calmara en este terrible calor. Apasionadamente, trató de respirar el aire con un chasquido para refrescar su garganta.

Extraño. Incluso el fuego tenía vida. El agua que le rodeaba había sido espiritual hace un momento, ahora sentía el aliento del fuego. Pero el terror no hizo más que aumentar. El dolor del fuego seguía pareciendo infinitamente mayor que el del agua. Pensó en la salvación, y en la angustia de su corazón recordó su infancia. Y pensó en su madre, que le había enseñado a rezar. Ahora levantó las manos en oración y un profundo suspiro escapó de su pecho: "¡Señor, ayuda! ¡Tengan piedad de mí! ¡Señor, ayúdame!

Y mira. El aliento, o más bien la palabra que salía de su boca en la oración, parecía alargarse. Parecía que ese poder de ayuda provenía de las vocales de la palabra pronunciada. La ayuda, entonces, vino de su interior. Con estas palabras se convirtió en su propio salvador, independientemente de otros ayudantes. Sí, este poder interior, este viento sagrado espiritual, se llevó el fuego.

Un maravilloso silencio le rodea. Se sentía solo con su Dios interior. Quería verle, mirar dentro de sí mismo, pero no podía: tenía los ojos vendados. Sin embargo, se agarró a la venda. No lo había dejado de lado. Había obedecido la orden del indio.

Entonces, de repente, como si se despertara de un sueño, oyó la voz del Maestro que le hablaba de nuevo.

"Has superado la prueba. Los cuatro elementos de fuego, agua, tierra y aire te han purificado".

Montenero ahora también escuchó que el Maestro no estaba solo. Oyó a varias personas levantarse de sus asientos.

"En el principio había luz. Que haya luz para el discípulo".

Como por manos invisibles la venda cayó de sus ojos, y asombrado, deslumbrado, maravillado, se encontró de nuevo en un salón glorioso y maravilloso. Le rodeaba una gloria deslumbrante, una gloria frente a la cual la grandeza y la belleza del salón de baile del Castillo de Chalputepec palidecían hasta la insignificancia. Y sorprendente. Esta luz estaba viva, llena de espíritu, como el fuego que le rodeaba en la mina. Me pregunto qué era.

Miró al techo. No había cables eléctricos, ni bombillas, ni nada parecido que se pudiera ver. No había ninguna fuente de luz y, sin embargo, estaba por todas partes. Pero mira. Emanaba de la gran cruz detrás del Maestro. Se extendió alrededor de la cruz como una corona. Y cuando miró más de cerca la cruz, vio la piedra del calendario azteca. Y la cara en el centro era como una rosa. Sí, pensó para sí mismo, debe ser eso. Debe ser así en todas partes entre los rosacruces. Entonces su mirada se encontró con los ojos del indio. Había retrocedido un poco, y parecía decirle:

"¿No te dije que la belleza de este lugar supera la grandeza del castillo? Sólo tienes que mirar a tu alrededor. ¿Sientes la luz?"

Sí, percibió la belleza de esta luz. La lámpara más perfecta que podría haber inventado la moderna tecnología de la iluminación se reduciría a una mísera vela de sebo. Incluso el interior de la sala reflejaba esta maravilla. ¿Qué eran las joyas de oro imperiales allí arriba, en el castillo de Carranza, comparadas con esta inmensa riqueza? Las paredes, el techo, los pilares, todo era de un oro sólido y radiante. ¿De dónde ha salido? ¿Qué minas han sido capaces de proporcionarla? ¿Quién lo había montado todo, quién lo había construido tan hábilmente?

El candidato estaba asombrado. No sabía dónde mirar primero.

Los rosacruces le habían dejado deliberadamente este pequeño momento para recoger sus impresiones y grabarlas en su mente en un abrir y cerrar de ojos, para que nunca las olvidara. Por fin su mirada atónita y escrutadora se encontró con la

del Maestro. Hasta ahora sólo había escuchado su voz. Vio ante él a una figura alta y majestuosa, con una barba bien cuidada y ondulada, y un cabello fino y ligeramente canoso, que en otro tiempo debió ser rubio, y que probablemente incluso ahora daba a su aspecto ese fresco sello de la juventud. Rasmussen, así se llamaba el Maestro, era una de esas extrañas personas cuya edad es difícil de definir. Bien podría haber tenido 60, o incluso 70, como 40 o 45 años. Todos sus rasgos estaban noblemente esculpados, su nariz, su frente alta y sus ojos azules oscuros y penetrantes que brillaban como los ojos de un bardo. Su familia debió de proceder de Schleswig o Dinamarca, como su nombre indica.

El Sr. Rasmussen era muy conocido en la colonia alemana de México, y como consejero era un hombre distinguido. Incluso a los ojos del gobierno mexicano. Era muy respetado. Durante muchos años ocupó el cargo de Cónsul Real de Noruega. Pero no sólo para los noruegos, sino también para los daneses y los suecos, la casa del cónsul Rasmussen estaba siempre abierta. Vivía en un chalet muy bien amueblado en la colonia Juárez. Era de sobra conocido que sus conocimientos eran asombrosamente amplios. Pero nadie sabía cómo había adquirido su fortuna. Se decía que lo había heredado. También poseía algunas minas de plata en el norte, pero le importaban muy poco. Pero se sabía que había adquirido su fortuna por medios perfectamente honestos. Los bancos y los mayoristas lo utilizaban como auditor; pero no era tan conocido que se dedicara al estudio de las ciencias ocultas. Por el contrario, se sabía que ocupaba un alto cargo en la logia masónica. Pero como en México, al igual que en otros países, los masones suelen pertenecer a los círculos sociales más finos y exaltados, era evidente que ocupaba uno de los cargos más altos.

Montenero se llevó la palma de la mano a la frente cuando lo vio abajo y pensó para sí: "Sí, es cierto. No podía ser otro. No puedo entender cómo no me di cuenta de esto antes y hablé con él antes de venir aquí. Toda su apariencia, su aspecto, todas las circunstancias apuntan directamente a este lugar".

Pero no hubo tiempo para más especulaciones, pues el Maestro se dirigió de nuevo a él.

"Mayor Montenero, usted ha pasado por las pruebas y las ha resistido. Debo señalar, sin embargo, que lo que ahora has experimentado se debió, de hecho, sólo al engaño de tu conciencia. En realidad, no te has levantado de la silla para nada. La tierra que sentiste, la caída que experimentaste, el agua en la que creíste ahogarte, el fuego que amenazó con destruirte y, finalmente, el viento que ahuyentó el fuego, fueron sólo alucinaciones de los sentidos y sólo deben entenderse metafóricamente. No es necesario que sometamos a nuestros candidatos a una prueba mayor, ni que pongamos a prueba a nuestros aspirantes, porque nosotros, los de aquí abajo, conocemos a las personas mejor de lo que ellas se conocen a sí mismas. Disponemos

de medios y métodos muy diferentes para penetrar en los secretos de la conciencia. Pero el catálogo de parábolas que te rodea debes aprender a entenderlo a partir de ahora.

Mantendremos nuestras reuniones y nuestras parábolas en secreto, pues sería bastante inútil hacerlas públicas y ofrecer a las masas lo que no entienden -la propia Biblia se refiere a esta sabiduría secreta de Dios en I Corintios 2, versículo 7, donde dice: "Pero nosotros hablamos de la sabiduría oculta de Dios, que Dios ordenó para nuestra gloria antes del comienzo del mundo."

Los rosacruces forman un círculo interior y otro exterior. Hasta ahora eres un miembro del círculo exterior. Sin embargo, como todo el mundo, tiene derecho a aspirar al círculo interno. Has entrado en el círculo exterior en tu conciencia física. Sólo el cuerpo astral entra en el círculo interior, y depende de ti si sigues en tu cuerpo actual o si has tomado otro cuerpo en la nueva vida. Tu cuerpo físico es como un violín que tienes que aprender a tocar de nuevo. Mantenga esa noble máquina suya limpia y segura. Tú mismo puedes desafinarla y los niños pueden tocarla sin permiso y destrozar ese maravilloso instrumento. Pero nunca olvides que el Dios que llevas dentro considera sagrado este instrumento. Una vez más, le remito a la Santa Palabra. En I Corintios 6, versículo 19, dice. "¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el que tenéis de Dios, y que no sois vuestros? "

"¿Le explico algo más, Mayor Montenero? ¿Hay algo más que quieras preguntar? Los hermanos, así como yo mismo, estamos encantados de responder".

"Maestro", respondió Montenero, "ya he mencionado que durante mucho tiempo he estado estudiando la literatura oculta. Pero nunca lo he hecho sistemáticamente. He leído esto y aquello a medida que los libros llegaban a mí. Por lo tanto, tendría muchas preguntas que hacer, porque muchas cosas no están claras para mí".

"¿Qué es lo que más te ha sorprendido aquí?" Preguntó el Maestro.

Montenero no se conocía a sí mismo. ¿Qué es lo que más le ha impresionado? De repente, le sorprendió de nuevo la abundancia de luz que irradiaba la cruz. Entonces lo entendió. Lo que más le había impresionado era la cruz y la gloria de la luz.

"Maestro, si me permite, le pido que me explique la relación entre la cruz cristiana y la piedra del calendario de nuestros antepasados".

"Mayor. La respuesta a esta pregunta es la solución de un gran problema futuro. Sólo puedo darle algunas referencias al respecto:

La Reforma, que quitó el velo de la cruz del Calvario, se originó en mi país, Alemania. La raza alemana, la religión de los antiguos pueblos germánicos, ha llevado al espíritu alemán a una determinada etapa de desarrollo. El culto al sol de los antiguos

mexicanos es más antiguo y tiene más valor exotérico que el cristianismo. Un vínculo espiritual une a ambos en un sistema perfecto. Así como la vida de Cristo representa la vida de cada individuo, todos los pueblos de la tierra deben recorrer el camino de la vida y del sufrimiento del Salvador, el más grande de los consagrados. Al igual que Él vivió, fue crucificado, murió y resucitó de entre los muertos, así el pueblo alemán, tras soportar el dolor de la cruz y escurrir la cal del sufrimiento en aquella terrible guerra, debe levantarse a una nueva prosperidad. Entonces los soldados que cayeron por su patria se encarnarán de nuevo en este continente mexicano para sentar las bases de una nueva raza mexicana. De un sistema religioso egipcio muy parecido a la antigüedad mexicana, se transmiten escrituras milagrosas que hablan de tales reencarnaciones destinadas en otras tierras. Así, los iniciados de Osiris se referían a menudo a sí mismos como los "Leones del Norte", lo que en el contexto del texto sólo puede explicarse como la reencarnación de un pueblo nórdico. Si se trata de la reencarnación como tal, todos los sistemas religiosos hablan de ella. Incluso Jesús lo menciona en su discurso sobre Juan el Bautista como Elías reencarnado. Dice: "Si quieres creerlo, él es Elías". En Juan 3 también vemos una referencia a la reencarnación: "En verdad, en verdad os digo que el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios". Son oscuras y muy controvertidas las palabras del Nazareno en las que, en el contexto de su propia reencarnación, habla de la reencarnación de toda la nación:

"En verdad os digo que este pueblo no perecerá hasta que se cumplan todas estas cosas". - Les dejo que reflexionen sobre esta cuestión. Todo lo que ocurre en el mundo físico es sólo un reflejo en el mundo astral, inaccesible para la mayoría. México está interactuando con Alemania, a la que por ahora sólo podemos referirnos, pero que en el futuro será reconocida universalmente."

"Pero la cruz en sí, ¿cómo se entiende?", indagó más Montenero.

En el mismo instante, vio las letras brillar con fuerza y dijo:

**"INRI.** Eso significa *Jesús Nazareno Rex Judaeorum*".

"Nosotros los rosacruces", respondió el Maestro, "lo explicamos de otra manera: *Igne Natura Renovatur Integra*, es decir, 'por el fuego la naturaleza se renueva íntegra'. En realidad, deberíamos decir "a través de los elementos", pero más adelante verás que todos los elementos están contenidos en el fuego. La palabra INRI desempeña un papel trágico en la vida de Cristo incluso antes de su aparición pública. Según la tradición egipcia, tenía que ver con las iniciaciones místicas, y pronunciar esta palabra provocaba cortes en el cuerpo, aunque sólo aparentes, pues cuando se pronunciaba correctamente adormecía el cuerpo. En la historia de la tradición judía 'Toldot Jesuu', los judíos dicen que Jesús tenía esas incisiones en su cuerpo como una señal de la magia egipcia - la iniciación que realmente significan. Acusado de tal magia, la misma tradición dice que Jesús fue ejecutado en Lydia. Así

que esta palabra aquí representa la parte trágica, por lo que entendemos muy bien por qué se escribió en la cruz. A través de otras palabras mágicas similares de esta palabra, el Logos es crucificado entre todas las naciones, es decir, depositado místicamente en el cuerpo, para que actúe de forma estigmática. Por lo tanto, la pronunciación de esta palabra adormeció el cuerpo. Esto permitió que el cuerpo astral saliera. Recuerda que Heráclito vio en el fuego, o espíritu, el principio de toda la creación. Anaxímenes la buscó en el aire o la fuerza, Tales en el agua o la materia, y Empédocles creyó encontrar toda la síntesis en la tierra. La trinidad se mantiene, espíritu, fuerza y materia.

El fuego en el hombre es sagrado. Este fuego del espíritu sagrado puede destruir al hombre o desarrollarlo aún más. Depende de sí mismo. En cualquier caso, aquí se le ha dado la oportunidad de adentrarse más en los misterios internos de la naturaleza. Los humanos hemos sido dejados para la seguridad de los demás. Necesitamos ayudarnos unos a otros, necesitamos que nos enseñen y apoyen. A partir de hoy, eres miembro de nuestra hermandad exterior".

Luego el Maestro continuó, volviéndose hacia los demás.

"Me gustaría suspender la reunión por un momento para dar a los hermanos la oportunidad de saludar a su oponente". Montenero ya conocía a muchos de los presentes y se alegró sinceramente de tener la oportunidad, aquí y allá, de estrechar la mano de un viejo conocido o de un antiguo compañero de colegio.

Después de un rato, Rasmussen empezó a hablar de nuevo.

"Mis queridos hermanos, creo que es hora de terminar nuestra reunión de hoy y retirarnos. ¿O alguno de los hermanos tiene todavía algo que decir?"

Inmediatamente un hermano tomó la palabra y preguntó:

"¿Tiene el Maestro alguna opinión sobre el espantoso crimen que ha sumido en la confusión a todos los habitantes de la capital?"

Montenero supo enseguida de qué se trataba. El informe de esta desgracia había aparecido en todos los periódicos. Aproximadamente una semana antes, se había producido un gran incendio en la embajada del Atlántico en México, que la quemó casi por completo. No se sabe si los bomberos fueron alertados demasiado tarde o si las llamas se apoderaron a la velocidad del rayo. En cualquier caso, la ayuda llegó demasiado tarde y los bomberos no pudieron hacer nada más.

Sin embargo, la investigación policial concluyó que se trataba de un incendio provocado y que el autor había hecho de las suyas. Fue muy embarazoso para el gobierno que este crimen fuera cometido por un servidor de nacionalidad mexicana, ya que podría haber provocado un conflicto con un final imprevisible.

El cuerpo calcinado del secretario de la embajada fue encontrado en la oficina de la embajada quemada. Al menos, esa era la conclusión que se extraía de los restos de su traje, que no había sido quemado, ya que su cuerpo estaba tan mutilado que su rostro ya no era reconocible. La caja fuerte había sido abierta y el sirviente había desaparecido ante los ignorantes. Así que estaba bastante claro. La caja había sido forzada por el criado. Al parecer, el secretario le había sorprendido, y tal vez se había producido un feroz forcejeo. Esto ha terminado con la muerte de dicho funcionario. El jefe de policía se había llevado, como cuerpo del delito, un puñal con las iniciales del criado. Se telegrafió a todas las partes de la república y al extranjero que el criado debía ser detenido y enviado a la oficina de policía de la capital. El Ministro de Asuntos Exteriores pronunció un emotivo discurso en el funeral, en el que subrayó que el Gobierno mexicano lamentaba profundamente lo ocurrido y que haría todo lo que estuviera en su mano para detener al servidor criminal. La esposa del secretario de la embajada que sufrió el accidente recibió una pensión vitalicia. Toda una multitud de personas, la mayoría de ellas familiares del siervo fugado, habían sido detenidas; todo rastro de él había desaparecido, pues el gobierno de Limanria insistió en el castigo del criminal. El peticionario pensó que era el deber de los rosacruces ayudar al gobierno a rastrear a este extraño siervo fugado.

"Sí, Maestro", dijo el presentador, "tratemos de iluminarnos en este asunto mediante el trabajo mental".

Rasmussen guardó silencio un momento y cerró los ojos como para concentrarse mentalmente. Luego sacó una espada flamígera de un armario y pidió a los hermanos que se tomaran de las manos para formar una cadena. Luego trazó un círculo mágico sobre las cabezas presentes, pronunciando en voz baja unas palabras que Montenero, al menos, no entendió y que le parecieron unos mantrams.

En esta ocasión, la luz se atenuó hasta la más absoluta penumbra, lo que se hizo vertiendo el Maestro unas gotas de líquido en la copa, de la que surgió inmediatamente una espesa niebla que llenó la sala. Después de un breve momento de descanso, durante el cual todos parecían concentrar sus pensamientos en el criminal, el Maestro pronunció tres veces en voz alta el nombre del siervo.

Antes de la ceremonia, un hermano había expresado la opinión de que el experimento tendría éxito muy fácilmente. Como la noche ya estaba bien pasada, era más probable que lo habitual, pues el sirviente, a quien definitivamente se consideraba el asesino, estaba dormido y por lo tanto su cuerpo astral podía entrar y salir más fácilmente.

Apenas había pronunciado Rasmussen el nombre por tercera vez, cuando se empezó a oír un extraño crujido en el pasillo. Entonces, algo nebuloso pareció adoptar una forma esférica y se juntó de nuevo una densa nube. Al cabo de un rato, un ser claramente visible se situó frente al círculo formado por los presentes.

"Me has llamado desde el reino de los muertos", comenzó a hablar, "y no he podido resistirme a ti. Tu magnetismo fue tan fuerte que tuve que venir. ¿Por qué has perturbado mi paz? ¿Qué quieres de mí?"

Estas fueron las palabras que Rasmussen menos esperaba. Estaba preparado para ver el remordimiento de un espíritu culpable.

Reprochando, se dirigió al espíritu y dijo:

"¿No tienes remordimientos por haber asesinado a tu maestro, el secretario?"

La voz del espíritu respondió:

"No he matado a nadie. Yo no privé al secretario de su vida, en cambio él me privó de la mía después de haber robado el dinero de su embajada. Para lanzar sospechas sobre mí, me mató y cambió mi ropa por la suya".

Esta no era la solución que nadie esperaba. Todo el mundo estaba sorprendido y horrorizado por esta revelación imprevista, este giro de los acontecimientos.

Entonces el Maestro levantó de nuevo su espada, extendió la punta hacia el espíritu y dijo con voz de mando:

"Te libero de tu conjuro. Vuelve y purifícate. La paz sea contigo".

La aparición comenzó a desvanecerse y a desaparecer.

"Terminemos el trabajo", continuó el Maestro. "Haz el círculo más fuerte y se concentran todos tus pensamientos en mí".

Rasmussen se sentó en su silla y comenzó a respirar profundamente. Cayó en un estado de éxtasis. Uno de los hermanos, que parecía llevar la voz cantante, dijo:

"Esperen hasta que regrese".

De repente, oímos al Maestro respirar profundamente y decir con voz seria:

"Se ha cumplido. He impresionado al asesino. Se entregará en el tribunal, probablemente mañana. A través de él, los inocentes serán liberados".

Un hermano que estaba junto a Montenero le preguntó:

"Dígame, Montenero, cómo serían nuestros tribunales si dispusieran de tales medios para el juicio y la solución de las causas penales, que suelen ser tan confusas, y no se vieran obligados a recurrir a las pruebas y a los testimonios de los testigos, a menudo demasiado casuales. "Los jueces de nuestros antepasados, los antiguos aztecas, utilizaban estos poderes secretos casi a diario".

Montenero miró asombrado al hermano, al Maestro, que se dirigía alternativamente a él, - asombrado por estos acontecimientos encantadores y por los horizontes que abrían, y respondió:

"Estoy profundamente convencido de la enormidad de este poder, cuyos efectos, incluso como novato, he presenciado. ¿Qué dirán los jueces si mañana se entrega el verdadero asesino?"

El maestro estaba a punto de dar por terminada la reunión, cuando otro hermano se adelantó y pidió que se le concedieran unos minutos para ayudar en un asunto.

"Sí", dijo el Maestro, "terminemos haciendo la obra del amor. Presenta tu caso, querido hermano".

"Se trata de una madre con fiebre de parto, cuya muerte desesperaría al padre con sus cuatro hijos menores. Pido nuestra ayuda para estos desafortunados".

Todos habían escuchado estas palabras con seriedad y ahora esperaban la orden del Maestro. Rasmussen se levantó y dijo:

"Hermanos, queremos ayudar. Reconstruye el círculo y ayúdame a ganar fuerza".

Los hermanos hicieron lo que se les indicó.

Rasmussen cerró los ojos, y después de susurrar un poco palabras incomprensibles como si estuviera conversando con algún ser invisible, dijo en voz baja a los Rosacruces:

"El Gran Maestre, a petición, ha consentido y desea ayudar a la familia".

Después de un momento, Cuando pareció volver a la realidad después de un momento, dijo:

"Ahora vamos, hermanos. Ya es tarde".

Los hermanos formaron entonces un círculo alrededor del Maestro Rosacruz, quien les recordó que era deber de los Rosacruces no hacer público ninguno de los incidentes que habían tenido lugar dentro del templo. Y se escucharon sus solemnes palabras:

"Presta un juramento de silencio inquebrantable sobre todo lo que has visto aquí. Jura que lucharás contra el vicio y la falsedad, y que defenderás el bien. Y jura que dedicará todos sus esfuerzos al desarrollo de su espíritu".

Los hermanos levantaron las manos y dijeron: "Lo juramos".

A continuación, Rasmussen cerró la sesión con las siguientes palabras: "En nombre de la hermandad universal de los rosacruces y en virtud del cargo que me ha

encomendado el Maestro del invisible, doy por terminada esta reunión. Id en paz, cada uno de vosotros."

Como si de un plumazo se tratara, el ambiente festivo desapareció. Rasmussen se despidió por última vez:

"Bueno, queridos hermanos, es hora de volver a casa. Esta noche se hizo tarde. Tengo mucho que entregar mañana para preparar el viaje".

Los Rosacruces salieron del Cerro de Chapultepec por el mismo paso por el que Montenero había entrado con el indio unas horas antes. Se había tenido tanto cuidado al salir del templo como al entrar, para no llamar la atención. En el camino que rodea el castillo y atraviesa el parque, y luego a lo largo del paseo del parque hasta la estación de tren de Bellevue, Montenero tuvo otra oportunidad de hacer algunas preguntas a Rasmussen. "Apenas se habían marchado los otros rosacruces y dejado al Maestro con los dos nuevos discípulos cuando éste, ya agitado, preguntó a Rasmussen:

"¿Viaja usted, maestro? Pero espero que sean unos días, porque hay muchas cosas que me gustaría saber de usted. No tienes idea de la deuda de gratitud que les debo por mi iniciación esta noche. Pero ahora mi formación no ha hecho más que empezar, y sólo a través de su benevolencia podré conseguir lo que he estado deseando durante mucho tiempo." "Mi querido amigo", respondió Rasmussen, con voz muy amable, "estaré encantado de hacer todo lo que pueda por usted, pero debe ser lo antes como sea posible en el futuro, porque estoy a punto de embarcarme en un largo viaje. Debo ir a Alemania. Hace muchos años que no voy a mi antiguo país, donde ahora tengo asuntos familiares que resolver y una organización rosacruz que requiere mi presencia allí. Nos reunimos cada año en conciencia astral. Una vez estuvimos en Bohemia, luego en el Harz, los Tatras, Tiflik o aquí en Yucatán, Perú o India, pero ahora nos estamos reuniendo en nuestros cuerpos físicos para decidir los procedimientos a seguir después de esta guerra".

Montenero había escuchado con el corazón encogido los planes de Rasmussen y ahora le pedía que fijara una hora y un lugar donde pudiera reunirse con él para hablarle una vez más de las ciencias secretas.

Rasmussen enroscó su barba gris y bien cuidada y respondió:

"Te haré una propuesta. Estoy libre pasado mañana por la noche. ¿Qué te parece si nos vemos en un restaurante? Podríamos hablar libremente con una botella de vino".

"Espera un momento".

Rasmussen se preguntó por un parpadeo si acaso había prometido ir a otro lugar, pero luego continuó: "Le escribiré una tarjeta mañana, especificando brevemente la hora y el lugar".

Montenero se lo agradeció alegremente y se despidió cariñosamente de su Maestro.

El Mayor se apresuró a volver a casa y se fue a descansar. Sin embargo, las impresiones dejadas por todo lo que había vivido eran tan profundas que soñó toda la noche con su iniciación, como la mayoría de las personas que revisan en el sueño las cosas que han vivido durante el día.

### III

La esposa de Montenero era una de esas mujeres que se martirizan constantemente a sí mismas y a los demás por los celos. Ella no podía entender que a veces él participara en algo, o fuera a una fiesta, en la que no hubiera mujeres. Ella siempre pensó que había sido engañada, espiando a su esposo en todos los sentidos, y leyendo todas sus cartas para enterarse de una carta de una mujer.

Así que, a la mañana siguiente, cuando el Mayor apenas estaba despierto, tuvo un ataque de celos.

"Sé que anoche saliste con alguna mujer", insistió, "o no habrías llegado a casa tan tarde. Escuché tus pasos en las escaleras. Pero no importa, llegaré al fondo del asunto, y entonces nuestra separación será completa. No puedo soportar más esta vida. ¿Por qué os casáis con nosotras, si sólo queréis engañarnos y hacernos desgraciadas? Si quieres correr detrás de otras mujeres, ¿por qué no me dejaste sola con mis padres?"

Pero Montenero tenía la cabeza llena de otras cosas, y por eso no quería seguir con este tipo de cortejo. Decididamente, sacó a su mujer de su habitación y le dijo con gravedad:

"Te ruego que me dejes en paz. No he estado con ninguna mujer, pero ayer sali de nuevo por invitación de hombres".

"Sí, esa es siempre tu excusa, ya lo sabemos", le respondió su mujer exasperada.

El Mayor, deseando evitar más peleas, se fue a su puesto sin desayunar. No regresó a casa hasta la noche, pues su mujer hacía tiempo que se había ido a la cama. Cansado y agotado por un día de trabajo extenuante, pronto se quedó dormido.

A la mañana siguiente su mujer entró en la habitación: "Aquí están los periódicos y el correo". Le entregó unas cartas y una tarjeta del Maestro. Rasmussen sólo había escrito brevemente las siguientes palabras en la tarjeta.

Encuétrame esta noche a las 8:30 en el café Colon. Saludos cordiales".

Lamentablemente, la firma era muy poco clara, de lo contrario la esposa del Sr. Montenero habría sabido inmediatamente quién era el remitente, ya que lo conocía personalmente.

Montenero había sacado nerviosamente la tarjeta de entre los demás envíos postales para leerla primero. Su esposa observaba estos movimientos con una mirada celosa. Ella sabía lo suficiente. Su marido tenía una cita -con una mujer, por supuesto- en el café Colón a las 20.30 horas y esta vez decidió armar un escándalo y conseguir de alguna manera el divorcio.

Agitada, humillada, se dirigió a su dormitorio, mordiendo todo el tiempo su pañuelo con rabia y cólera. En este estado de ánimo se encontró con la madre de Montenero, que venía casi todas las mañanas a saludar a sus hijos.

"¿Os habéis vuelto a pelear?", fue la pregunta desesperada de la pobre madre. "¿No se oye nada más en vuestra casa que peleas y aspavientos, niños? ¿Cuándo entrarás por fin en razón? La vida podría ser tan bonita. ¿Sabes, mi querida nuera, lo que necesitas para olvidarte de esas nimiedades? Te faltan hijos".

"Al contrario, madre. Gracias a Dios que no tenemos ninguno -respondió la joven con fiereza-. "El buen Dios me ha alejado de ello. Ahora todavía puedo solicitar el divorcio".

"Pero, mi querida niña", dijo la madre, tranquilizándola. "Ya has sospechado mal tan a menudo. Probablemente no sea tan malo incluso ahora".

"Tendrías que haber visto, madre, lo encantado que se puso al leer la tarjeta que le invitaba a cenar en un salón privado esta noche a las ocho y media. Pero iré, puede estar segura de ello, porque no permitiré que me traten así. Podría echarle ácido sulfúrico en la cara a esa mujer".

La madre del Mayor nunca había visto a su nuera tan decidida. Para evitar un accidente, dijo tranquilamente:

" Niña, estás demasiado nerviosa. Eres demasiado impetuosa, y podrías perder la prueba segura. Si realmente es como dices, prefiero ir allí. Al fin y al cabo, soy su madre, y sin duda te lo entregaré".

"No, madre, prefiero ir yo misma".

Al final las mujeres se ponen de acuerdo para sorprender juntas al marido infiel.

Mientras tanto, Montenero se había enterado por los periódicos de que el secretario se había entregado voluntariamente a la policía y que todo había sucedido como el espíritu del criado había explicado. El secretario había asesinado al criado y prendido fuego a la embajada para arrojar sospechas sobre los inocentes. En el mismo periódico, el padre de familia cuya esposa se había salvado gracias al poder milagroso de Rasmussen publicó una carta de agradecimiento a su médico de cabecera.

Montenero sonrió.

"Es fácil para un hombre así adornarse con plumas ajenas. Nadie sabrá que la esposa tiene que agradecer a un rosacruz invisible su recuperación".

Durante todo el día, el Mayor estuvo de muy buen humor. Deseaba con todo su corazón acercarse a su esposa, e hizo todo lo posible por llevarla a un estado de

ánimo conciliador, pero todo fue en vano. Su mujer estaba hoy más endurecida que nunca. Al final, se dio cuenta de que todos sus esfuerzos eran inútiles.

Se dirigió con mucha antelación al café Colón, donde la esperaba Rasmussen. Le tendió amablemente la mano.

Después de unos cuantos saludos y palabras de presentación, estaban a punto de comenzar la discusión sobre su tema principal, la Cábala y la piedra del calendario azteca, cuando un acalorado intercambio entre el camarero y una mujer llegó a sus oídos desde el pasillo. Montenero escuchó atónito y logró distinguir las siguientes palabras:

"Debo hablar con el caballero de allí. Ponme ahí abajo".

"El caballero no desea ser molestado".

En ese momento se interrumpió el intercambio de palabras.

"¿Qué es esto?", se preguntaba Montenero, "la voz...".

Pero apenas se había levantado cuando la puerta se abrió de un tirón y Montenero vio en el umbral... a su madre. Esta última, igualmente sorprendida, estaba a punto de retirarse en un abrir y cerrar de ojos después de notar que era el cónsul Rasmussen en lugar de una mujer. Pero ya era demasiado tarde. Como mujer ingeniosa y muy autocontrolada, se inventó inmediatamente una explicación creíble de su llegada y se disculpó por su intromisión.

"En primer lugar, No me molesta en absoluto, señora, al contrario. Por favor, quédate con nosotros".

Rasmussen y la madre de Montenero se conocían desde hacía años. Los caballeros se habían levantado de sus asientos para tenderle la mano, implorándole que se quedara.

La situación en la que se encontraba la anciana era aún peor de lo que los caballeros podían imaginar. Ahí fuera, en la calle, su nuera, la esposa de Montenero, esperaba la llegada de la amante, con la intención de ponerle en evidencia cuando intentara encontrarse con su hijo en el café. Esto era lo que las mujeres habían acordado entre ellas. ¿Qué iba a hacer ahora la madre? Si se iba, sometería a su hijo, tal como lo veía ahora, a una inmerecida escena de celos. En cualquier caso, la joven no podía seguir de pie en la calle por más tiempo. Estaba en una situación muy incómoda, pero -pensando en una nueva forma de salvación - dijo rápidamente:

"Estaré encantada de quedarme, caballeros, pero debo pedir que me disculpen un momento, pues primero debo enviar a casa a la criada que estaba conmigo".

"Madre, querida, yo lo haré por ti", sugirió amablemente su hijo, y se levantó de su asiento.

"No, eso no es posible, debo hacerlo yo misma", respondió la madre, interiormente muy agitada.

Finalmente, decidieron ir juntos.

Sin embargo, el destino ya había hecho su parte y los había alcanzado. Un policía que estaba de guardia había visto a la joven deambulando incluso por la acera y pensó que se trataba de una mujer de la calle. La joven se había agitado ante esta escena inesperada y había dado respuestas que la policía malinterpretó. Este le exigió que mostrara sus papeles para verificar si estaba bajo inspección, pero finalmente accedió a dejarla ir a casa.

Cuando Montenero y su madre no le vieron en la calle, no tuvieron otro remedio que preguntar al policía si había visto a una mujer esperando en la calle.

"No", respondió. "Sí, pero hace un rato había una mujer corriendo por aquí, iy la mandé a casa!"

Montenero había comprendido de inmediato la situación y cuando la madre le contó más a su hijo, Montenero se rió y dijo:

"Ahora, por una vez, mi mujercita ha recibido el castigo que se merece por sus estúpidos e injustificados celos".

Entonces decidieron no dejar que el Sr. Rasmussen se diera cuenta de nada y volvieron a entrar para pasar la noche juntos.

De hecho, el Sr. Montenero había disfrutado de su tiempo a solas con el Sr. Rasmussen, tanto que la llegada de su madre no le había llamado la atención. Sin embargo, como buen hijo único, le quería mucho.

La Sra. Montenero era una ferviente católica, y en un momento dado se había apenado mucho por el cambio de mentalidad de su hijo, ya que éste había sido un miembro devoto y fiel de la parroquia de San José. Ahora había entregado su alma al diablo del espiritismo, pensó ella. Con lágrimas en los ojos, una vez le dijo a su hijo cuando fue a una sesión espiritista:

"¿No sabes que nuestra Santa Iglesia considera estas cosas muy peligrosas para las almas de los creyentes? Qué horrible es para una madre ver a su único hijo caminando hacia la condenación eterna".

"Pero, querida madre", le había contestado, "no comprendo realmente tu dolor y tu ansiedad por mí en este aspecto. ¿No sabéis, pues, que toda la Iglesia católica se basa en esta doctrina de los espíritus, y que los espíritus han actuado desde el

tiempo de nuestro Salvador hasta los últimos días, incluso los ángeles le servían: ¿No decía que sólo tenía que rezar al Padre, y Él enviaría más de doce legiones de ángeles para salvarlo?

¿Pero de qué estás hablando? Toda la Biblia, principalmente el Nuevo Testamento, está llena de historias sobre espíritus, como se ha leído en la traducción de la Vulgata. Quiten su sombra del libro de los Hechos -donde se dice que el propio Jesús se apareció a Pablo, que lo perseguía- y de toda la Edad Media, cuando los santos se aparecían a los cristianos y los animaban, y ¿qué queda de todo el cristianismo, que no se basa más que en esta misma doctrina de los espíritus?

No comprendo en absoluto quién ha despertado en usted ese odio ingrato y hasta estúpido hacia una doctrina cuyo objetivo irrefutable es, a través de pruebas siempre nuevas de la continuidad de la vida del alma, apoyar y reforzar la creencia en la inmortalidad del alma. O no crees que esta creencia en la inmortalidad necesita apoyo en nuestro tiempo, cuando sus oponentes, los materialistas, más que nunca dan testimonio de lo contrario y niegan todo lo que miles de personas consideran lo más sagrado de todo: la inmortalidad del espíritu. Llamándose a sí mismos pensadores y filósofos, ya creen haber abierto la última página del libro de la naturaleza".

"No te comprendo, querida madre", había continuado, todavía pensativo, "porque he notado que muchos verdaderos sacerdotes tienen una actitud aguda y abierta hacia el espiritismo".

Triunfante, había llevado a su madre un libro en el que el médico personal del Santo Padre defendía las ciencias espiritistas. En estos hallazgos espiritistas, recopilados y publicados por altos funcionarios del Vaticano, Montenero encontró pruebas de que la Iglesia Romana había notado cuánto apoyo podía recibir una fe debilitada de las doctrinas espirituales que en realidad formaban el núcleo del cristianismo.

El ferviente deseo de Montenero durante años había sido ingresar en la Orden Masónica. Había oído muchas cosas bellas y nobles sobre la masonería, y ahora intentaba adquirir toda la literatura masónica que pudiera leyendo con avidez. Sin embargo, no se había atrevido a presentarse a la Orden para no causar más disgustos a su madre. Porque en su presencia, la palabra masonería sólo debía ser pronunciada cuando ya había hecho la señal de la santa cruz en el aire, como para expulsar al demonio viviente.

El Mayor había encontrado en un libro pruebas concluyentes de que Pío IX había sido iniciado en la Orden Masónica y participaba a menudo en los trabajos de la Logia Justicia de Santiago de Chile en la época en que era Secretario de Nuncio en Sudamérica y vivía allí. "Ahora", se dijo, "puede que mi querida madre ya no tenga nada que decirme, ya que el Papa es masón".

Pero una vez más, no había logrado nada, su madre se entristeció y le exigió prometer que nunca volviera a hablar de eso. Hasta ahora, Montenero había cumplido su palabra, y ya se había resignado a que esa esperanza no podría cumplirse mientras su madre estuviera viva.

En el momento en que la señora Montenero encontró a estos dos caballeros, tuvo la súbita idea de que se trataba de ingresar en la Orden Masónica de nuevo, pues sabía desde los tiempos de su esposo que Rasmussen era miembro de esa Orden, y atribuyó a sus santos patronos el hecho de haber llegado en el momento oportuno para salvar a su hijo.

El mismo pensamiento se le había ocurrido a Montenero, y no iba a dejar que se perdiera la oportunidad de entablar una nueva discusión con su madre, ya que en presencia del cónsul Rasmussen tendría al menos la oportunidad de hablar, cosa que no siempre era posible cuando hablaban a solas.

Apenas se habían vuelto a sentar cuando Montenero ya estaba poniéndose al día con la conversación interrumpida.

"Señor Rasmussen", dijo, "ahora que el azar ha traído a mi madre aquí, le pido que medie entre nosotros".

"¿Qué? ¿Un mediador?" preguntó el cónsul Rasmussen, sorprendido, pero sonriendo. "Entre la madre y el hijo no se necesita más mediador que el amor de la madre combinado con la obediencia del hijo".

"No se trataba de eso", respondió Montenero, riendo alegremente. "Es una cuestión de opiniones diferentes sobre asuntos religiosos. Mi madre insiste en que siga ciegamente la doctrina de la Iglesia, la religión como ella la llama, aunque los dos conceptos son muy diferentes, y que crea todo lo que dicen los curas.

Por otro lado, me ha dado una formación académica y me ha permitido leer las obras de los grandes filósofos. Sin embargo, me exige que suprima este conocimiento y me someta incondicionalmente a las ideas anticuadas de la Iglesia. Cuando mi madre vio que no podía influir en mí con doctrinas ortodoxas, y cuando, en un momento descuidado, le dije que no eran los sacerdotes los que me guiaban, sino la propia Biblia, se compró una edición de la Vulgata y ahora me repite constantemente versículos bíblicos de esta.

Como sabes, me interesan los misterios, y sería el hombre más feliz del mundo si pudiera estudiar mi Biblia de esta manera, y si incluso mi madre pudiera entenderme en esto, pues debo desechar todo intercambio de ideas con mi esposa, que generalmente es indiferente a estas cosas."

Rasmussen había escuchado en silencio a su alumno. Pero la madre pensó que esta introducción ya había sido demasiado larga. Ya en varias ocasiones había querido

interrumpir a su hijo para que el cónsul apoyara sus propias opiniones, pues sabía muy bien que un hombre civilizado no estaría de acuerdo en oponerse a una mujer. Antes de que Montenero terminara de hablar, dijo, dirigiéndose a su madre

"Madre, sé que el cónsul puede estar dispuesto a favorecerte, y que valoras sus opiniones."

"Si es cierto lo que dice su hijo, entonces le agradezco, señora", dijo Rasmussen. "Le tengo mucho cariño al Mayor, pues, como sabe, era un buen amigo de su padre".

La señora Montenero se sonrojó un poco. Algo parecía haber sucedido entre ella y el Maestro.

El cónsul Rasmussen y el padre del Sr. Montenero, que llevaba casi 22 años muerto, se veían mucho. El joven Montenero era estudiante de secundaria en ese momento, pero nunca había oído nada sobre las opiniones religiosas o filosóficas de su padre. Ahora, por casualidad, se enteró de que su padre había sido masón, comentó Rasmussen, dirigiéndose de nuevo a su madre:

"Nunca olvidaré con qué fidelidad y conciencia nuestro hermano Montenero, su marido, se sacrificó por la masonería. Su caridad se convirtió en nuestra consigna. Y cómo te amaba".

"Madre". La señora Montenero volvió a sonrojarse, su conciencia se ruborizó y, avergonzada, volvió los ojos hacia su hijo. "¿Por qué nunca me has dicho que mi padre era masón?"

La señora Montenero estaba cada vez más confusa, pero no pudo responder, pues Rasmussen continuó, dirigiéndose a su alumno:

"Pensé que lo sabía, Sr. Mayor. Su padre era un masón muy bueno y entusiasta y, como usted, se dedicaba a las ciencias secretas masónicas. No creo que nadie entre nosotros tuviera una biblioteca tan grande, una colección de libros tan valiosa, como la que tenía tu padre. Recuerdo algunas obras en latín que eran las únicas de su tipo".

"¿No es cierto, señora", dijo el cónsul, dirigiéndose a su madre, "que su marido decía a menudo que creía que su colección de libros valía 80.000 pesetas?"

La señora Montenero comprendió que ahora tenía que rendir cuentas por su hijo, y pensó que lo mejor era hacerlo de inmediato. Entonces confesó que había quemado todos los libros a petición de su confesor, y que le había prometido que nunca dejaría de hacerlo y que siempre haría todo lo que estuviera en su mano para oponerse a los misterios y a la masonería, con el fin de expiar y reparar lo que su marido había transgredido en opinión del sacerdote.

La madre de Montenero se vio obligada a evitar que se siguiera hablando de este asunto. Temía los legítimos reproches del amigo de su marido, así como de su hijo, cuya propiedad había reducido con el valor de la biblioteca. Siempre había dicho que su padre nunca había tenido libros. Sin embargo, pensó que podría encontrar alguna salvación en ridiculizar a su propio hijo a los ojos del Maestro, o al menos en ponerlo en evidencia.

"Señor Cónsul", dijo, "pasemos la página. Hablemos de otra cosa. Verás, mi hijo no se puede tomar en serio. Cambia de opinión como de ropa. Cuando era un joven estudiante de secundaria, sacrificaba todos sus domingos para asistir siempre a las reuniones de la parroquia de San José. ¡Cuántas veces me alegré de ver el calor y la convicción con que defendía nuestra Iglesia católica! No sé por qué ha cambiado repentinamente de opinión. Pronto se ausentó de las reuniones. Tal vez había caído en malas compañías. Entonces, un día vino a verme afirmando que se había convertido al protestantismo y que quería bautizarse en la Iglesia Evangélica. En ese momento era un joven inmaduro y no sabía si enviarlo a un médico para que examinara su estado mental o castigarlo físicamente. Al cabo de un tiempo había abandonado la idea.

Durante sus primeros años en la escuela de cadetes, imagine que se había convertido en ateo. Cómo recé por él entonces para que entrara en razón. Más tarde discutimos sobre el espiritismo y recientemente dijo que estaba en contra del espiritismo, aunque lo había defendido hace tiempo. Ahora vuelve a decir que las ciencias ocultas no tienen nada que ver con el espiritismo.

Una vez afirmó que los masones tenían algo que ver con las ciencias ocultas, otra que no, sino que era una asociación que sólo se ocupaba de cuestiones éticas y de buenas obras. Así que sueña con una hoy y otra mañana. Sencillamente, no se le puede conocer. No creo que él mismo sepa quién es y qué quiere".

Por desgracia, Montenero no tenía respuesta a esto, porque en cierto modo su madre tenía razón.

Rasmussen, dándose cuenta de su despiste, se dirigió ahora tranquilamente a la madre de su pupilo, diciéndole:

"Mi querida señora, lo que me cuenta ahora sobre su hijo lo encuentro muy natural. Le ocurre a casi todos los que buscan la luz. Creemos que encontraremos ayuda e información en los libros, absorbiendo opiniones extranjeras, hasta que alcancemos la luz a través de la noche, y con experiencias cada vez más amplias y un mayor aprendizaje en las más variadas escuelas, llegaremos a una meta correspondiente a nuestra actual etapa de desarrollo."

Mientras decía esto, Rasmussen ya había mirado su reloj y dijo:

"Desgraciadamente, no puedo quedarme más tiempo, debo irme. Lo siento mucho, pero espero que nos volvamos a encontrar pronto".

Llamaron al camarero, pagaron la cuenta y se fueron.

Efectivamente, en los días siguientes, Montenero tuvo la oportunidad de dirigirse a su Maestro.

Había terminado una tesis sobre la cábala de la piedra del calendario, cuyo trabajo le había sido dejado como trabajo de prueba por el Maestro, y había elaborado la siguiente presentación:

"La Cabalá es el misterio de los antiguos judíos, nacido en parte de sus tradiciones, en parte de otros sistemas de aprendizaje. En las pirámides de los templos egipcios se encontraron 22 pinturas murales de imágenes jeroglíficas. Una versión de estas imágenes aún vive en los naipes gitanos y afirman, como es bien sabido, poder predecir el futuro. En este libro de cartas de gitanos reside toda la ciencia del mundo en sus principales características.

Estas representaciones pictóricas o metafóricas se encuentran también en los templos antiguos y sugieren un origen único para todas las religiones. Así, se encuentran tallados en la roca en los pedestales de estatuas gigantes de las Islas de Pascua (Pacífico), en el templo inca cerca de Paucortambo en la meseta peruana, en las pirámides y templos del México antiguo. También se ha comprobado que las figuras religiosas de la Biblia cristiana, los nombres de los dioses romanos y griegos, los sacerdotes y líderes de los aztecas e incas, representaban las fuerzas de la naturaleza. Esto no significa, sin embargo, que estas figuras no hayan existido realmente. El propio Cristo, así como muchos de los otros grandes iniciados, son al mismo tiempo metáforas y figuras históricas. El apóstol Pablo reconoce que las figuras bíblicas, así como las criaturas del Antiguo Testamento, también significan algo más. Dice en Gálatas 4:22 que en la medida en que los hijos de Abraham nacieron de una esclava o de una mujer libre, representan dos legados. Esto también se aplica a Quetzalcoatl, que sí bien fue un sacerdote y un rey, pero al mismo tiempo la leyenda perdura hasta nuestros días. Desempeña el papel principal en la piedra del calendario azteca. Esta piedra, la piedra del calendario azteca, está representada en forma de jeroglífico, como todas las mitologías y sistemas filosóficos anteriores. Comienza, como vemos en la Cábala, con un triángulo que representa el triángulo inferior. Luego vemos el gran triángulo central y el cuadrilátero superior. Los diez vértices representan los diez Sephirot. La Trinidad cristiana, Padre, Hijo y Espíritu Santo, está claramente representada en estas imágenes.

La cara del centro de la piedra calendárica mexicana representa a Xiuhtecutli (Xiuhtecuhtli), el dios del fuego o señor azul, que también es el dios del círculo de fuego y del firmamento azul. Los antiguos mexicanos también llamaban a Xiuhtecutli

el padre de los dioses, mientras que el otro nombre era Quetzalcoatlí, el hijo de Dios. Éste desempeña un papel importante en el zodiaco mexicano. Al mismo tiempo, también se le describe como Ranahuatlí, el espíritu del dios del sol, se podría decir que el "espíritu santo". Así, la trinidad es aún más evidente para el mexicano que para el cristiano.

Alrededor del rostro solar, el dador de vida, se agrupan cuatro seres, comparables a los cuatro evangelistas de las leyendas cristianas, que a su vez representan los cuatro elementos. La trinidad, que se describe brevemente aquí, representa, en el sentido moderno, la materia, la fuerza y el impulso, o la materia, la energía y la inteligencia, que corresponde al cuerpo, el alma y el espíritu de los filósofos. La piedra del calendario en su conjunto representa de nuevo el sol central con los soles inferiores que lo rodean.

Los antiguos mexicanos, al igual que los cabalistas, creían en una sustancia omnipresente y veían en el sol un espíritu omnipresente, un dador de vida que fluye desde el centro hacia todo el universo a través de un fluidum de individuos autoconscientes. Es evidente que los iniciados de los antiguos mexicanos percibían el átomo como una expresión concreta de la energía omnipresente y el universo, el cosmos, como una cadena infinita de interacciones y forman realidades que sólo parecen depender de las diversas constelaciones de átomos."

Montenero, en su descripción de la metáfora atómica, había explicado la composición del átomo como materia, energía e inteligencia. Se había referido a las mismas condiciones en todos los planetas y en el sol, y había hablado de los rayos de energía inter e infraatómicos como magnetismo omnidireccional. Su descripción de la conciencia o las facultades latentes del átomo era muy interesante.

Para provocar las explicaciones de Rasmussen, también había escrito un tratado sobre el método por el que el plomo se convertía en oro. Y, en un capítulo más extenso sobre la ascendencia alemana de su Maestro, Montenero había mostrado la relación de la antigua esvástica germánica con la antigua cruz uxtmal mexicana, demostrando no sólo que la cruz existía 20.000 años antes del nacimiento de Cristo, sino también que la leyenda cristiana ya se practicaba en México miles de años antes del nacimiento de Cristo, - que los antiguos indios celebraban misas, conocían los 40 días de ayuno y penitencia, preparaban incienso de resina de copal y conocían, como nosotros hoy, el cielo, el infierno y el purgatorio, - que servían a la cruz mucho antes de que se descubriera América, - que el cristianismo no fue introducido a los mexicanos como una nueva religión, sino que fue erradicado de entre ellos por el conquistador cristiano.

El pobre gruñón Montenero sintió que el Maestro nunca tuvo la oportunidad de leer su tratado cuidadosamente preparado.

## IV

El cónsul Rasmussen ya no pudo asistir a las reuniones de los rosacruces durante las últimas semanas, ya que tuvo que preparar su viaje, que pronto emprendió.

Los hermanos celebraron su partida con una cena fraternal festiva. Había dejado su cargo de cónsul al Cónsul Adjunto..

Cuando los periódicos informaron de su partida, él y su esposa ya estaban lejos en alta mar.

Su viaje por mar desde La Habana fue muy arduo. Se levantó una feroz tormenta en el Caribe, de modo que el vapor mexicano se balanceaba y oscilaba como una cáscara de nuez no lejos de las Indias Occidentales.

Todos los pasajeros estaban mareados y temían las minas a la deriva. La guerra acababa de terminar y ni los aliados ni las potencias mundiales habían tenido tiempo de poner sus minas a salvo. Rasmussen, a diferencia de su esposa y de todos los demás, estaba inamoviblemente tranquilo.

Casi todos los pasajeros se conocían y se hacían compañía como podían. A pesar de todo, el tiempo pasó con notable rapidez y pronto el barco se alegró de llegar al puerto de Hamburgo.

La familia Rasmussen tenía la intención de quedarse algún tiempo en la ciudad hanseática.

Aparte de una hermana que vive en Berlín, no tenían parientes en Alemania con los que quedarse.

La hermana de Rasmussen había estado casada con un empresario llamado Kersten. De este matrimonio sólo había nacido una hija que, a juzgar por sus cartas, no parecía gozar de muy buena salud. No sabía nada más al respecto. La hermana le escribía muy raramente e incluso entonces solo cartas breves. No obstante, antes de partir, había informado a la Sra. Kersten de su llegada a Alemania y le había pedido que se encontrara con él en el embarcadero de Hamburgo. Él y su mujer llevaban ya varios días alojados en el Hamburger Hotel, y hasta ahora no habían tenido noticias de su hermana. Entonces, inesperadamente, recibieron la visita de un joven que entregó a Rasmussen la siguiente carta.

*"Mi querido hermano*

*Como le he dicho a menudo, tengo una hija enferma a la que no puedo dejar sola. Por lo tanto, no pude reunirme con usted en Hamburgo. El portador de esto, un médico. Kurdo. Bernhard Reimann, el hijo de nuestro anfitrión, tenía negocios en Hamburgo y prometió venir a buscarte. Bernhard es muy cercano*

*a nosotros y puede explicarle todo lo que respecta a nosotros. Esperamos que venga pronto a Berlín, donde le espera su querida hermana.*

*Su*

*Martha Kersten, de soltera Rasmussen"*

El Sr. Rasmussen recibió a Bernhard Reimann con gran amabilidad, y parecían entenderse bien, hasta donde la diferencia de edad, conocimientos y experiencia lo permitía.

Bernhard Reimann estaba presente cuando Rasmussen discutía sobre asuntos trascendentales con otros místicos. Esto causó una gran impresión en el joven estudiante de medicina. Bernhard se convenció enseguida de que el tío de la hija enferma de la señora Kersten, Ilse, sería su futuro profesor, ya que también se interesaba por las cuestiones ocultas desde hacía tiempo.

Aunque los asuntos que Bernhard tenía que tramitar para su padre en Hamburgo se terminaron el primer día, se quedó allí cinco días más para hablar con Rasmussen. Si su madrastra no le hubiera enviado una carta urgente, preguntándole el motivo de su retraso y diciéndole que su padre había insistido en que volviera a casa, se habría quedado aún más tiempo.

A su regreso a Berlín, Bernhard era un hombre cambiado. Mostró tanta admiración por el tío Rasmussen que sus padres sintieron mucha curiosidad.

Pero el maestro rosacruz no se apresuró a abandonar Hamburgo. Por el contrario, muchas cosas fascinantes lo mantuvieron allí.

No sólo sus conversaciones con eminentes cabalistas, sino también las numerosas colecciones de libros le proporcionaron abundante material de investigación, aunque la Biblioteca Real de Berlín era mucho más rica que la Biblioteca Hanseática. Además, la falta de familiaridad con los efectos del aire en los que se había movido a lo largo de su largo viaje, influencias que, como bien sabía, eran muy importantes por el magnetismo, le obligaron a permanecer en la antigua ciudad hanseática durante al menos una o dos semanas. Y como ocurrió que 11-12 de estos catorce días el tiempo fue molesto, crudo y lluvioso, este descanso le vino bien a Rasmussen en su camino a Berlín para estar con la familia de su hermana y desde allí a una granja húngara.

Había tranquilizado a su hermana con una larga carta.

## V

Finalmente, la fecha de partida de la pareja se acercaba, por fin.

El tren diurno los llevó como un rayo a la capital del imperio, donde, para no incomodar a su hermana, se instalaron en el hotel más fino y caro de la ciudad, el Adlon. En este sentido, Rasmussen no tenía necesidad de negarse a sí mismo nada, y no lo hizo, aunque en todas las demás circunstancias de la vida, al igual que otros hombres de pleno derecho que han descubierto las profundidades de la existencia humana y espiritual, concedió infinitamente poca importancia a todo lo que es esencial para los hijos de la vida material.

A la mañana siguiente de su llegada, Rasmussen fue a ver a su hermana, y también Bernhard, cuando se enteró por la señora Kersten de la llegada de su tío, no quiso quedarse fuera.

La Sra. Auguste Reimann, madrastra de Bernhard, se paseaba de un lado a otro del gran comedor en un estado de angustia. Su rostro era sombrío y dos profundas arrugas subían desde el nacimiento de su nariz hasta su alta frente.

Se paró sorprendida frente al gran reloj de mesa cuando empezaba a dar las cuatro. Miró su mano. Sí, efectivamente, eran las cuatro, y su hijo aún no había regresado. Sin embargo, la escuela solo duró hasta las dos. Su marido, propietario de la fábrica de tejidos que había heredado tras la muerte de su padre, miró con indiferencia a su esposa. Él sopesaba pesados pensamientos, de los que ella no sabía nada.

Aunque el matrimonio con su segunda esposa no podía calificarse de infeliz, su hogar carecía de muchas cosas que lo hubieran hecho agradable. Su esposa carecía de la capacidad de transmitir calor a su hogar.

La primera esposa de Reimann había muerto cuando nació su hijo. Un año más tarde había llevado al altar a Auguste, su actual esposa. Así que Bernhard no conoció más madre que ella. Y Reimann tuvo que admitir que su mujer quería a su hijo como propio. Nada era tan vergonzoso para ella como el hecho de recordar que sólo era su madrastra.

Hoy, su mujer parecía más nerviosa que de costumbre. Agitada, dijo de repente:

"En primer lugar, no entiendo qué piensa ese joven que sacrifica sus mejores momentos con Ilse. Justo cuando está estudiando y planea graduarse como oftalmólogo, debería aprovechar mejor su tiempo. ¿Cómo puedes aprobar que se haya quedado en Hamburgo la semana pasada? Al final, suspenderá sus exámenes, y todo esto por esa ciega".

Como su esposa permaneció en silencio, él continuó:

"Dios mío. Ya no es un niño. Tiene casi veinte años. Y el trabajo duro es siempre necesario si se quiere triunfar en el campo que él ha elegido - de nuevo, por supuesto, para complacer a Ilse. Está obsesionado con la idea de curar su ceguera, de hacerla ver".

Reimann se rio alegremente.

"¿Ya está de nuevo en tus cabales? Nunca sé qué decir cuando empiezas a hablar de Ilse y Benhard. Deja que las cosas sigan su curso, por supuesto. Al fin y al cabo, todo ocurre de forma muy diferente a lo que piensas. Deja al muchacho en paz de una vez".

Luego volvió a reírse consigo mismo.

"Sí, claro que siempre te ríes cuando digo algo. Te ríes de todo lo que hace el chico, en lugar de ponerle por fin freno a sus fantasías con esa pandilla de mendigos".

"¿A quiénes te refieres con mendigos, Auguste?", preguntó Reimann, con aspecto serio. "¿No es la Sra. Kersten?"

"A ella me refiero", respondió con firmeza la señora Reimann.

"¡Auguste! Deberías avergonzarte de utilizar ese lenguaje. Sabes que han trabajado toda su vida para nosotros, y si no tienen mayor fortuna que eso, es principalmente por mi culpa. Siempre defenderé a esa señora, recuérdalo. Por cierto, no son tan pobres después de todo. Su hermano de México, que siempre la ha apoyado, está ahora aquí, y se dice que la señora Kertsen e Ilse son sus únicas herederas. Me complace ceder a esa chica ciega que sólo son pobres ante tus ojos. Los demás creen que están bien".

"Bueno, decir que toda la gente fuera próspera por tener un hermano rico, entonces por supuesto que sería ir demasiado lejos. En ese caso, seguro que la gentil dama podría vestirse de encaje -suplicó, burlón-.

"Auguste, por favor, deja a la Sra. Kersten en paz".

La señora Reimann volvió a reírse, burlonamente, y continuó:

"No entiendo por qué siempre defiendes a esa señora".

"No estoy defendiéndola, sólo estoy corrigiendo lo que tú estás tergiversando", continuó con calma.

"Ya veo. ¿Bueno - entonces supongo que también me equivoco en que Bernhard utiliza cada momento libre para ir corriendo con Ilse?"

"Entonces que lo haga, por el amor de Dios. Está instruyendo a la chica".

" ¿Enseñar? ¿La chica? ¿De verdad? - Me río. Enseñar a una chica que tiene - ¿cuántos años tiene? Diecisiete o dieciocho años. Ya es hora de que aprenda algo. Pero, ¿cuánto tiempo le ha estado enseñando? Seguramente hasta que se haga viejo". continuó con una sonrisa maliciosa.

"Confundes los años de juegos con los años de escuela", señaló.

Y confundes a los escolares con los adolescentes. Ninguno de ellos es ya un niño y los niños se convierten en adultos".

"¿Qué significa eso?" dijo Reimann enfadado.

"Significa que al final se casará con ella".

" Basta ya... Bernhard sabe que Ilse es ciega y que el futuro le demanda algo más. Debe encontrar algún día una esposa rica y hermosa".

Sólo había hecho este comentario para conseguir por fin un poco de tranquilidad con su esposa. Pero aún así ella se negaba a callar, y continuaba: "De hecho, esas personas no son de nuestra incumbencia".

" En absoluto, creo que has olvidado que antes de que te conociera, y antes de que la Sra. Kersten se casara, eran amigas íntimas. Sólo a través de ella, tu única amiga, llegué a conocerte. Y vivimos en armonía desde los primeros años de la vida de su infeliz hijo hasta la muerte prematura de su marido".

"Oh, deja que el muerto descanse en paz", gritó su esposa.

"Lo haré. No tienen nada que ver con tus malos augurios", continuó Reimann con amargura. "Pero todo eso lo has olvidado. Me alegro por Bernhard, que no ha dejado a la ligera a la compañera de juegos de su infancia, como hacen la mayoría de los jóvenes, que no tienen pronto tiempo para contaminar sus almas despiertas en la inmundicia. Por eso le doy las gracias. Y se agradece aún más que ceda su tiempo libre a una desgraciada cuya noche puede iluminar con los rayos de su vida. He oído muchas veces cómo aquella niña desprevenida, cuando apenas podía mantenerse en pie, gritaba de alegría al oír la voz de Bernhard, y he visto cómo extendía incansablemente sus manos para que Bernhard las llenara de arena. Son estos primeros juegos los que han unido a los niños en vínculos de amistad de corazón hasta el día de hoy. Es sólo esto, y todo lo demás es un vano engaño".

Mientras decía estas palabras, pasó junto a su mujer, que estaba un poco sonrojada y agitada, y cerró la puerta tras de sí. Fuera, encendió su cigarro, se puso el sombrero panamá y se disponía a entrar en la fábrica, cuando alguien subió corriendo las escaleras a grandes zancadas, se lanzó al pasillo y exclamó: " Dios te de la paz, padre".

"Buen día, hijo mío. Estaba pensando en ti. Pronto subirás las escaleras de un salto", dijo su padre, riendo. Su corazón se hinchó de alegría al ver el rostro juvenil de su hijo y sus ojos azul grisáceo, en los que brillaba una voluntad abierta y firme. "¡Sabía lo que quería! Un personaje así está decidido a seguir su camino, a pesar de su juventud", pensó. Tenía mucha confianza en su hijo.

"¿Estás trabajando mucho?", le preguntó al acercarse.

"Por supuesto, de lo contrario no conseguiré mi doctorado. Algo hay que hacer para ello. Pero no creo que sea tan difícil".

"Vas bien entonces. Adiós, hijo mío".

"Adiós, padre."

La puerta se cerró.

Bernhard entró en su habitación de placentera comodidad. Cuando abrió la puerta, entró la luz del sol. Un pesado sillón de cuero verde, cuyo color y contornos coincidían exactamente con la librería y el resto del mobiliario, brillaba casi dorado bajo esta luz. Las cortinas de seda verde en las ventanas estaban apartadas, de modo que casi se podían tocar las ramas de los tilos que florecían en el exterior. Su fuerte y embriagador aroma llenaba la habitación.

Bernhard cerró la ventana y corrió las cortinas a medias. Le encantaba el crepúsculo. Tras encender un cigarrillo, se estiró en el sofá, cansado por una larga noche de trabajo, y pronto cayó en un sueño tranquilo y reparador.

No descansó mucho tiempo antes de despertarse de nuevo con un débil murmullo. Se puso rápidamente en pie. Vio a su madre de pie ante su escritorio con una fotografía de Ilse en la mano. Extrañamente, cuanto más tiempo miraba la foto, más expresivo se volvía su rostro. En su interior crecían unos celos desgarradores que intentaba controlar en vano.

"Oh, lo siento, madre, pensé que habías ido a una reunión para tomar el té en casa de la Sra. Wilckens, la Consejera Privada. Anoche dijiste que ibas a ir allí. Siento mucho no haber ido a verte".

Mientras hablaba, besó humildemente la mano de su madre.

Arqueó las cejas y dijo mientras dejaba la fotografía:

"El respeto suele olvidarse cuando las madres se hacen mayores y los hijos maduran hasta convertirse en adolescentes".

"Madre. ¿De dónde has sacado el motivo de semejante reproche?" preguntó Bernhard con pesar. Con los ojos muy abiertos, miró a su madre. Se asustó al ver la expresión sombría de su madrastra. ¿Estaba enferma o cuál era el motivo?

"Creo que las fotos de jovencitas son muy inapropiadas para una sala de estudio", dijo su madre con reproche.

"¿Te refieres a Ilse Kersten?"

"Sí, por supuesto. No entiendo por qué esa foto está en medio de tu escritorio. Naturalmente, te quita de la cabeza los estudios, te distrae".

"Todo lo contrario, madre querida. Eso me anima".

"¿Esta foto? ¿La ciega? ¿Qué demonios?" Sus preguntas llegaron con fuerza.

"Muy posiblemente no sentiría una piedad tan profunda, o más bien un amor tan fraternal, por otra desafortunada como el que sentí por ella, a la que llevé en brazos como una niña en el jardín a la edad de cuatro años. Oh, qué orgulloso me sentí cuando la Sra. Kersten y tú me permitieron hacerlo, y luego cuando le enseñé a correr..."

"Admiro tu memoria", interrumpió bruscamente la señora Reimann. "Todo eso está en el pasado".

"Por supuesto. Sólo quería señalar que Ilse y yo hemos crecido como hermanos. Además, es una chica con mucho talento. Es musical de una manera que se podría describir como bastante milagrosa. Toca las composiciones más difíciles de oído. Si sólo la escucharas tocar la Marcha Fúnebre de Chopin o la Marcha Nupcial de Lohengrin u otra música wagneriana, seguro que también la admirarías. Del mismo modo, interpreta las últimas obras del compositor de Dresde Bittner casi tan bien como Martha Fischbach, que es, al fin y al cabo, una artista conocida. Cómo puede hacer esto a ciegas es un verdadero misterio para mí. A veces también interpreta sus propias composiciones, tan perfectamente bellas que resultan sorprendentes. Esto me recuerda al gran músico médium, el Sr. Shepard, que toca la música más maravillosa al piano en estado de trance. Además, Ilse es sin duda una pintora con talento".

"Pero no me creas tan ingenua como para creer eso", respondió ella, llena de ira.

"No, no, mamá, es muy cierto".

"Aunque admita que pueda tocar de oído, no creo que pinte. Al fin y al cabo, es invidente -continuó la madre, protestando-.

"Me lo dijo una vez cuando le pedí una explicación: 'Siempre se necesitan los ojos para hacer algo. Dios me ha dado un ojo interior, el ojo del alma'".

"No lo entiendo", interrumpió la señora Reimann con vehemencia. "¿Qué es la visión interior?"

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Bernhard al responder:

"Madre. Hay muchas cosas entre la tierra y el cielo que los estudiosos no pueden ni soñar".

"Yo también lo sé. Es un hermoso parche con el que los ocultistas o espiritistas cubren las lagunas de sus conocimientos."

De nuevo Bernhard sonrió, pero no tuvo tiempo de responder, pues su madre continuó:

"Supongo que esas son las opiniones que Rasmussen te implantó en Hamburgo. Se dice que es el mayor embaucador de todos. Bueno, has encontrado un maestro ocultista muy divertido".

"No, esa es una acusación falsa. Ya sabía esas cosas. Es a través de Ilse, que me parece un medio muy poco común, que me he acercado a esta ciencia. Ya el año pasado ordené las obras de Du Prel, el más famoso filósofo espiritista, así como los escritos de Crookes, y luego de Aksakow, quien, especialmente en su libro "Animismo y Espiritismo", con la ayuda de espíritus materializados, refuta fácilmente las explicaciones de los antepasados sobre los fenómenos místicos y muestra que estos fenómenos místicos sólo pueden ser explicados, en su mayoría, por espíritus que actúan fuera del cuerpo, es decir, por espíritus de los difuntos. Y luego el gran vidente, Andrew Jackson Davis, que mucho tiempo antes predijo la guerra mundial, y Kant, Hegel, Schopenhauer, Fiedler, que trabajaron en este campo de manera muy especial, todos ellos me han acercado a otro mundo y me han enseñado a reconocer como naturales esas cosas místicas que para otros son inexplicables."

La señora Reimann parecía burlarse.

"Han hecho de ti un buen discípulo, que cree ciegamente lo que no puede ver. Sólo creo en lo que veo".

"Perdóname, Madre, eres una de las muchas de las que Jesús dice: Si no veis señales y prodigios, no creéis. Pero he visto y he oído hablar de milagros, no sólo hoy con Rasmussen, sino antes a través de Ilse. Déjame contarte:

Entonces todavía era un niño. Era el atardecer. La Sra. Kersten nos había traído una nutrida sopa de la cabaña. Estaba a punto de marcharse de nuevo a por unas pastas, cuando de repente Ilse gritó horrorizada:

'Ayuda. ¡Ayuda! Dios mío, escucha cómo grita la gente. El barco se hunde, ese gran, orgulloso y hermoso barco. Todos corren hacia la proa. Oh, qué desgracia. El barco se hunde. El iceberg lo parte en dos. Lo veo claramente. Oh, cómo lloran las madres'.

La señora Kersten corrió a ayudar y sostuvo a Ilse, que se había desmayado, en sus brazos. Al cabo de poco tiempo volvió a ser la de siempre, tomándose la sopa como si no hubiera pasado nada. Ni ella misma recordaba lo que había pasado.

Una semana después, todos los periódicos estaban llenos de historias sobre el terrible desastre del Titanic, que Ilse ya había visto con detalle".

La Sra. Reiman escuchó atentamente mientras su hijo continuaba:

"La segunda vez -los dos teníamos más de 15 años entonces- la acompañé al Tiergarten para dar un paseo. El frío de la tormenta estaba en el aire. Se sintió un poco cansada, así que la llevé a un banco bajo un gran álamo. Oí el rugido de una tormenta eléctrica que se acercaba en la distancia y, antes de que nos diéramos cuenta, un violento ventarrón pasó por encima de nuestras cabezas. Ilse se levantó de un salto y dijo:

Ven. Llévame a casa rápidamente. Mamá está asustada".

Pero como quería protegerla de la fuerte lluvia, nos instalamos bajo tres malvas que crecían muy juntas. Los relámpagos y los truenos se sucedieron rápidamente. De repente, Ilse gritó, me agarró del brazo en vena y me sacó de debajo del dosel de hojas de los árboles. Me enfadé por ello y la regañé por su falta de comprensión. Entonces gritó entre lágrimas:

"Entonces, ¿quieres que te mate un rayo?"

Me apartó.

Apenas nos habíamos alejado cuando el rayo cayó donde acabábamos de estar".

"Bueno, entonces tienes que agradecerle a esa ciega tu vida", dijo burlescamente la señora Reimann.

"Seguro que sí".

"Y probablemente pintó toda la obra de inmediato", se burló todavía. "¿No serías capaz de decirlo?", continuó.

"Madre. Su broma está ciertamente fuera de lugar", dijo Bernhard con seriedad.

"¿Por qué? Dijiste que también pinta y..."

"Sí, por supuesto. Y yo mismo me lo he cuestionado varias veces, la última la semana pasada", continuó Bernhard. "Estábamos sentados en el jardín hablando. Se estaba haciendo un poco de noche. Llevaba unas rosas en las manos. Tomó uno en su mano y me preguntó qué aspecto tenía y de qué color era. Dijo que era rojo".

"Sí, lo sé por el olor", exclamó, "las rojas tienen un olor más fuerte que las amarillas y las blancas".

"Así que puedes distinguir el color por el olor", pregunté, con curiosidad. "Sí, así es. Lo que realmente quería saber era cómo se forman las rosas".

Entonces le describí la estructura de la rosa y le expliqué cómo un pétalo se dobla alrededor de otro pétalo. Acaricié suavemente la rosa con sus suaves dedos, tocando pétalo a pétalo. Cuando se desprendieron en su mano, una sonrisa inspiradora apareció en su rostro.

"Ahora sé exactamente cómo son". "Dame un papel y un lápiz afilado y te demostraré que tengo razón", exclamó feliz.

Inmediatamente le di lo que pedía y la llevé a la mesa del jardín, donde coloqué un cuaderno como soporte. Entonces tomé su mano y la puse sobre el papel, colocando el lápiz entre sus dedos; al instante respiró profundamente, luego con la mano izquierda se acarició la frente unas cuantas veces, y al principio lentamente, luego más rápidamente, dibujó una rosa entreabierta, -no sólo esto, sino también el tallo con sus hojas.

Contemplé con asombro la maravillosa obra que realizaba aquella ciega. Un artista no podría haber dibujado mejor la rosa. Después de un rato, me preguntó si las rosas tenían ese aspecto. Para su vista interior, así era".

"Eso es muy extraño", dijo la señora Reimann, asombrada. Bernhard, pensando que ya había hecho cambiar de opinión a su madre, continuó:

"Ahora entiendes que debo ayudarla, que debo hacer todo lo posible para sacarla de la oscuridad, ella que, incluso de noche, ve una belleza de formas tan vívida. Voy a dar mi vida para hacerla ver. Y ahora me anima la nueva esperanza de que su tío la ayudara", terminó Bernhard con entusiasmo.

"Bernhard", dijo la señora Reimann, "¿cómo puedes, justo antes de graduarte como médico, esperar algo así de un simple aficionado? Puedo entender su asombro. Pero, sin embargo, no hay que ir tan lejos como para hacer de lo imposible la misión de su vida, y así, quizás por la investigación y la contemplación inútiles, perder la salud. No, no debes ir tan lejos".

"De qué sirve una vida que no tiene sentido para mí. Debo hacerla ver. Sólo entonces, madre, diré que mi vida no ha sido en vano". La madre miró a su hijo sin comprender nada. Se asustó al verle tan firmemente apegado a esa idea inútil.

"Eres como tu abuelo, que se arruinó cuando planeó construir un dirigible", dijo.

"Un plan que, veinte años después de su muerte, fue llevado a cabo por ese incomparable Conde Zeppelin para bendición de la humanidad", respondió Bernhard con orgullo. "¿Por qué, entonces, no he de conseguir, mediante una incansable investigación, que los ciegos de nacimiento vean? Todo depende del caso".

La señora Reimann miró pensativamente a su hijastro mientras decía: "Sin embargo, me gustaría saber cuál es el motivo, debo decir, de esta absurda fantasía".

"¿Como un motivo?" preguntó Bernhard, sorprendido. "¿De qué estamos hablando? Es Ilse, cuya ceguera es tan lamentable y siento lástima por ella".

"¿Lástima?" preguntó burlonamente. "Quizás confundes eso con la amistad. Por lo demás, no importa que disimules tus sentimientos por Ilse".

Un ardiente rubor subió a sus mejillas al dejarle con estas palabras.

Con los ojos bien abiertos, Bernhard miró fijamente a su madre. Por primera vez, surgió en él una ira contra ella. ¿Era esta la madre que, después de todo lo que le había contado, le entendía tan poco? ¿Era el sentimiento de piedad tan extraño para ella que no tenía ningún sentido? Cómo puede ser tan cínica, se preguntó. Su ceño se frunce cuando su mirada se posa en el cuadro de Ilse.

"Nadie puede impedir que me esfuerce por dar luz a tus ojos apagados. Lo deseo", se dijo a sí mismo en voz alta, con el desafío brillando en sus ojos.

Luego se enderezó de repente y tomó con decisión sus libros, sumergiendo todos sus pensamientos en el trabajo. Todavía tenía que leer el número de páginas que se había propuesto antes de ir a la velada en casa del profesor, a la que había sido invitado.

## VI

La viuda de Kersten, una procuradora que había trabajado durante veinte años en la fábrica de Reimann, estaba ocupada en el jardín detrás de su casa. La mitad de la casa seguía siendo propiedad de Reimann, dueño de una fábrica, con una hipoteca de 30.000 marcos. Sin embargo, se la había dejado intacta para el resto de su vida. Los intereses, la pensión alimenticia y el pequeño capital que había heredado de sus padres le permitían pagar el alquiler de su casa de tres plantas.

Tras la llegada de su hermano, el cónsul Rasmussen, se preocupó aún más de organizar su casa. Aunque no vivía con ella, sino que se alojaba en uno de los mejores hoteles, quería ocultarle cualquier cosa que pudiese indicar de algún modo que sus circunstancias eran demasiado modestas. Durante estos días, sin embargo, su hermano no se había presentado por allí. Llevaba un sombrero de jardín de ala ancha para protegerse del sol, cuyos rayos caían con fuerza sobre la arena blanca. En su mano derecha llevaba hilos con las que pretendía atar las ramas de los pequeños árboles que estaban sueltas o lastradas por los pesados frutos. Aquí y allá las abejas levantaban vuelo temerosas y las mariposas se deslizaban entre sus hábiles dedos mientras rozaban los lirios del campo o recogían las malas hierbas de los fragantes huertos y ataban los troncos a los amenazantes rosales.

Sí, esto de la jardinería se había convertido en una forma de vida para ella. Atando las ramas caídas, se alejó de sus pensamientos por la herida siempre punzante que le escarbaba el alma como un gusano.

"Mami". - "Mami". ¿Dónde estás? ¿Estás aquí?"

La voz de la chica resonó en el brillante aire. La señora Kersten, sobresaltada, dejó su trabajo y sus ojos castaños miraron a través del verdoso campo en la dirección de la que procedía el grito.

"Sí, Ilse, ya voy", respondió enseguida, y, recogiendo rápidamente sus cosas, se apresuró hacia su hija, que ya estaba a medio camino de encontrarse con ella. Vio el rostro de su hija radiante de alegría.

"Piensa, madre, la lección de hoy ha sido muy divertida. Bernhard me describió los Alpes de una forma tan maravillosa que creí poder verlos. Habló de los picos de las montañas donde las muchachas alpinas pasan las noches de verano entre las vacas. Me habló de sus cabañas, sus trajes y su vida allí arriba. ¡Oh, qué maravilloso fue!

Las imágenes cobraron vida en mi alma. Luego me habló del sol con sus diferentes rayos, el sol de la mañana, el sol del mediodía y el sol de la tarde. También me habló de la tierra del sol de medianoche. Fue sorprendente escucharlo".

Su hermoso rostro brillaba de radiante felicidad mientras hablaba de ello.

Después de un momento, añadió con tristeza:

"Es una pena que mi tío no esté aquí, y que Bernhard no tome el té con nosotros esta noche. Debe ir a ver a su profesor. Y tenía muchas ganas de verlos a los dos".

"Seguramente ese joven tiene cosas más importantes que hacer que socializar con nosotros. Sabes que está terminando su carrera".

La voz de su madre temblaba un poco de disgusto al hablar. Ilse escuchó. Luego tomó la mano de su madre y dijo en voz baja mientras avanzaban.

"No tengo a nadie más que a ti y a Bernhard, tú mi querida madre y él mi maestro y compañero de juegos".

"El tiempo de los juegos ha terminado. El niño se convirtió en un hombre. Pronto sus caminos se separarán".

"Madre", exclamó Ilse. "No hables de separaciones. No puedo escucharlo".

"Pero niña. No puedes pedirle a Bernhard que sacrifique toda su vida por ti. Eso es imposible. No puede suceder. Tiene otras responsabilidades mayores. Pertenece al mundo. Debe luchar contra las tormentas de la vida y debe vivir como un hombre".

El delicado cuerpo de Ilse tembló y su madre lo sintió en su mano. Su corazón se encogió al ver su rostro pálido y asustado de Ilse. Oh, qué difícil sería destrozarse esas modestas alegrías de la vida en su criatura. ¿Pero qué podía hacer? ¿No era su sagrado deber proteger a la infeliz niña ciega de una decepción aún más difícil, de una calamidad aún mayor, que podría afectarle aún más amargamente que sus palabras? Como mujer experimentada, sabía muy bien que lo que atraía al joven hacia su hijita era sólo la compasión y la compañía habitual.

¿O ya era demasiado tarde?

Ante este pensamiento, un repentino temor surgió en sus ojos. Los abrió, como si sus ojos no hubieran sido lo suficientemente amplios para ver toda la gran desgracia que podría ocurrirle a su hija. Para consolarse, dijo:

"Ilse, ¿qué te parece que vayamos a México con mi hermano? En ese maravilloso país, tal vez nosotras también podríamos ser felices".

"Sí, sí, vamos", se alegró Ilse, pero enseguida añadió: "Pero no sin Bernhard. Debe venir con nosotros".

La pobre madre miró con tristeza a su hija.

"Tú y Bernhard debéis separaros", dijo con gravedad. "Aprende a tiempo a sobreponerte, Ilse, - a tiempo. Bernhard no debe volver a venir aquí".

"Déjame a mi amigo, por favor, madre", suplicó Ilse. "Él es la luz de mi tenue existencia. Sustituye a un hermano. Y me da la esperanza de volver a ver, me da la fuerza para creer. - Madre, déjame ver a Bernhard. No lo alejes de mí. Me moriría si ya no escuchara su voz, si tuviera que perderlo".

Las lágrimas brotaron de los ojos de Ilse. Se produjo un silencio.

Habían llegado a una enramada sombreada y cubierto de viñas. En la Sra. Kersten, el corazón y la sensatez estaban luchando. Un suspiro apenas audible resonó sobre la cabeza de la joven. Y se llevó la mano al corazón como para sofocar una angustia feroz que superaba toda comprensión. Luego dijo con voz tranquila y suave:

"Puedes seguir con él todo el tiempo que Dios permita. Pero si llegara el día en que él mismo te dejara, o tal vez se viera obligado a dejarte, prométeme, Ilse, que soportarás tu dolor con valentía, para que no se nos rompa el corazón a los dos."

Las manos de Ilse buscaron la de su madre, que besó con el corazón lleno de gratitud.

"Sra. Kersten. Sra. Kersten," la criada llamó de repente desde la ventana abierta.

"La señora Reimann, la dueña de la fábrica está aquí y quiere hablar con usted".

La Sra. Kersten se giró hacia la ventana.

"¿Quién quiere hablar conmigo?" preguntó, creyendo que había escuchado mal. "¿La Sra. Reimann?"

Ilse interrumpió: "¿La madre de Bernhard? ¿Qué quiere contigo?"

"Sí, eso fue lo que ella dijo," contestó la criada.

"Llévala a la habitación de invitados".

Mientras tanto, la Sra. Reimann se apresuró a inspeccionar la acogedora habitación. Buscó una foto de su hijo Bernhard, pero no la vio por ningún lado. - Entonces la puerta se abrió y la señora Kersten entró por el umbral.

Tal cual extrañas, se encontraban frente a frente, las dos que una vez habían sido compañeras de colegio, luego pasaron juntas el primer esplendor de su juventud, hasta que las separó el oro del rico Reimann y Auguste Schneider se convirtió en su esposa. Casualmente, la Sra. Kersten se casó con un amigo menos rico de Reimann, por lo que la amistad de las jóvenes continuó durante algún tiempo.

Un gato grande y hermoso, que se había colado por la puerta cuando la señora Kersten entró en la habitación, levantó su pelaje cuando sus grandes ojos verdes se encontraron con la desconocida, y si la señora Kersten no hubiera intervenido

inmediatamente, el gato Peter se habría abalanzado hacia la extraña, decidido a hacer una agresiva pose.

"¡Qué animal tan horrible!", exclamó indignada la señora Reimann.

La señora Kersten aparentemente no escuchó la exclamación. Después de llevarse a Peter, le pidió a la señora Reimann que se sentara. Tras un breve e incómodo silencio, la señora Kersten preguntó qué motivo le había dado el honor de ver a la señora Reimann. Después de todo, tenía que mostrar respeto por la esposa del amigo de su difunto esposo.

"Sí, - he venido en busca del bien de nuestros hijos".

La señora Kersten escuchaba atentamente, mirando fijamente a la señora Reimann.

"No te entiendo, -¿por el bien de los chicos?"

"Así es, por el bien de los chicos", repitió la señora Reimann.

"No me negará que mi hijo Bernhard dedica todo su tiempo libre a su hija Ilse, cuando tiene cosas más importantes que hacer..."

"Oh, ya veo", interrumpió la señora Kersten mientras un sonrojo intenso subía a sus mejillas.

"Debo, pues", continuó la señora Reimann, "pedirle que prohíba a mi hijo venir a su casa, lo que sin duda sería lo mejor para ambos".

"No tengo ninguna razón para prohibirle a su hijo que venga a mi casa, pues hasta ahora siempre nos ha tratado a mí y a mi hija con gran respeto y cortesía. Pero como usted considera que el asunto es importante, debe prohibirle, por supuesto, que se relacione con nosotras. Sólo le agradezco que así sea, ya que estoy ansiosa por proteger a mi hija del dolor que puede resultar de esto".

"Por supuesto - pensé que usted tendría la misma opinión. ¿Cómo puedo esperar que acceda a mi petición y me ayude en mi lucha contra los absurdos sueños de mi hijastro?"

Con una sonrisa pícaro, añadió:

"Un ganado tan rico no se escapa tan fácilmente de las manos".

La señora Kersten saltó de su asiento. Se puso pálida hasta los labios. Con voz temblorosa por la ira y superando toda reflexión, respondió:

"¿Cómo te atreves a insultarme así, a acusarme de esa codicia tan baja y despreciable? ¿Has olvidado que fui yo quien hizo posible que te casaras con el hijo de un rico propietario de una fábrica? ¿Has olvidado la pobreza en la que viviste tú,

tu madre, tras la muerte de tu padre? ¿Has olvidado cómo me rogaste que te acogiera en casa de mis padres hasta que tu madre volviera donde sus parientes, de los que esperaba recibir ayuda económica? Y luego cómo regresó, destrozada por el dolor y la desesperación por haber sido rechazada por sus familiares, dejándote desamparada y a merced de tu propia fortuna. Entonces yo, señora Reimann, me peleaba conmigo misma en mi habitación. Y la compasión por ti y por tu madre se impuso a mi amor por Reimann. Porque, como bien sabes, yo era la elegida de su corazón. Me negué a desposarme con él y me comporté en su presencia lo peor posible sólo para hacerte más simpática... Sí, además, le hice creer que sufría una enfermedad que nunca tuve. Deberías avergonzarte, ahora que me acusas de tal cosa".

"Eso es una exageración, todo es una gran exageración y una mentira", le interrumpió la señora Reimann, indignada.

"Has olvidado todo eso. Pero, aunque ya no sintieras la más mínima gratitud, no habría creído que tu mente estuviera como la veo ahora. Sé que no corresponde a mi dignidad discutir con usted ni un momento; eso se lo dejo a otros. Pero aún no has llegado al final de tu camino. Puede que llegue un momento en el que te arrepientas amargamente de tus palabras. Y no olvides esto. Incluso en esta vida te puede llegar un castigo. Lo que un hombre siembra, también lo cosecha. Cuando en tu propia carne sufras el castigo de tu orgullo, rezaré por ti. Pero qué más puedo pedirte. Estabas igual de orgullosa de tu propia madre anciana. Ni le hiciste a tu pobre tía el último servicio de acompañarla a la tumba cuando murió".

"Te prohíbo de una vez por todas que te metas en los asuntos de mi familia. Sé lo que haré y sé lo que no haré. Y si no te pones de acuerdo con Bernhard, tomaré medidas que serán aún más incómodas para ti".

Sin esperar respuesta, se levantó y se fue sin despedirse. La señora Kersten exclamó tras de sí: "Su marido nos defenderá y no permitirá que nos perjudiquen". La Sra. Reimann se horrorizó al oír esta referencia a su marido.

"Oh, lo sé, era a él que le pertenecía ese miserable amor suyo, ese que vive de nuestro dinero. Tal vez aún la ame, - entonces me han engañado durante años", pensó. "Ahora entiendo su frialdad, sus muchos comentarios cínicos, sus burlas. Pero pondré fin a tu juego. Arrancaré la máscara de los ojos de ese hombre odiado para que el mundo pueda ver su verdadero rostro".

Se rió burlescamente.

"Qué tontería ha hecho", se dijo a sí misma, "decir eso de mi marido, y elevarse tanto ante mí. Debería saber que está en mi mano echarle de esta casa, que, al fin y al cabo, nos pertenece", se dijo a sí misma, mientras salía de la casa, con los labios firmemente apretados y sus pensamientos oscuros.

## VII

El cielo se había nublado. El aire era brumoso y pesado, y presagiaba la llegada de una violenta tormenta. Una bandada de pájaros giraba lentamente en el aire. A lo lejos, se oye a alguien cantar sobre la separación y la nostalgia. Ilse se armó de valor y escuchó. Es extraño cómo esa canción le rompió el corazón. Una profunda pena la invadió. Las palabras de su madre volvieron a ella y se grabaron en su conciencia. "Si alguna vez llega el día en que deba dejarte, mantente firme", había dicho.

Con el corazón roto, se sentó a escuchar las palabras de su alma.

Una fuerte lluvia golpeaba las paredes de la arboleda. El granizo ya caía sobre él.

"No, no podría soportarlo. Mi vida se desmoronaría si me dejara", dijo de repente.

Sus pensamientos seguían en movimiento. "Echo de menos su voz a cada momento. No, nadie debe quitarme a Bernhard, nadie. Cuando habla, el mundo entero se abre ante mi ojo interior con una belleza encantadora. El camino que recorro a su lado parece tan brillante que una dicha sin precedentes llena mi mente, y podría cantar una canción de alegría por pura felicidad."

Entonces, el estruendo de un trueno le robó el sueño y se estremeció de miedo. Pero en ese mismo momento oyó los familiares pasos de su madre, que la condujo bajo un techo seguro.

## VIII

El chalet del Dr. Johannes Mertin estaba muy iluminado. En la sala de fumadores, varios distinguidos profesores de diferentes facultades estaban ya en animada conversación y esperaban con entusiasmo a su nuevo invitado, el cónsul Rasmussen, del que su colega Mertin le había contado cosas maravillosas, muy sorprendentes e interesantes.

La joven hija de la casa, la única y mimada hija del profesor viudo, echó un último vistazo a la mesa con la anciana ama de llaves, arregló un poco la fruta, limpió aquí y allá y con una servilleta un vaso de vino que no parecía del todo claro, puso los jarrones llenos de flores a la luz adecuada, se alejó un poco, fue de habitación en habitación y finalmente se detuvo ante el precioso espejo de estilo antiguo que reflejaba su forma juvenil en toda su belleza.

Miró con satisfacción sus grandes ojos, brillantes de vida, rodeados de largas pestañas oscuras, gruesas y fascinantes. Se humedeció el dedo del corazón con la lengua y dibujó las cejas varias veces. Una naricita dulce y un conjunto de pómulos le hacían parecer toda una pequeña bribona. No se podía ver una imagen más hermosa que la de esta fresca flor humana, esta dulce niña. Un ligero vestido velado de color amarillo dorado, con ricos adornos de encaje y un cinturón de seda bordado con rosas rojas, realzaba su oscura belleza. Se echó el pelo castaño y rizado hacia atrás y, mirándose altivamente al espejo, dijo

"Así es como le agradaré".

"¿Para complacer a quién? ¿El encantador Rasmussen?" preguntó el joven desde la puerta.

"Oh, Hans, ¿cómo has podido asustarme así?", dijo Elfride, con dos arruguitas en el puente de la nariz. Hicieron que el joven se sintiera aún más tentado a bromear, pues aquella expresión sería no le sentaba nada bien a la chica. Estuvo a punto de pasar corriendo por delante de su primo, Hans von Reichenau, pero éste le impidió seguir adelante.

"Oh, ¿pensaste que podrías escaparte? Contesta bien primero, niña -se burló el joven con una carcajada-. "Entonces, ¿a quién quieres agradar? No el viejo Rasmussen, seguramente. Dime, ¿quién es el afortunado? ¿A quién vas a capturar?"

"Desde luego, a ti no", respondió enfadada.

"Sí, lo sé desde hace mucho tiempo. No hace falta que lo repitas. ¿Pero quién es el afortunado? O más bien, ¿el infeliz al que quieres agradar? Sólo dímelo honestamente".

"En primer lugar, no es de tu incumbencia".

"Bueno, está bien, pequeña fiera. No importa. En lo que a mí respecta, puedes halagar a ese hechicero. Podría hacerse joven como Fausto. Entonces tú serías Gretchen. - Pero", dijo, después de un momento, mirándola con ojos brillantes, "después de todo eres una linda primita, supongo que no hay nada que hacer al respecto, - me gustaría comerte".

"No me detengas, Hans. Suéltame. Tengo cosas que hacer", rogó. "Vamos, bájame". Ella le empujó por los hombros, pero él no se movió. Se rió alegremente, sin soltarla. Y entonces Elfride se enfadó de nuevo:

"Te estás volviendo insoportable, Hans".

"Y si a eso vengo, gracias a Dios, todavía no lo soy", respondió con valentía.

"Hans, no oyes, me quiero ir", repitió furiosa, dando un pisotón.

"Es cierto. Así es como me gustas, Friedel. Ahora puedes irte".

Hans se hizo a un lado. Enfadada, dejó de mirarle y estuvo a punto de salir de la habitación. Sin embargo, de repente se detuvo pensativa y se giro hacia su primo. Entonces, inesperadamente, preguntó con una voz de forzada amabilidad:

"¡Escucha! Dime, ¿conoces a Bernhard Reimann?"

Bueno, hay un conejo en un nido de liebres. ¿Así que quieres agradar a Bernhard?"

Luego se llevó un dedo a la frente y dijo dos veces, pensativo:

¿"Reimann"? ¿Reimann?"

"Sí, eso es. Sí, lo conozco. Creo que es un verdadero ratón de biblioteca. Es el que mejor conoce a Rasmussen. Ahora lo entiendo. Por eso viene aquí esta noche".

"Ya veo", añadió pensativa.

Entonces el joven dijo, como para desviar la conversación:

"¿Quién más viene aquí esta noche?"

"No lo sé, Hans. Nuestra querida ama de llaves, la Sra. Granfeld, ha dicho que esta noche habrá más invitados de lo habitual".

En ese mismo momento se abrió la puerta. El profesor Johannes Mertin entró en la sala, seguido de algunos otros caballeros.

Los jóvenes se callaron y se volvieron para mirarlos.

"¡Padre, eres tú!", exclamó Elfride y, radiante de alegría, corrió hacia él, abrazó a su padre y le dio un beso en la mejilla, ignorando por completo a los caballeros que

habían entrado en la habitación con él. Cada uno de ellos sintió como si un pájaro feliz hubiera volado hacia su corazón. La franqueza natural de la joven les hizo tanta gracia que todos se echaron a reír.

"¿No sería divertido que una hija tan dulce me sorprendiera a mí también?", sonrió el viejo y soltero profesor Malzahn desde detrás de sus gafas doradas.

"Mi querido colega, es tu culpa que ahora sólo puedas ver cómo se besa a otros", se burló su amigo, el misterioso Schilling. "Si te hubieras casado, podrías tener seis hijas y quizás hasta nietos que se turnarían para besar tu calva".

Todos se rieron. Sólo el viejo erudito bromista murmuró algo sobre el inapropiado comentario y estaba a punto de responder del mismo modo cuando la señora Granfeld anunció la llegada del señor Rasmussen.

Todos se miraron entre sí. El profesor Mertin dijo:

"Bueno, ahí está". - Abrió la puerta de la habitación de invitados e invitó a los caballeros a entrar. En ese mismo momento, el Sr. Rasmussen entró en la sala por la puerta principal, seguido de Bernhard Reimann.

El joven estudiante de medicina fue el primero en encontrar al viejo profesor. Ofreciéndole la mano, se inclinó y dijo:

"Buenas noches, profesor".

"Buenas noches, Sr. Reimann".

Luego se colocó entre Rasmussen y el profesor:

"Permítanme presentarles, caballeros, al cónsul Rasmussen y al profesor Mertin".

A continuación, se presentaron los demás caballeros y el profesor pidió a los presentes que tomaran asiento.

Bernhard, a su regreso de Hamburgo, había contado las cosas más maravillosas sobre Rasmussen, y le había dicho al profesor Mertin que pensaba que este rosacruz era realmente un auténtico mago. En Hamburgo había visto con sus propios ojos cómo el cónsul fundía el plomo y lo convertía en oro. Sus conocimientos debían ser milagrosos y poseía poderes que nadie más conocía.

Entre los profesores de la universidad, la visita de Rasmussen había sido el tema de discusión del día, y todos sentían curiosidad por los poderes ocultos del cónsul. Sin embargo, el profesor no creyó oportuno pedir que se realizaran estos misteriosos experimentos en cuanto el invitado hubiera entrado en la casa y la puerta se hubiera cerrado tras él. Por lo tanto, buscó una forma indirecta de ganarse el favor del extraño hombre.

" Señor Cónsul, estoy encantado de recibirle en mi casa esta noche, y lo considero un honor especial. Mi alumno, el Sr. Reimann, me ha hablado mucho de usted y de su país. Habla de México con entusiasmo. Solo está hablando de viajar allí y nos va a llevar a todos con él".

"Sí, después de todo, México es cinco veces más grande que Alemania y todavía necesita migrantes. Los mexicanos les damos la bienvenida con los brazos abiertos".

"Usted es alemán de nacimiento, Sr. Cónsul, ¿no es así?" dijo el Consejero Privado Schilling, interrumpiendo la conversación, "¿y ahora un mexicano, un ciudadano de los Tres Reinos, por así decirlo? ¿Alemán para empezar, entonces mexicano en virtud de sus muchos años de residencia en el otro lado, y noruego en virtud de su condición de cónsul?"

El Consejero Privado Schilling sentía un inexplicable resentimiento hacia Rasmussen y había hecho la mencionada observación sobre su múltiple nacionalidad en tono insultante. Para ser aún más claro, añadió:

"Pero supongo que tales aventuras no son tan raras en esos países de oportunidades ilimitadas".

El Rosacruz no se desequilibraba fácilmente. Respondió con dignidad y serenidad:

"Puedes juzgar el asunto como quieras. Soy alemán de nacimiento y, por tanto, sigo siendo alemán de pensamiento y de sentimiento. Mi formación empresarial y muchos otros factores, en los que no puedo entrar, me encadenaron a México hace años. Aunque el destino, o la suerte, como quieran llamarlo, ya no me mantuviera en México, seguiría allí, porque México es el país más paradisíaco del mundo. Por su clima, que es una eterna primavera, y por sus maravillosas frutas y flores, puede llamarse realmente el Edén. El pueblo mexicano es un pueblo decente y con visión de futuro que, a través de una lucha honesta, ha logrado su libertad política y social."

El profesor Mertin estaba furioso con Schilling, que con su intromisión estaba alejando el debate del objetivo que él mismo quería darle. Ahora interrumpió a Rasmussen a su vez, diciendo:

"He leído las obras de Sehler, y como médico me ha interesado ver que los dioses mexicanos se referían a la sífilis".

"Sí, profesor, las reliquias de México, las ruinas de sus templos y sus pirámides nos muestran la existencia de otro Egipto. La arqueología siempre ha sido mi caballo de batalla. Pero esta ciencia aún está en pañales en México".

Sin poder calmarse, el Consejero Privado Schilling se sintió obligado a asestar otro golpe a Rasmussen. "Sr. Cónsul, estamos fuera de la cuestión".

"Realmente", se preguntaba Rasmussen.

Pero el Consejero Privado no se dejó distraer y continuó:

"¿Me atrevo a preguntar cómo ha obtenido este trabajo?" Rasmussen podría haberlo interrumpido por un momento, pero pensó que el asunto era demasiado insignificante. Por lo tanto, respondió con calma:

"Como ustedes saben, los alemanes eran muy respetados allí antes de la guerra y a menudo se les ofrecían buenos consulados. Así, tras la muerte de mi predecesor, yo también acepté el cargo de Cónsul Honorario, cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores de Kristiania (Oslo) me lo pidió en repetidas ocasiones. Para ello no necesitaba ser súbdito noruego, lo que, como saben, sólo se exige a los cónsules honorarios. El hecho de que me convirtiera en ciudadano de México sólo se debió a la imperfección de las leyes alemanas de extranjería, que sólo pretenden que una persona que no haya inscrito su nombre en los libros de las oficinas alemanas haya perdido su derecho a ser súbdito del Reino. Me considero un germano-mexicano, y de hecho demostré durante la última guerra con qué gusto entré en la contienda tanto por Alemania como por México."

A un teólogo presente, el reverendo Bromm, tampoco le gustó la discusión entre Schilling y Rasmussen y, para ayudar al profesor Mertin, impidió que Schilling continuara la conversación haciendo preguntas:

"¿Cuál es el estado actual del cristianismo en México? La religión del Estado es la católica, supongo. Pero he leído en los despachos misioneros que varias iglesias evangélicas han sido establecidas por los americanos y que el trabajo de conversión se está llevando a cabo con gran éxito y bendición entre los indios."

"Sí, Reverendo, nuestros indios están todos convertidos. Los misioneros están teniendo un éxito espléndido. Conozco a un metodista que, gracias a su sabiduría bíblica y a la difusión del evangelio, ha adquirido dos grandes fincas, la más pequeña de las cuales vale un cuarto de millón. Ahí puede ver a dónde va el dinero de los misioneros, reverendo. Sin embargo, no quiero ofender a nadie expresando opiniones despectivas sobre la labor misionera, pero me gustaría señalar que la labor misionera en el extranjero no es, por lo general, como la describen los periódicos de nuestro país. Hay países, como África, en los que es necesario difundir el cristianismo para propagar la cultura. En otros países, puede hacer daño".

"¿De verdad? Es la primera vez que escucho esto. La doctrina de Cristo nunca ha hecho daño".

"Nunca dije eso, Reverendo. Sólo he expresado mis opiniones en cuanto a la forma en que se propaga, y he afirmado que los misioneros eran en un tiempo principalmente funcionarios de los estados que los enviaban."

"¿De verdad?", dijo el pastor, asombrado. "¿Puede dar pruebas de ello?"

"¿Pruebas? Cientos. Piense en los misioneros ingleses en la India".

Ahora el profesor Mertin esperaba haber encontrado de nuevo un puente adecuado. Estaba decidido a no perder más oportunidades para hablar por fin de los poderes secretos de Rasmussen. Sin escrúpulos, se metió en la conversación por ese motivo:

"Sí, está hablando de la India, señor cónsul. También es un país tan misterioso. He leído sobre los faquires que se dejan enterrar vivos y que pueden conjurar árboles para que broten del suelo. Supongo que pensará que eso es una tontería".

"No lo digo yo. Los indios mexicanos, especialmente los de Yucatán, también tienen poderes mágicos que aquí en Europa no conocemos."

"Eso es superstición", argumentó el reverendo Bromm, "cuentos infantiles para niños pequeños". La teología nos enseña a aborrecer todas esas cosas".

"¿Qué dice la teología? Reverendo, perdone mi franqueza, pero veo aquí de nuevo la prueba de que la teología no se estudia con una mente abierta. No todo lo que la gente de Europa desconoce es superstición y cuentos de hadas".

El profesor Mertin estaba desesperado, temiendo que el pastor iniciara una discusión con Rasmussen, e intentó de nuevo dirigir el debate en una nueva dirección. Tras un momento de reflexión, decidió intentar conciliar el pensamiento del pastor y el del cónsul.

"He leído sobre una famosa imagen de una Santa en México, la Virgen de Guadalupe. Se dice que esta mujer compite con gran éxito con los médicos".

El Consejero Privado Schilling, cuya mente siempre estaba puesta en barrer a todos los restantes de la humanidad, pensó ahora que podía dar un pequeño golpe al Reverendo Bromm, que también se sentiría en Mertin, el anfitrión. Volvió a interponerse en la conversación y presentó a los oyentes una descripción del lugar de peregrinación de Lourdes y de la virgen María.

"Vean cómo las multitudes de creyentes deambulan por allí. Y realmente se pueden escuchar las curaciones que tienen lugar allí. Eso es algo de lo que los médicos pueden aprender".

"No lo dudo", comentó el profesor Mertin, catedrático de medicina. "Marchas agotadoras de un día al aire libre, un nuevo modo de vida, buena comida en los hoteles y baños para personas que de otro modo nunca entrarían en contacto con el agua: todo esto hace maravillas. Las oraciones son entonces una especie de complemento, como el jabón en la bañera".

El sacerdote tenía ganas de irse. El comentario del médico le pareció ofensivo y escucharlo no era digno de su cargo. Pero su curiosidad por saber más sobre Rasmussen le hizo perseverar.

Rasmussen había escuchado la conversación con los demás, y cuando le preguntaron su opinión sobre la santa de Lourdes, respondió breve y firmemente:

"Estoy bastante convencido de los milagros de estas fuentes religiosas de salud en el caso de que por "milagro" entendamos algo que no es cotidiano, algo excepcional. Comparo el funcionamiento del espíritu humano con un radiador eléctrico. Podemos definir la potencia de nuestra batería cerebral, nuestra energía mental, exactamente igual que podemos definir la electricidad. Cuanto más firmemente dirige un hombre sus pensamientos hacia un punto determinado, más poder mental desarrolla y emite de sí mismo. Al igual que 10 o 20 baterías eléctricas desarrollan más potencia que una, los pensamientos de 20 o 100 personas enviados al mismo tiempo, concentrados en un punto, tienen más efecto que los pensamientos de una sola persona. Alrededor de la imagen de Nuestra Señora de Lourdes circulan las fuerzas de la vida y de la curación, atraídas por la fe firme de los necesitados y de los enfermos".

"Supongo que eso es más que nada imaginación, sin base científica", interrumpió el Consejero Privado Schilling. "Después de todo, la ciencia moderna sabe exactamente cómo estimular la fuerza. ¿O cree usted, señor cónsul, que las fuerzas que menciona son sobrenaturales?"

"De ninguna manera. No suelo reconocer nada fuera de las ciencias naturales. No reconozco ninguna metafísica. En mi opinión, todo es físico, incluso el alma y el espíritu deben, en mi opinión, estar en armonía con las leyes de la física."

"Así que esta es tu prueba de que eres un materialista".

"No, por supuesto que no. Por el contrario, soy un espiritualista convencido, incluso un metafísico, pero sólo en el sentido de que trato con un amor muy especial aquellas cosas que debemos mirar con el ser interior, con el ojo del espíritu."

"¿Así que nunca ha pensado en esto desde un punto de vista científico? Verá, como médico, estoy acostumbrado a tratar todas las cosas desde un punto de vista práctico", continuó el profesor Mertin. "Sólo acepto como válido lo que he podido probar a mí mismo y lo que han probado las autoridades conocidas".

"Sí, mi querido profesor", dijo Rasmussen. "Pero en su investigación de estos asuntos no llegará muy lejos confiando en la ciencia ordinaria y en la fe de la autoridad. Al fin y al cabo, nuestra ciencia moderna no es más que un tejido de suposiciones, hipótesis, sueños, teorías y conjeturas basadas en la autoridad, en las que vemos contradicciones a cada momento. Esto es especialmente cierto en el caso de la medicina interna, profesor. Las ciencias ocultas están muy por delante de la ciencia convencional en este aspecto. No se limitan a los cinco sentidos, sino que su campo de investigación intelectual es mucho más amplio y está en la vía especulativa."

"¿Qué es especulativo?" preguntó el profesor Mertin. "Me atengo a los hechos. No puedo entrar en especulaciones. Prefiero ocuparme de la mecánica de los fenómenos. No se puede hablar de dos tipos de ciencia, la ciencia exacta y la ciencia oculta. O algo es ciencia y entonces es ciencia exacta. Si no lo es, tampoco es ciencia".

"En cierto sentido tiene usted razón, profesor. Normalmente los humanos sólo discutimos sobre palabras y conceptos. Para mí, la ciencia oculta significa lo inexplorado, el campo que sigue siendo oculto para el público, así como para los representantes de la universidad, pero que se estudia en escuelas secretas y lugares ocultos.

El científico ordinario trata de extender la luz de la ciencia general, pero esta luz aún no penetra en la oscuridad desconocida. Cuanto más se extienda esta luz, más amplio será el círculo de oscuridad limitada. Los hechos son el esqueleto de la ciencia. La especulación es sin duda su espíritu. Incluso los hechos pueden inducir a error. Debes admitirlo como médico. Su ciencia es un verdadero caos de empirismo, pues rezuma un caudal inagotable de métodos y curas. Al menos una vez al mes, aparece un nuevo remedio que se considera que tiene un gran efecto, hasta que otro remedio igual de silencioso ocupa su lugar, y a su vez sufre el mismo destino. ¿Su doctrina de la medicina clínica es científica, querido profesor? En mi opinión, la ciencia debe basarse en el desarrollo continuo y la coherencia, como la ciencia y las matemáticas en general. La medicina de hoy, como la de ayer, es tan ridículamente confusa en el uso de los medios como si hubiera sido hecha para Moliere y sus caricaturas."

"Tiene fuertes recelos sobre nuestra medicina, Sr. Cónsul".

El Consejero Privado Schilling había esperado demasiado tiempo el momento en que él también podía decir algo.

"Supongo que lo mismo ocurre con todos los sanadores naturales, los que curan por magnetismo e hidroterapia, los homeópatas y todos los demás".

Risas generales.

"Hoy en día también se habla de psicópatas. Supongo que usted es uno de ellos", preguntó el licenciado Bromm al consul.

"Considero que toda la persona es igual de importante, tanto el cuerpo como el espíritu. Por eso pertenezco a una escuela de pensamiento que aún no es reconocida por los caballeros médicos. ¿Acaso no dijo Albrecht von Haller precisamente estas palabras: "La naturaleza no es un núcleo, ni una cáscara: lo es todo a la vez"? Pero como veo que el lado espiritual está ganando, como veo lo vasto que es, creo que es necesario dar prioridad a la investigación espiritual."

"Todavía no he encontrado nada espiritual en el cuerpo, aunque ya he disecado muchos cuerpos", dijo secamente el profesor Mertin.

"En un cadáver no encontrará nada espiritual, profesor, pero en una cama de enfermo sí. Piensa en lo maravilloso que es, desde este punto de vista, observar cómo actúan los glóbulos blancos en el cuerpo, cómo rodean a los pequeños gérmenes que han invadido la sangre y los hacen inofensivos. El átomo, en cambio, es un mundo milagroso en miniatura, pero con inteligencia propia, aunque sólo sea una parte del alma humana o de una roca. La ciencia oculta explora los medios para controlar, dirigir y manipular a voluntad el poder que reside en el átomo. Los fenómenos naturales se remontan a la mecánica, pero conocemos las leyes de esta técnica".

Sólo Bromm, Schilling, el profesor Mertin y el rosacruz Rasmussen habían participado en la discusión, y el anfitrión ya consideraba su causa perdida. Esperaba una velada diferente. Le hubiera gustado que Rasmussen no se interrumpiera tan a menudo o que se ofreciera a realizar alguno de sus trucos de magia. Varios de los señores mayores, a quienes la conversación les había parecido tediosa, se habían ido a la sala lateral, y Bernhard Reimann, el joven Emmerich, Hans von Reichenau, habían ido juntos a la terraza y encendieron allí sus cigarrillos.

Elfriede, cuya joven mente de mariposa había estado muy poco interesada en toda la conversación, y que, además, no había oído ni visto nada más que al joven Reimann, con sus modestas, nobles y agradables facciones, respiró aliviada cuando, sin darse cuenta, se escabulló de la habitación a la terraza, donde un precioso cielo estrellado se curvaba sobre ella. Aquí, Elfriede podía buscar tímidamente la compañía de su primo, y así tener la oportunidad de hablar con Reimann.

El profesor Mertin también se había dado cuenta de que muchos invitados habían abandonado la sala, por lo que interrumpió la conversación general con palabras:

"Señores, ¿no vamos un momento por la terraza al jardín? Es muy bonito ahí fuera y podríamos continuar nuestra conversación ahí. Mientras tanto, mi ama de llaves, la Sra. Grünfeld, pondrá la mesa".

La sugerencia del anfitrión fue aceptada con gusto. El rosacruz fue uno de los primeros en salir a la terraza.

Elfriede se había colocado entre Bernhard y Hans von Reichenau y estaba pelando una naranja que había traído de la mesa cuando su padre, seguido por los demás caballeros, se unió a ella. Estaba a punto de sacar unas cuantas semillas de naranja de su cáscara cuando el rosacruz se le acercó con las siguientes palabras:

"¿No queréis, graciosa dama, darme un poco de vuestra hermosa fruta?"

Elfriede se sorprendió un poco ante esta curiosa petición, pero la convirtió en una broma al responder:

"Por supuesto, Sr. Cónsul. Aquí tiene, por favor".

"No pido mucho, sólo una semilla".

"Pero eso no se puede comer", exclamó Elfriede, riendo. "¿Qué va a hacer con élla?"

"Pronto lo verás".

Atraídos por esta conversación, casi todos los demás invitados se habían reunido en torno al rosacruz. Preguntó a Elfriede, señalando una maceta libre llena de tierra:

"¿Esta maceta está libre, puedo tomarla?"

"Sí, señor cónsul, tómela, pero no se moleste en plantar la semilla, porque no germinará".

"Tal vez pueda hacerlo mejor que usted, mi querida señorita. ¿No lo intentamos?"

"En lo que a mí respecta, sí, señor cónsul".

Rasmussen se dirigió entonces a los demás caballeros:

"Profesor, espero que no piense que he preparado este molde o que he hecho un trato con su hija".

"No, no, señor cónsul, conozco la maceta, pues yo mismo puse la tierra en ella".

"Ahora les pido, caballeros, que guarden el mayor silencio posible. Ninguna pregunta, ningún discurso debe perturbarme".

Todos se habían reunido emocionados alrededor del rosacruz, que había puesto la semilla en la tierra y ahora sostenía la maceta con ambas manos, como si quisiera calentar su contenido. De repente, cerró los ojos y susurró una oración. Luego alargó las manos para bendecir la maceta, soplando varias veces sobre la tierra. Todo el mundo se quedó mirando. De repente, empezó a moverse como si un gusano o un escarabajo saliera de él. No, era algo verde, era una planta, un brote al principio, que se abrió. Al cabo de cuatro minutos, había brotado un pequeño árbol, que creció tan rápido que se podía ver cómo crecía milímetro a milímetro.

El Consejero Privado Schilling sonrió. Como si conociera el truco, agarró el brazo del reverendo Bromm y lo apartó.

"¿Sabe lo que es, mi querido Reverendo?"

"No", respondió el hombre de Dios. "Las cosas no están bien aquí. Ese hombre tiene poderes diabólicos".

"Tonterías", replicó el místico con desprecio. "Eso es muy natural. El hombre puede hipnotizar. Nos ha encantado al ver la planta. De hecho, no existe en primer lugar. Si tuviera una cámara, le haría una foto. Entonces no verías más que la maceta".

Luego se volvieron a girar para mirar el experimento. Rasmussen parecía un poco agotado, la sangre le había subido a la cara. Respiró profundamente y dijo con un suspiro:

"Ahí está, señorita. Este arbolito te lo dejo como recuerdo. Es una pena que el invierno del norte no le permita dar sus frutos. Pero cuídalo de todos modos. Durará hasta este verano".

El reverendo miró con asombro al reverendo Schilling. Así que la teoría de la sugestión masiva no era cierta después de todo, porque Elfriede podría quedarse con la maceta.

Todo el mundo se quedó en silencio.

El asombro de algunos se acercaba al horror, al espanto. Para otros, cuyos castillos de naipes teóricos se habían derrumbado tan repentinamente ante sus ojos, se despertó una especie de resentimiento secreto hacia el rosacruz.

Sólo Elfriede, que no pensó más en lo infinitamente maravilloso que había sido el acto del rosacruz, sintió pura alegría por el regalo.

El profesor Hans Mertin fue el primero en recuperarse de su asombro. Estaba absolutamente encantado, pues estaba muy seguro de que no había ningún fraude o engaño. Pero era un hombre práctico, de sangre fría hasta el final. De repente recordó que Reimann le había dicho que el rosacruz de Hamburgo había convertido el plomo en oro, y con calma se dirigió a Rasmussen con las palabras:

"Cónsul, me ha convencido. Me inclino ante el hecho. Permítanme hacer una sola pregunta: ¿la fabricación de oro es tan sencilla como esto?"

Rasmussen sonrió.

"Es mucho más sencillo. Cualquier niño puede aprenderlo en cinco minutos".

"Vamos", continuó el profesor Mertin, poniendo su mano en el hombro de Rasmussen. "La mesa está puesta. Ven y explícanos un poco de alquimia".

Todos volvieron a entrar en el salón y se sentaron en la espléndida mesa de té. El profesor Mertin dijo ahora:

"Vamos, señor cónsul, empiece a contarnos cómo se hace el oro. Me gustaría ayudar al gobierno a pagar la guerra".

Rasmussen sonrió para sí mismo, luego tomó un gran sorbo de té y, dirigiéndose a sus invitados, dijo:

"Señores. Permítanme responderles con una historia que mi viejo amigo Franz Hartmann contaba a menudo cuando la gente le preguntaba cómo se hacía el oro".

"Sí, dime".

"Un estudiante visitó una vez a Franz Hartmann. "Maestro", dijo, "deme la piedra filosofal y enséñeme el arte de hacer oro". El maestro le dio una pequeña bolsa de polvo rojo y le dijo que lo espolvoreara sobre el estaño hirviendo, que se convertiría en oro. Sólo una cantidad muy pequeña de polvo lo haría. Pero sólo debía rociarse muy lentamente durante un período de unos tres o cuatro minutos y bajo una condición. Sine qua non, durante el proceso de preparación no debes pensar en el rinoceronte".

"¿Qué?", preguntó el estudiante, "¿hablas muy en serio?".

"Sí, hablo muy en serio. Hazlo".

"Está bien, lo haré". El estudiante fue, lo intentó una y otra vez, pero fracasó. No pudo evitarlo, sólo podía pensar en ese desafortunado rinoceronte. Finalmente regresó con el maestro y le reprochó, diciendo:

"Usted es la razón por la que no puedo hacer oro. Si no me hubiera hablado del rinoceronte, nunca habría pensado en ese animal".

"Bien, señores", dijo Rasmussen, dirigiéndose al profesor Mertin, "aquí está la instrucción".

Dijo el reverendo Bromm: "Esa fue una gran broma".

"Disculpe, señor licenciado", continuó Rasmussen con gravedad. "Lo que te dije no era una broma sino la verdad. Si el alumno hubiera estado en tal posesión de sus pensamientos que hubiera podido borrar el recuerdo de ellos de la observación del maestro, también habría tenido el poder de producir oro. Señores, intenten por unos segundos no pensar en nada, y verán que no pueden. Puedo hacerlo, y por lo tanto soy capaz de producir fenómenos, que, sin embargo, sólo presento como excepciones y por un mandato superior."

Las últimas palabras habían causado una profunda impresión en los presentes.

Hubo un silencio general, y nadie se atrevió a decir nada a Rasmussen.

El profesor Mertin no dejó de agradecer al rosacruz la agradable velada y le pidió perdón si él o alguno de los caballeros le había ofendido con sus preguntas o respuestas.

Rasmussen y Reimann fueron los primeros en marcharse, mientras que los demás se quedaron para intercambiar sus opiniones sobre la interesante velada.

## IX

La Sra. Reiman quería calmarse de su irritación con la Sra. Kersten y por eso volvió a su casa por un camino indirecto. Esta vez puso especial cuidado en arreglar la habitación de su marido, y colocó los mejores dulces, fresas silvestres confitadas, las favoritas de su marido, en un pequeño bowl junto a un ramo de rosas frescas.

Sonrió de antemano por la victoria que creía haber obtenido con su picardía. Ella creía que lo conocía. El volvería corriendo cuando viera cuán ferviente y sinceramente lo cuidaría. El amor de un hombre depende de su estómago, pensó, y todo el mundo lo sabe. Entonces, ¿por qué su marido debía ser la excepción, el que siempre tenía buen apetito y que se saboreaba la lengua cuando olía un buen asado? Este proceder suele tener un efecto sorprendente en los hombres.

Su marido podría ser esperado en cualquier momento. No sabía cuándo volvería a casa. Últimamente había dejado de importarle. Al fin y al cabo, hacía tiempo que habían tomado su propio camino. Sí, era evidente que había algo extraño entre ellos, algo que los alejaba.

Los ojos de la señora Reiman se oscurecieron mientras miraba al espacio y pensaba en él.

Entonces, la señora Kersten apareció de repente ante su mirada interior. Acababa de gritarle en la cara que ella era la elegida de su corazón, y ahora quería arrebatárselo a su hijo.

Así que...

El pensamiento no había terminado cuando la puerta se abrió de golpe y su esposo se paró frente a ella, mirándola de pies a cabeza con asombro.

"Parece que mi presencia le deleita muy poco", comenzó la señora Reimann con una risa burlona. "En cualquier caso, estoy sorprendido".

Interrumpió bruscamente.

"¿O ha ocurrido algo extraordinario?", preguntó brevemente.

"¿Qué habría pasado? - Nada".

"Por cierto, hace tiempo que no entras en mi habitación, y a estas horas".

Al principio no se dio cuenta del cuidado con que estaba puesta la mesa. Tampoco pareció notar las rosas.

"Solo habla, ¿qué tienes?" se apresuró "Todavía tengo algunas cartas que escribir hoy. Así que vamos, por favor."

Evidentemente, a la señora Reimann le resultaba muy difícil mantener la calma.

"¿Tienes tanta prisa por deshacerte de mí hoy?", dijo con picardía. "Recuerdo un momento cuando me pedías estar contigo".

Se rió con fuerza.

"Sí, solo te ríes. Ustedes, los hombres, viven al por su cuenta cuando son mayores".

Sorprendido por el reproche, miró a su mujer.

"¿De dónde has sacado esas ideas? Ciertamente no le he dado motivos para tales sospechas. Tienes todo lo que quieres, riqueza y un hijo sano y bueno".

La Sra. Reimann se dio cuenta de que su método no funcionaba y tuvo que inventar otra estratagema para impresionar a su marido.

"Sí, tienes razón", continuó ella, después de pensarlo un momento, "soy una desagradecida.... Pero, ¿me perteneces por completo...?" Gimió suavemente, fingiendo haberlo dicho.

"Pero estoy enferma, realmente enferma, y por lo tanto debes perdonarme".

Asombrado, su marido la escuchó.

"¿Estás enferma?"

"Sí, claro que estoy enferma".

"¿Están tus nervios demasiado irritados otra vez?"

"Tal vez sea así. Parece que no puedo soportar el aire, el ruido, el bullicio de la gran ciudad día tras día. Incluso por la noche me despierto con miedo".

"Entonces viaja a un lugar tranquilo donde tus nervios puedan recuperar el equilibrio. Nuestro médico te indicará dónde ir".

Se quedó mirando al frente.

"No, no iré. Tengo que quedarme cerca de Berlín".

"Bueno, entonces..."

"Todavía tenemos nuestra pequeña villa en Schmargendorf. Podemos vivir allí", dijo ella, interrumpiéndolo. "Está en un lugar tranquilo, rodeado de prados y bosques, y tiene un parque precioso".

"¿Qué? Eso está fuera de lugar", interrumpió, levantándose de la mesa. "Eso no es posible en absoluto. Esa pequeña villa es de la Sra. Kersten".

"La señora Kersten", repitió su esposa, con cara de sorpresa, y luego añadió:  
"Mientras nosotros, sus verdaderos dueños, no lo necesitemos".

"¿Los propietarios? No somos sus propietarios. La casa es de la señora Kersten. Su marido me lo compró cuando estaba vivo".

"¿Es eso así? ¡Nunca me dijiste eso!"

"¿No habría dicho eso? Lo sabes muy bien."

"Así que esa hipoteca de la que hablaste una vez, ¿ha sido pagada? Todavía tenías una suma comparativamente grande hipotecada en la casa, ¿no es así?"

"Sí, me paga intereses por ello".

"Tienes que cancelar ese préstamo", dijo la señora Reimann, de repente y en voz alta. "Así tendremos acceso a la villa de nuevo. Se lo debemos a nuestro hijo".

Miró a su señora con dureza.

"¿Es eso serio? ¿Soy yo quien va a cancelar la hipoteca de la Sra. Kersten?"

"Sí, por supuesto. ¿Por qué no?"

"No pienses en tal cosa. No creo que estés en tu sano juicio".

"¿Ni siquiera si insisto en ello en nombre de mi salud?"

"Ni siquiera en ese caso".

"La Sra. Kersten estaría mal. Piensa, por supuesto, que se mudó allí siendo una joven esposa y dio a luz a su infeliz hija allí. Allí su hija ciega aprendió a correr, a jugar, por lo que conoce cada camino, cada senda. Encuentra todos los rincones de la casa. Yo le sacaría de ese ya patético..."

La Sra. Reimann se rió despiadadamente.

"...bajo los pies de la tierra, Le cortaría la vida, porque desde la muerte de su marido se dedica a cultivar verduras, frutas y todo lo que necesita para llegar a fin de mes en su pequeño jardín. No, no, eso sería cruel, no puedo hacer eso. Además, sería ingrato para con su marido fallecido, que era un empleado bueno y concienzudo en mi fábrica, para que después de solo unos años pudiera darle una procuración. Además, era mi amigo en el mejor sentido de la palabra. En su lecho de muerte, le juré que siempre sería un consejero justo para sus familiares supervivientes, una promesa que cumplire absolutamente. ¡Toma nota! Además, he concertado una hipoteca no cancelable para ambos de por vida".

"Pero tiene que salir de ahí", gritó la señora Reimann a su marido. "Ella debe. Que le pida a su hermano rico, a ese mexicano, a ese César, al que tanto ha querido en

su vida, que le compre una casa", jadeó. "Se supone que tiene dinero como basura. Pero, por supuesto, lo rechaza y permite que unos extraños cuiden de su hermana".

Al darse cuenta de que la enfermedad que estaba planeando pasaba desapercibida, ahora mostró su enfado sin tapujos.

"Me lo he jurado a mí mismo. Esa mujer debe salir de ahí".

Reimann la miró con los ojos en blanco. Empezó a dudar de su cordura.

"Sí, debe", gritó de nuevo. "¿O crees que voy a seguir sufriendo tus encuentros secretos?" Esto explicó el asunto y Reimann comprendió lo que su mujer quería decir.

"¿Estás completamente loca, completamente desquiciada?", le gritó a ella, con enfado. La Sra. Reimann no se avergonzó del enfado de su marido.

"Oh, lo sé todo. Ya no me engañan tus palabras de amistad y otras tonterías por el estilo. Es tu amante", gritó. "Ella es tu amante, y ahora quiere conquistar a mi hijo para su hija".

Entonces Reimann no pudo contenerse más.

Temblando de rabia, gritó: "Te prohíbo que hables en ese tono de voz de una mujer a la que todo el mundo respeta. Deberías avergonzarte de una sospecha tan maliciosa de una mujer que rechazó noblemente su propia felicidad por tu bien".

"¡Ja ja! Para que me atara los hilos detrás de la espalda con más fuerza", Exclamó.

"Lo más barato de lo barato es la ingratitud y... Lamentaría mucho si tuviera que contarte entre tales personajes -dijo de nuevo el hombre con su forma tranquila y plácida-. "Pero -añadió, levantando de nuevo la voz- ten cuidado de no tensar demasiado el arco. Podría romperse, y por tu bien lo lamentaría mucho".

"¿Ha llegado a esto, a amenazarme con el desalojo?" gritó, con un estremecimiento de todo el cuerpo, "por tal... tal razón..." De repente estalló en un llanto desesperado.

Reimann la dejó sola. Descubrió que la irritabilidad de su mujer provenía de los hospitales. Por eso, después de un rato, dijo lastimosamente:

"Creo que es mejor, Auguste, que te vayas a la cama. Tus nervios excitados necesitan descansar". Con estas palabras, condujo a su esposa, que lloraba frenéticamente y estaba histérica, a su propia habitación.

Los días siguientes pasaron lenta y monótonamente. Era como si la noche se hubiera tragado aquella pelea de la cena. Ninguno de los cónyuges planteó el asunto. La

señora Auguste Reimann evitaba más que nunca a su marido. Se sentía interiormente atormentada por el hecho de haberse revelado así ante él.

Ahora su marido debió darse cuenta de que no era la enfermedad, sino los celos, su incentivo. Sabía que odiaba a los Kersten y que haría todo lo posible para privar a Bernhard de su hija ciega. Luego volvió a pensar en la señora Kersten.

"¡Oh, esa mujer!" Se quedó en la ventana, mordiéndose la sangre de los labios. Había un oscuro caos en su interior que impedía que aflorara cualquier buen pensamiento. Al menos iba a impedir que su hijo viera a Kersten. ¿Pero cómo, con qué medios?

"¡Querido Dios! Entonces, ¿Es mi voluntad como madre tan débil que no puedo usarla en mi beneficio?" pensó.

De nuevo sintió el muro que la separaba de su hijo. El concepto de madrastra no era una palabra vacía y sin eco. Buscó el puente que la llevaría hasta él. Su rostro se contorsionaba cada vez que encontraba ineficaz algún medio que había ideado. Un tormentoso desasosiego la alejó de la ventana. De repente, se le ocurrió una idea. Su rostro se aclaró. Quiso confiar en el profesor Mertin, el maestro de su hijo, que tenía gran influencia en él. Fue precisamente en estos días, antes del examen, cuando llegó el momento. Encontraría la manera de curarle de su insensato apego a una chica ciega, y cuando estos lazos se rompieran por primera vez, se pondría del lado de su madre y exigiría a su padre que cancelara la hipoteca.

Sí, éste era el único medio de salvación, y con ello podría enfriar su venganza. Esa estúpida probablemente vendría a pedirle disculpas por su insulto. ¿No era totalmente inaudito que la señora Kersten se fuera de la habitación, dejándole allí de pie como un ganso mudo, y aun más, exclamando tras ella que era la elegida de su marido? ¡Qué absurdo era recordarle eso! Seguramente la señora Kersten debería haber sabido cuál de las dos era la más poderosa, pues el dinero da poder a su dueño.

Agitó el cuello y, con una mirada triunfante, mirando su reloj adornado con piedras preciosas, exclamó:

"Todavía hay tiempo. Si no me equivoco, la recepción del profesor es justo a esta hora".

Tomó una rápida determinación y llamó a la criada para que le ayudara a vestirse.

Dejó un mensaje a su marido y a su hijo, por si le preguntaban que había ido a ver a su amiga, la señora Wilckens, la mujer misteriosa.

Luego, sonriendo con confianza y apresuradamente, se puso en marcha.

## X

El semestre estaba a punto de terminar, los exámenes finales se acercaban y el profesor Mertin, que estaba dando a varios de sus alumnos clases extra para prepararlos para sus exámenes, estaba doblemente estresado. En ese momento, el trabajo extra y la falta de sueño le hacían estar nervioso y de mal humor. Acababa de tener una consulta.

La señora Reimann entró en la sala de espera y se sentó entre los pacientes que esperaban.

El profesor Mertin recibió a los enfermos por orden numérico y la señora Reimann fue la última. Se preguntó si sería mejor fingir que estaba enferma y tener la oportunidad de hablar de su hijo, o si sería mejor ir directamente al asunto que la había traído aquí. Nerviosa, se levantó de su asiento una y otra vez, volvió a tambalearse y se sentó de nuevo, incapaz de tomar una decisión. La espera le parecía interminable.

La última persona que esperaba acababa de salir por la segunda puerta de la sala de recepción y el profesor Mertin, con su bata blanca de cirujano, entró en la sala de espera, diciendo:

"Ahora, señora, por favor. Usted es la última, supongo". Le indicó una silla y continuó con una voz muy formal: "Ahora, ¿qué es lo que le afecta?"

"Profesor, no se trata de mí. Estoy aquí por mi hijo".

"¿De verdad? Entonces, ¿cuál es el problema del joven? ¿No podrías traerlo contigo?"

"No, profesor".

"Entonces dime qué le pasa. Quizás todo vaya bien sin su presencia".

"No, profesor. Mi hijo no está enfermo en primer lugar".

"Entonces, ¿qué quiere de mí, señora?", preguntó, algo molesto y decepcionado.

"Mi hijo es su alumno, profesor, Bernhard Reimann."

"¿De verdad? Ahora lo entiendo", exclamó el profesor Mertin. "Estoy muy contento de conocerle. Pero no es necesario que se inquiete al principio, mi amable señora, puede estar muy tranquila. Su hijo no necesita mi ayuda. Le irá muy bien en sus estudios. Es uno de mis mejores alumnos".

"No, no, profesor. No es una cuestión de un título, es una cuestión de una relación en la que mi hijo ha entrado".

"¿Oh? ¿Una relación?" Pero luego pensó: "¿Por qué debería importarme?".

Por decir algo, respondió:

"Sí, así son los jóvenes, señora Reimann. Pero estas cosas suelen ser pasajeras. Pronto será médico y entonces la olvidará".

"No, profesor. Está demasiado apegado a esa mujer. Perdóneme, pero me gustaría explicarle el asunto con más detalle".

Debió de ser por curiosidad que el profesor permitió que la madre de Bernhard se lo contara.

La Sra. Reimann, con su nerviosismo histérico, le contó al viejo profesor todo lo que pudo. Primero contó la historia de su propia vida, luego todos los asuntos de la familia Kersten, de modo que el profesor Mertin, a la tercera frase, ya estaba harto y no prestaba atención a la historia más que ocasionalmente, pensando que el final estaba a la vista.

Sí que dio muestras de impaciencia, pero la señora Reimann no pareció darse cuenta al principio de lo tedioso que le resultaba al profesor y de que le parecía una pérdida de su precioso tiempo. El profesor aprovechó la primera pausa de la señora Reimann para interrumpirla.

"Lo siento, señora, pero debo decir que no puedo, bajo ninguna circunstancia, interferir en los asuntos privados de mis alumnos. Por lo tanto, lamento mucho no poder ayudarle, y le ruego que me disculpe. Verá, señora, todos mis pensamientos están en este momento en mis exámenes".

"Sí, profesor, pero..."

Mertin ya estaba aburrido. No quería oír nada más y no quiso dar la palabra a la Sra. Reimann.

"Sra. Reimann, estoy de mal humor, pero... por favor... por favor..." La Sra. Reimann, al notar el disgusto que ahora era bastante evidente en el rostro del profesor, se vio obligada a abandonar el asunto.

Cuando salió de la habitación estaba sonrojada hasta la frente.

## XI

Mientras tanto, Bernhard había ido a saludar a Elsa. Quería contarle su decisión de ir a México como médico de barco antes de graduarse. Encontró a la muchacha ciega y sus artesanías en el jardín. Tras sólo veinte pasos, sintió el saludo de su amado. Levantó la cabeza para escuchar:

"Bernhard... Bernhard. Me alegro de que hayas venido, estaba pensando en ti".

"¿De verdad, Ilse? Me pregunto si eso fue una excepción".

"No, Bernhard, sabes que siempre pienso en ti. Siéntate allí, a mi lado, y continúa tu historia. Ayer me interrumpiste para hablarme del Senado de Tlaxcaya, donde los antiguos mexicanos celebraban una especie de parlamento. Dime, Bernhard, ¿todavía existe esa ciudad? Ese México debe ser realmente un país muy hermoso. ¿No te gustaría conocerlo pronto? Ojalá nuestros planes se hicieran realidad algún día y pudiéramos ir allí".

"Eso es lo que iba a decirte hoy, Ilse. Me voy allí en un par de semanas".

"¿Solo, Bernhard?"

"Sí, solo, Ilse".

"Estás bromeando, Bernhard".

"De ninguna manera. Escúchame".

Y ahora Bernhard comenzó a contar su viaje al mar, su deseo de descubrir las enfermedades de los países cálidos, su deseo de ver las grandes enfermerías de México, etc.

Pero Ilse se entristecía cada vez más, pues no podía imaginarse estar sin Bernhard durante toda una semana. De repente, con los brazos extendidos, intentó coger la mano de Bernhard.

Bernhard comprendió el movimiento y acudió en su ayuda. Notó que las lágrimas brotaban de sus ojos. Ella se aferró a él estrechamente y dijo: "Bernhard, mi Bernhard, no debes dejarme sola. Te amo".

Bernhard se quedó absolutamente sorprendido por su arrebató. Una profunda compasión se despertó en él. Lleno de ternura, se llevó una mano blanca como la nieve a los labios, donde se veían las venas azules. Una tierna felicidad la invadió, y su rostro se iluminó hasta la frente.

" Amor, amor. Siempre estaré contigo, aunque esté lejos. ¿No lo sabes?"

Miró su rostro resplandeciente, donde sus pestañas descansaban como una oscura cortina de tristeza. Su corazón estaba conmovido. Pensó en las estrellas marrones de Elfrieden que le habían mirado con tanta promesa aquella noche. Oh, ¿por qué faltaban estas luces en la dulce cara de Ilse? ¿Por qué sus estrellas se habían hundido para siempre en la oscuridad de la noche?

"Ilse, querida", gritó con agonía. "Iré por ti a la batalla de la vida. Eres la flor blanca por la que vivo y muero. Si no se me permite traerte la luz, como he prometido, entonces la vida no tiene ningún valor para mí", dijo, lentamente, abrazándola.

Ilse inclinó la cabeza y, como si lágrimas que proviniesen de la sagrada aparición, humedecieran las rosas en sus brazos. Bernhard vio su pecho de color marfil subir y bajar con emoción. Fue entonces cuando levantó la barbilla de la chica y besó esas perlas húmedas que colgaban de sus pestañas. Este fue su primer beso. Del jardín les llegaba el alegre canto de los pájaros y el sonar de los grillos. Ilse no escuchó nada. Un enorme zumbido, zumbido y canto resonó en su propia alma que cubría todo lo demás. En su corazón estaba el amor encendido, la primavera había despertado.

"Si pudieras verme, qué feliz sería entonces".

Una sonrisa dolorosa recorrió su rostro.

"¿Quién dice que no puedo verte? Te veo a través de tu alma que me habla. El sonido de tu voz da forma a tu imagen en mí. Tu voz es suave y flexible, pero llena de fuerza. En consecuencia, su aspecto debe ser muy agradable. Y -sorprendentemente- a menudo te veo de verdad, -incluso ahora tu imagen se levanta con toda claridad ante los ojos de mi alma. Yo misma no puedo explicar cómo sucede. Es tan claro que podría dibujarlo como las rosas y otras flores. Dime, ¿llevas un traje gris hoy?"

"Sí. ¿Cómo es posible que puedas verlo?"

"Hoy veo que tu pelo rubio se levanta con desobedientes rizos".

"Sí, sí".

"Y veo tu recta y hermosa nariz".

"Sí, es recta, y tampoco creo que sea fea".

De repente, la chica frunció el ceño y se levantó asustada, gritando:

"Oh, veo un gran peligro que te amenaza. Bernhard, te ruego que no viajes".

"Espero que te equivoques en este caso".

Su voz era un poco seria, aunque intentó convertirlo en una broma.

De nuevo Ilse gritó en voz alta, cubriéndose la cara con las manos:

"No quiero ver nada. No. No quiero ver nada. Oh, Dios. No sólo eso. Eso no".

Todo su cuerpo se estremeció. Su rostro se contorsionó y jadeó.

"Oh, qué horrible es todo esto".

Debe haber visto una imagen horrible. Bernhard estaba tan conmovido por lo que había oído que no pudo decir nada. Con un escalofrío la tomó bajo el brazo y la condujo al jardín.

No había ni un soplo de viento. El sol del atardecer ardía de un rojo intenso en el cielo. Bajo su luz dorada, los dos caminaron por el sendero de flores del jardín.

"¡Ilse! - Mi amor". Con estas palabras Bernhard rompió el silencio. "Estamos solos y no sé qué nos depararán los próximos días. Quizás no tenga la oportunidad de hablar contigo a solas. Prométeme una cosa, Ilse. No entregarte tanto a estas cosas místicas".

Ilse, todavía bajo la tremenda influencia de la visión que había visto, le escuchó.

"No puedo hacer nada a favor ni en contra. Y además, doy gracias a Dios que le da a mi noche estos momentos de visión espiritual".

"Bien. Pero al menos promete que si ves algo, no pensarás más en ello".

"Sí, lo prometo".

"De acuerdo. Y luego, Ilse, no olvides que siempre estaré contigo en mis pensamientos, y cree firmemente que cuando vuelva contigo haré todo lo posible para que veas, y sin duda lo conseguiré. Créelo, Ilse, como crees en tu Dios. Y entonces te reclamaré como mi esposa. Quiero ser dueño de lo que he ganado y quiero conservarte como mi más preciado tesoro para el resto de mi vida".

"Pero si no puedes hacerlo", preguntó en voz baja. "Incluso entonces, ¿me pedirás que sea tu esposa? ¿Yo, una ciega?"

Mi corazón latía tan fuerte que mi pecho se resquebrajó ante la pregunta. Se produjo un silencio. El hombre volvió a pensar en los ojos marrones y risueños de Elfriede, que ardían con fuego vivo.

"¿Por qué no contestas?" preguntó Ilse con dolor.

"Porque detecto dudas en tu pregunta".

"No, no dudo de tu habilidad, y menos aún de tu voluntad, pero sé que incluso los más grandes investigadores a menudo han buscado en vano la solución de los misterios hasta el punto de morir en su búsqueda. Podría pasarte a ti".

"No es fácil", dijo, abatido por la sospecha de Ilse.

"No, no es fácil. Así que esperaré hasta que tengas éxito en tu gran tarea".

"Accedería a su petición de inmediato, pero hacerlo es frenar mi afán de investigación llevándome el premio por adelantado. Me estimula a redoblar mis esfuerzos el saber que obtendré la posesión de la joya gracias a mis incansables esfuerzos, y creo que tengo razón."

"Supongo que sí", continuó Ilse, con un fino matiz de amargura en su voz.

"Querida, sé razonable", respondió Bernhard, sin perder el tono de voz de Ilse. "Sabes muy bien que eres lo más querido que tengo. El tuyo es mi trabajo y mi vida".

La atrajo hacia él y volvió a sellar su voto silencioso con un beso largo y cálido.

Al mismo tiempo, la señora Kersten se acercó rápidamente a ellos por el pasillo lateral. Los había visto de lejos, y ahora pretendía venir a invitarlos a la enramada, donde estaba preparada la cena. Su ceño estaba fruncido y sus ojos miraban asustados a su hija. Luego, sus ojos se volvieron hacia Bernard en señal de reproche. Estaba a punto de hablar, pero no encontraba las palabras. Por fin su corazón estalló en palabras amargas y serias:

"Bernhard". Ven. Debo hablar contigo".

Sin decir nada más, le cogió de la mano y la llevó a un banco junto a la casa.

"Espera aquí hasta que vuelva", dijo.

Cuando entró en la habitación con Bernhard, primero cerró la ventana abierta para que no se oyera fuera ni una palabra de lo que tenía que decir al joven.

"Sí, Bernhard", comenzó con voz dolorosa, "me temo que ha ocurrido lo que sospechaba".

Bernhard, sintiendo que no había hecho nada malo, preguntó:

"Disculpe, Sra. Kersten. Estoy bastante asombrado, porque realmente no sé.

"... deja todas las excusas", interrumpió. "Has abusado de mi confianza sacando a mi hija de sus cabales. Seguramente debes admitir que te has comportado de forma desmedida cuando, con tu comportamiento engañoso, haces aún más infeliz a una chica que ya lo es. Sabes tan bien como yo que el matrimonio es impensable".

Bernhard estaba a punto de decir algo en respuesta, pero la señora Kersten se lo impidió.

"Y no basta con que tu madre me insulte con viles acusaciones, sino que tú me insultas a mí. Mi hija no es tu juguete", dijo con amargura. "Lamento que justo en la noche anterior a su examen, y antes de su partida, me vea obligada a prohibirle venir a mi casa".

Bernhard estaba pálido hasta los labios.

"Por mi honor debo hacerlo -continuó-, pues como mujer sola debo evitar las sospechas, incluso por el bien de mi hija. Sabes que el honor de una mujer es como un espejo. Incluso un soplo lo atenúa".

Miró ferozmente el rostro asustado del joven. Un leve dolor ardió en sus ojos.

"Sra. Kersten, por favor permítame decir sólo una palabra".

"Habla".

"Espero no haber caído tanto en sus pensamientos que ya no crea en mis palabras".

Como la señora Kersten permaneció en silencio, él continuó:

"Solo ha visto, querida Sra. Kersten, que abracé y besé a Ilse. Esto me estigmatiza a tus ojos como una persona frívola. Si esto hubiera sucedido en un sentido sensual, tendrías razón. Pero lamento mucho que no haya escuchado nuestra conversación anterior. Creo que en ese caso me habría tratado con más delicadeza. Desde hoy me considero comprometido con Ilse. Nunca me casaré con nadie más que con Ilse, pase lo que pase".

La señora Kersten estaba a punto de interrumpir, pero continuó con firmeza:

"Ningún poder en el mundo puede impedirme esto. Sólo le he prometido una cosa a Ilse, y es no pedirle que se case conmigo hasta que consiga devolverle la vista".

"Pobre niña", dijo la señora Kersten, sonriendo amargamente, "en ese caso nunca se casará".

"Sí, señora Kersten", respondió Bernhard, con confianza, "investigaré el caso, y espero que su hermano de México me ayude en esta tarea".

Una sonrisa incrédula se dibujó en el rostro de la señora Kersten mientras continuaba en tono serio:

"No tengo, por supuesto, ninguna objeción a tu voluntad, pero insisto en una cosa, que a partir de ahora no verás a Ilse. En cuanto al compromiso, creo que estarás de acuerdo conmigo en que debe permanecer en secreto. Nadie, me oyes, Bernhard, nadie debe saber nada de esto. En cualquier caso, eres libre, así que dejemos este asunto para el futuro. Espero que valore correctamente mi actitud en este asunto, y que nos despedamos como amigos".

Dicho esto, le tendió la mano al joven y continuó: "Realmente no puedo ni debo hacer otra cosa. Debo causar un profundo dolor a mi hija, pero también debo velar por su bienestar. Porque tu vida no es para vincularse a una chica ciega. Ahora sigues viviendo en una juventud que alcanza los cielos. Cuando primero madures y aprendas a distinguir el verdadero amor de la compasión, y descubras que no has cambiado de opinión, entonces te recibiré como mi hijo amado."

Diciendo esto, volvió a extender, como si se disculpara, su mano al joven, que la tomó solemnemente.

"Le agradezco la gran y noble decisión que me ha comunicado ahora. No puedo ni debo decir nada en contra. Sólo puedo asegurar que Ilse será siempre el estímulo de mi vida hasta que haya alcanzado mi meta. Y ahora, señora Kersten, espero que me permita despedirme de usted, como me despedí de Ilse. Probablemente lo haré durante mucho tiempo, ya que estaremos separados primero por mi viaje y luego por su deseo".

Se inclinó y besó respetuosamente la mano de la señora Kersten, endurecida por su trabajo. Luego salió al jardín para despedirse de Ilse. ¿Pero qué era esto? El banco estaba vacío. Se dirigió a la glorieta familiar. Pero tampoco pudo encontrarla allí. Luego se dirigió al pórtico. No había rastro de Ilse.

La Sra. Kersten se acercó. También ella buscó en vano a la chica. La llamaron por su nombre. También la buscaban fuera de la casa. Finalmente, algunos vecinos se apresuraron a ayudar. Pero todos sus gritos fueron en vano.

La Sra. Kersten estaba completamente alterada. ¿Dónde podría estar escondida la muchacha? Debió salir sola, tomar el camino equivocado y perderse a ciegas.

"Pero -oh Dios- no, debe haber ido al puente", pensó. "Entonces debió caer al agua, ahogándose. "

"Ve al puente. Mi hija se ha caído al agua", gritó la señora Kersten con tanta fuerza que se oyó a kilómetros de distancia.

Bernhard, con un sudor de angustia en la frente, se precipitó hacia allí. Pronto llegó al puente. Una mirada - un salto, y cuando la señora Kersten llegó, gimiendo, ya estaba sosteniendo a Ilse en sus fuertes brazos y nadando con ella hasta la orilla cercana. Ilse, en un arrebató de lucidez, se había levantado de su asiento como en un sueño y había salido a la carretera que conducía al puente. Un paso en falso la hizo caer al agua. Bernhard, gracias a Dios, había llegado en el momento oportuno.

## XII

La señora Reimann, que había esperado en vano que el profesor Mertin impresionara al muchacho, regresó a casa con un humor aún más sombrío. Ella había conseguido justo lo contrario. Si su hijo se enterara ahora de la visita, las relaciones entre madre e hijo se volverían tan tensas que ningún poder del mundo sería capaz de resolverlas. La situación podría empeorar aún más si el chico ahora tiene éxito en su examen. Entonces, como el Dr. Reimann, se habría independizado. Rara vez estaba en casa estos días. Aquí y allá, la guerra recién terminada comenzó a arder de nuevo, y los ideales que había planeado no parecían cumplirse con los menos exigentes. También Bernhard había soñado con una justa alianza de naciones.

"No puedo permanecer en silencio y ver cómo en todas partes sigue habiendo un incendio y una conflagración mientras el bolchevismo sigue extendiéndose", dijo.

Había un fuego en él que ardía en su corazón, pensó la señora Reimann. Pero a nadie le importaría. Cada uno siguió su camino solo.

Llena de ira interior, luchó contra las lágrimas. Furiosa, golpeó con el pie la suave alfombra del suelo. ¿Por qué nadie, ni siquiera su marido, la comprendía, ni siquiera quería comprenderla, sino que siempre le reprochaba? ¿Por qué creía que no importaba lo que le atraía de esta chica ciega, y que alababa y agradecía lo que ella misma, como madre, consideraba peligroso e inapropiado? La señora Reimann ni siquiera pensó en la gravedad de los tiempos, en el hecho de que la espada de Damocles pendía sobre todos los hogares y que en cualquier momento podía acabar con todos los planes de futuro y con todo tipo de desavenencias en la familia. Estaba tan obsesionada por este odio apasionado que todo lo demás parecía insignificante, incluso los grandes acontecimientos de la época se desvanecían de su mente.

En ese mismo momento se abrió la puerta y Bernhard cruzó el umbral, pálido como la muerte, incapaz de pronunciar una palabra. Todavía podía sentir el peso de su carga en su brazo, lo que lo había asustado hasta la muerte. Unos momentos más e Ilse habría dejado este mundo para siempre.

No se dio cuenta de cómo su madre se acercó a él con una sonrisa amorosa en los labios, y no escuchó sus preguntas inquietas. Solo veía la cara pálida de Ilse, alrededor de la cual su cabello largo, chorreando agua, se enroscaba como serpientes negras.

"¿Que tienes Bernhard?, te ves absolutamente terrible. Tienes fiebre. ¿Tienes miedo de tu título? No es necesario".

Cuando llegó a él, encontró a Bernhard completamente mojado.

"¿Qué ha pasado?" gritó.

"Ilse tuvo un accidente. La he sacado del agua", respondió consternado.

Mientras ella le miraba fijamente, asustada por el incidente, él continuó:

"El médico no sabe aún si vivirá, pues yace como muerta y apenas respira. Oh Dios, y es posible que tenga que irme y no volver a verla".

Al decir estas palabras, las lágrimas rodaron por sus ojos y cayó impotente sobre la silla.

Por primera vez desde su infancia, la señora Reimann vio llorar a su hijo, y fue por culpa de aquella niña ciega. Pero, en su opinión, toda persona en su sano juicio debería estar feliz si quedara uno menos de estos sinvergüenzas infelices en el mundo..

No entendía a su hijo. Sólo ahora se dio cuenta de lo apretadas que estaban las redes de los Kersten. Se sintió aliviada de que el destino hubiera acudido en su ayuda.

Apenas pudo disimular su alegría cuando dijo:

"¿Cómo puede eso conmoverte tanto? La Sra. Kersten se aliviaría de su carga si Ilse muriera".

¿Era su madre la que hablaba tan poco caritativamente, sin ningún sentimiento? No, sólo lo entendió ahora. Sólo una extraña, una madrastra, podría hablar así. ¿Así que no entendía en absoluto que Ilse formaba parte de su vida? ¿Que a través de Ilse iba a convertirse en un campeón, en un hombre del que todo el mundo hablaría? Y ahora él le dijo estas terribles palabras.

Aterrado, se levantó de un salto.

"Madre", dijo entre dientes. "Si no fueras mi madre, Yo diría: ¡Oh, qué crueldad de sentimientos!" Luego salió corriendo de la habitación sin decir nada más. Lo único que oyó fue la horrible risa de su madre. Las palabras quedaron sin ser escuchadas.

## XIII

Llegaron semanas difíciles para Bernhard. Había recibido del profesor Mertin un tema para su tesis, que debía preparar para su doctorado. Estaba claro que el profesor encomendó al candidato, que estaba particularmente interesado en la oftalmología, una tarea en este mismo campo, más precisamente, en las observaciones del espejo ocular en relación con la supuración del oído medio.

Bernhard abordó su trabajo con gran entusiasmo. Quería completarlo con las mejores notas posibles.

Había presentado su tesis al profesor y se había inscrito para el examen.

Se acercan los días de exámenes. Los requisitos eran duros, pero Bernhard felizmente ignoró las conspiraciones.

Tuvo que abandonar por un momento el despacho del rector para permitir a los examinadores intercambiar sus opiniones sobre el tema. Bernhard caminó con impaciencia el largo pasillo hasta que el sargento mayor vino por fin a buscarle.

Es evidente que Bernhard se alegró de que el presidente del tribunal examinador le comunicara que había obtenido un "*summa cum laude*" como calificación. Estrechó la mano del profesor Mertin en señal de agradecimiento y se apresuró a dar a su familia la feliz noticia.

En su casa, fue recibido con un cóctel, festejos y visitas de familiares y conocidos, que naturalmente eran el resultado de este importante evento.

Después de unos días, el joven Reimann ahora comenzó sus visitas necesarias, para lo cual tuvo que registrarse como médico aprobado.

Lo primero que hizo fue visitar a su maestro, el profesor Mertin. Elfriede le recibió en la puerta, le tendió la mano y exclamó:

"¿Por fin puedo volver a verte de nuevo? Pensé que habías viajado".

Bernhard estaba confundido por la alegría de su voz.

"He oído que querías ver a padre, pero gracias a Dios todavía está fuera. Por cierto, enhorabuena por tu *cum laude*, me alegro contigo. ¡Por favor, siéntese! Debe concederme media hora de su tiempo".

"Nada me complace más", respondió Bernhard, mirando con una sonrisa el rostro que le hablaba, que brillaba de entusiasmo, y los alegres ojos marrones, que hasta entonces se habían librado de toda pena.

Los rayos de sol jugaban con su pelo y el vestido azul claro que velaba suavemente su cuerpo dejaba entrever el florecimiento de su ombligo. Bernhard sintió calor. ¿Fue el calor del mediodía o el vino? No lo sabía.

"¿De verdad me has echado de menos?" preguntó en voz baja, algo que decir.

"Por supuesto que sí", admitió abiertamente Elfriede. "Después de todo, la noche en que Rasmussen hizo maravillas fue muy agradable".

"Ah - entonces, ¿estabas pensando sólo en este Rosacruz?" preguntó Bernhard irritado.

"No, no podría haberte olvidado".

"La verdad es que no sé de dónde me viene semejante mérito", contestó Bernhard, con el corazón palpitante.

"¿Debe ganarse todo, entonces?"

"¡Sí, de verdad!"

"¡Ah, deja de filosofar!" Elfriede respondió con una mueca, "uno puede dar y recibir sin preguntarse si también es merecido".

Bernhard se rió divertido. Es como una mariposa moteada cuyas alas brillan a la luz del sol", pensó.

"No me has echado de menos esta vez, ¿verdad?" preguntó Elfriede desafiante.

"Sí, he pensado a menudo en tus ojos", respondió Bernhard, con una nota melancólica en su voz que contrastaba extrañamente con su expresión risueña.

La sangre acudió a las sienes de Elfriede. En ese mismo momento, el profesor Martin entró en la sala.

"¡Ah, Dr. Reimann! Así que vas a dejar el país. Tu viaje a México es una gran idea, tráenos un par de indios cuando vengas también".

La cara de Elfriede se sonrojó de miedo. Dirigió a Reimann una mirada dolorosamente interrogativa.

"Es un viaje de estudios para mí, que me será muy útil más adelante. Sólo he venido a expresarle, profesor, mi más sincero agradecimiento por todo lo que he recibido de sus clases, y espero poder recurrir a usted más adelante en mi práctica."

"¡Debes volver pronto! Debes hacerlo". exclamó Elfriede, de modo que su padre la miró con expresión de desconcierto.

Giró la cabeza hacia otro lado. Bernhard no pudo ver las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Una mirada seria apareció en el rostro del profesor. Descubrió que su hija estaba enamorada del joven Reimann. Se cepilló la barba gris y se volvió hacia Bernhard.

"Puedes estar seguro de que siempre te recordaré".

"¡Yo por encima de todo!" exclamó Elfriede en medio de su discurso. El profesor Mertin estaba confundido y miró a su hija, desconcertado.

"¡Es obvio! Después de todo, el Sr. Reimann es nuestro amigo en común".

"Le agradezco, profesor, un honor que siempre apreciaré", dijo Reimann, inclinándose.

"Lo sé. ¡Pero chicos! Estamos sentados aquí en seco. Elfriede, pídele a la Sra. Grunfeld que nos prepare un almuerzo y una botella de oporto. Todavía tienes tiempo, ¿verdad, Reimann?" "Un momento, por favor", respondió Bernhard, mirando su reloj.

Elfriede se había levantado para cumplir la petición de su padre. Se alegró en su corazón de que Reimann se quedara un poco más.

"Lo amo, solo a él", dijo mientras se iba. No tenía ninguna duda de que sería un amor correspondido. Después de todo, todos sus deseos se habían hecho realidad hasta ahora. ¿Por qué no esto también? Su padre no tenía nada contra Reimann. Al fin y al cabo, era rico y de buena familia. Tenía que averiguarlo hoy, hoy. ¿No había leído en las novelas sobre el amor a primera vista y un compromiso rápido? ¿Por qué no podría ser el caso aquí? Si tan solo Reimann no fuera tan tímido, ¡podría ser un poco más familiar! Después de todo, ya debería ser capaz de darse cuenta de algo.

La Sra. Grunfeld salió torpemente a su encuentro. Llevaba mucho tiempo padeciendo artritis reumatoide.

"Deberás proporcionar un muy buen almuerzo con oporto para tres", papá que diga, ¡y pronto!".

"¿Oh? Supongo que lo pidió".

"¡Bien!" Elfriede vivía en perpetua discordia con la señora Grünfeld, que siempre tenía algo que reprocharle, como si fuera una niña, cuando en realidad estaba a punto de comprometerse.

La señora Grünfeld no tardó en poner la mesa en el sombreado balcón: embutidos, asados, huevos, anchoas, todo lo que tenía la casa. Una botella de oporto se enfriaba en una cubitera. Elfriede, que había estado en el jardín, trajo a la mesa un ramo de

rosas rojas con un olor precioso. Una de ellas la llevaba prendida en el pelo como adorno.

Se apresuró a ir hacia la gente que la esperaba.

"¡Caballeros! Puedo preguntar - ahora estamos celebrando el nuevo médico". Elfriede tomó el brazo de su padre y le guiñó un ojo a Bernhard.

La comida y el vino le supieron a gloria a Bernhard, que había comido poco desde la mañana y tenía la garganta seca por el calor.

El vino fuerte pronto le hizo cosquillas en la lengua. Encontró a Elfriede francamente encantadora. Miró sin pestañear sus preciosos ojos, que brillaban de felicidad.

"¡No es cierto, papá! que te da la mayor felicidad hacerme feliz?" la chica de repente exclamo sin razón.

"¡Naturalmente! Sin embargo, ¡espero lo mismo de ti!" respondió el padre con una carcajada.

La sangre joven de la muchacha corría cada vez más apasionadamente por sus venas y su imaginación siempre estaba ocupada por las aventuras amorosas que leía.

Estoy seguro de que tu padre cumplirá todos tus deseos, en la medida de sus posibilidades, pues no todo el mundo tiene una hija tan hermosa y encantadora - respondió Bernhard, fijando en ella sus ojos brillantes-. Se sonrojó como una rosa.

"El me ama". se regodeó para sí misma, " ¡él me ama!".

Mertin escuchó. Había algo extraño en el tono de voz del joven que le parecía sospechoso.

"¡Ojalá supiera qué deseo puedo concederte!" dijo, y luego se volvió hacia Elfriede.

Ella buscó ayuda en los ojos de Bernhard. Cuando él guardó silencio, ella tejió en ingenuo desafío:

"¿No se te ocurre que ya no soy una niña, y que la felicidad de una joven es algo más que ropa bonita, conciertos y una barriga llena? Después de todo, hay otras cosas que están más allá de los placeres cotidianos".

El profesor escuchó con asombro la actitud de su hija. Sus ojos se abrieron de par en par. No, una niña no puede hablar así. Era el grito de un corazón desenfrenado que anhelaba ser amado. Y, sin embargo, era más una evidencia de desafío obstinado que de mujer madura. Comprendía que no tenía una madre que guiara las aspiraciones del alma que despierta por el camino correcto.

Intentó consolarse pensando: "Al fin y al cabo, sigue siendo una adolescente obsesionada con los chicos".

" Chiquilla, ¿qué te pasa hoy? No te entiendo", dijo, desconcertado. "Creo que no es el momento de hablar y desear tanto".

"Ahora mismo", insistió Elfriede. "Mañana será demasiado tarde, ¿no es así, Sr. Reimann?"

El aludido se sobresaltó. Apenas sabía lo que estaba preguntando. Por eso le sorprendió que ella hubiera respondido afirmativamente a cualquier tontería.

"Por supuesto - ¡por supuesto! Sí", dijo Bernhard, con la cabeza cada vez más pesada. "Mañana será demasiado tarde. La gentil dama tiene mucha razón". Sólo Dios sabía qué era realmente demasiado tarde y por qué.

Elfriede se movió incómodamente en su silla.

"¡Y tú también te sientas a esperar que las estrellas caigan del cielo! Y que debo poner cada palabra en su boca". exclamó nerviosa.

El timbre de la puerta sonó, y pronto una criada trajo al profesor una tarjeta.

"Discúlpeme, señor Reimann, un momento", dijo, después de leer la tarjeta, y entró en el salón, donde le esperaba un señor mayor.

"Gracias a Dios", pensó Elfriede, "¡por fin sola!" Apenas sabía cómo enfrentarse a esta extraña situación.

"Entonces, ¿qué desea, señorita?" preguntó Reimann, sentándose a su lado.

"¿No lo sabes?" Sus ojos mostraron un asombro inusual mientras Bernhard sonreía.

"¿Cómo voy a saberlo? No, no puedo leer la mente".

"¿No eres un conocedor de los corazones?" Elfriede se burló.

"¿Cómo es eso?"

"Entonces... entonces seguramente deberías entenderme", susurró con voz débil.

Bernhard se inclinó hacia ella, de modo que el aroma de la rosa de su pelo le llegó con fuerza a las fosas nasales.

"¿Entonces no puedo cumplir sus deseos?" Bernhard entonó algo para decir.

"Sí, sólo tú puedes hacerlo".

Elfriede le miró con sus grandes y oscuros ojos, suplicante, fervientemente.

Bernhard empezó a darse cuenta. No había tiempo para pensar. De repente, un deseo feroz brotó de él, la sangre subió ardientemente por su cuerpo... no supo cómo sucedió.

Había algo hipnotizante en los ojos de Elfriede que le nublaba la conciencia. Instintivamente, como si otro espíritu ajeno a él estuviera actuando, rodeó de repente su delicado cuerpo con sus brazos, la atrajo hacia sí y besó apasionadamente, casi sin darse cuenta, sus ojos.

La naturaleza de Elfriede siempre había sido ceder a sus emociones. Nunca había aprendido a controlar sus gestos. A ella también parecía invadirle la misma fiebre que a Bernhard. Le cogió por la cabeza y le dio un beso ardiente en los labios.

Entonces se abrió la puerta. El profesor Mertin se detuvo, como si estuviera clavado en el umbral, y contempló la visión que tenía ante sí.

Elfriede había oído los pasos de su padre. Ella se volvió hacia él sin miedo y, medio confundida, medio feliz, dijo:

"¡Padre! - - - ¡Padre! - ¡Nosotros nos amamos! - Estamos comprometidos".

"¿Estás loca?"

El mundo daba vueltas en los ojos de Bernhard. Estaba mareado. ¿Qué podría haber hecho? ¿Resistir a Elfriede? ¿Confesar al profesor que no amaba a su hija? ¿Que este beso fue sólo un impulso momentáneo y desinformado? - Tenía que decir algo. ¡Una disculpa! No pudo encontrar las palabras. Algo parecía estar estrangulando su garganta.

El profesor también se sintió avergonzado. Pero, ¿qué hacer? No quería seguir en el tono que había empezado; después de todo, Reimann, que acababa de convertirse en médico, era un brillante candidato a yerno. Finalmente interpretó la excitación de Reimann como resultado de su afecto por su hija, y luego dijo brevemente:

"¡Bueno, chicos, eso fue rápido! Pero creo que hubiera sido mejor pedir mi opinión primero, y así el compromiso que tanto parece gustarle a mi hija puede esperar un tiempo. Volvamos a esto cuando vuelva de México, Sr. Reimann. Por el momento, el asunto puede seguir siendo la preocupación central de los tres".

Bernhard sintió que se aclaraba. Poco a poco se dio cuenta de la estupidez de lo que había hecho y de que ahora estaba en una doble trampa.

Sí, en cualquier caso, nadie debía saberlo, al menos no Ilse, su Ilse. La imagen de su verdadera novia acababa de surgir ante los ojos de su alma cuando el profesor continuó.

"Sé que eres un buen hombre, Reimann. Y si realmente quieres a mi hija y a Elfriede, no tengo ninguna objeción".

Bernhard seguía desequilibrado y sólo pudo repostar: "Gracias, gracias, Señor Profesor".

Luego tomó su sombrero, se despidió de ambos y se fue.

En la calle podría haber atropellado a cualquier coche que se acercara. No vio nada a su alrededor. Al llegar a casa, el incidente le volvió a la mente, y ahora empezaba a parecerle ridículo. Al mismo tiempo, no podía entender por qué podía haberse olvidado de sí mismo de esa manera. ¿Amaba a Elfriede después de todo? ¡No! ¡Imposible! Sólo amaba a Ilse. Este ser humano encantador, inocente y delicado, que siempre lo había sido todo para él hasta ese momento, se había apoderado de su corazón. Pero, ¿cómo podría escapar de la trampa en la que él mismo había caído a la ligera?

Fue una suerte que ya hubiera aprobado sus exámenes. Ahora sería difícil completarlos. En su imaginación revivía sus escenas con Ilse y Elfriede y sus padres. Hace unos días había pedido la mano de Ilse en matrimonio, y hoy estaba preocupado por la vulnerabilidad de su maestro y futuro suegro. Bernhard se sentía casi polígamo, después de todo, tenía dos novias en realidad.

Pensando y reflexionando, se puso de pie en su escritorio y se cepilló las sienes. De repente, llamaron a la puerta y una criada le entregó una carta.

No conocía la letra. El sobre estaba escrito en una pequeña hoja de papel:

*"¡Querido Bernhard!*

*"Querido Bernhard, papá tiene que ir a una reunión esta tarde. La Sra. Grünfeld también estará en la ciudad. Ven a las 8:30, estaré sola. ¡Mil besos! Tu novia Elfriede".*

"Novia - ¡qué locura! ¡Ni hablar! No volveré a poner un pie en esa casa". fueron los primeros pensamientos de Bernhard, que arrojó la carta sobre la mesa con rabia. Pero luego se recompuso y pensó:

"No - por lo menos, es mejor que vaya allí. Tendré la oportunidad de resolverlo en privado. Sí, le diré de una vez por todas que no la amo, que no puedo amarla, y que mi corazón pertenece a Ilse".

La tarde le pareció interminable. No cenó ni desayunó en casa, sino que paseó por el zoo y, agotado por su larga caminata, entró en casa de los Mertin a la hora señalada.

Elfriede lo recibió con un atuendo realmente encantador. Llevaba un vestido de seda rosa, cuyo corte acuchillado acentuaba los contornos de su atractivo cuerpo. La habitación se llenó del olor de una sirena confundiendo los sentidos.

Cuando Bernhard llegó, sus mejillas se sonrojaron. Ella salió a su encuentro, se apretó contra él, y los besos brillantes y ardientes le hicieron olvidar al instante sus convicciones. Era como un pájaro hechizado por la mirada de la serpiente.

Elfriede trajo bebidas y, antes de que Bernhard se diera cuenta, el alcohol se apoderó de él.

Las cuatro lámparas superiores de la corona central del techo emiten luz blanca, la inferior roja. Elfriede no tardó en apagar la luz blanca, la ardiente sensualidad roja de ambos se volvió cada vez más ardiente, y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir.

- - -

Elfriede era ahora irremediablemente suya.

Bernhard no había sabido antes lo que le había sucedido, - ahora que había disfrutado del amor terrenal, lo que había hecho parecía tanto más flagrante, tanto más terrible, tanto más lamentable.

Ambos fueron víctimas irresponsables del encantamiento erótico. En su mente surgió una repulsión por esta joven, que, sin embargo, no parecía sufrir por los mismos motivos, sino que exigía cada vez más besos abrasadores.

El disgusto consigo mismo, con la chica y con toda la situación acabó por abrumar a Bernhard, que se arrancó del abrazo de Elfriede y salió corriendo al aire libre sin despedirse.

## XIV

Era casi medianoche cuando llegó a su habitación. Ya en el camino, las consecuencias de sus acciones habían aparecido en su mente como imágenes amenazantes. Aunque sentía que había actuado bajo la influencia de un extraño y diabólico influjo, no podía librarse del remordimiento.

"Me pregunto qué hará Elfriede". fue la pregunta que le vino a la mente. "Supongo que no le dirá a su padre la verdad del asunto, sino que tal vez le confíe que la he seducido, o algo peor. Al menos me pediría que me casara con Elfriede".

Entonces vio en su alma todo lo que esto le haría a la pobre y lamentable Ilse, vio cómo se le rompería el corazón. Ya creía oír los justos reproches de su madre, y veía la ira de su padre ante su incrédula frivolidad.

Una voz interior le susurró entonces que quizás había puesto en peligro todo su futuro. Si pudiera amar a Elfriede ahora, tal vez todo estaría bien con el matrimonio. Pero esto no era posible. Sintió un asco indescriptible por esta chica sensual. No sabía a dónde huir en su desesperación y remordimiento. Su única esperanza seguía siendo un viaje rápido a México. Ahora no le quedaba más que calmarse.

Comenzó a desvestirse para ir a la cama, cuando una carta de Rasmussen, colocada en la mesilla de noche, le llamó la atención. Supo inmediatamente de qué se trataba. Era una respuesta a su última carta, una especie de carta de instrucción del maestro a su alumno. Su contenido era el siguiente:

*"¡Querido Dr. Reimann!*

*Me ha alegrado mucho saber que te ha ido muy bien en tus estudios, y te felicito por tu nuevo título, a la vez que te deseo buena suerte y todo el éxito en tus futuros proyectos. Que te conviertas en un verdadero samaritano para la humanidad que sufre, un apóstol lleno de celo ardiente para llevar a cabo tu noble misión.*

*Sin embargo, escribiré más sobre esto en la próxima carta. Por ahora, me gustaría responder a sus preguntas sobre la masonería, y desde ya le doy la bienvenida a la membresía de esta organización.*

*Sabes que soy masón. Soy masón con plena convicción. Hay que hacerse uno con la masonería para aprender a amarla y apreciarla. Vosotros mismos debéis esforzaros por conseguir la logia, ya que los masones nunca anunciamos nuestra existencia al mundo. No somos como otras sociedades que imponen sus invitaciones a personas irrelevantes. No le invitamos a unirse a nosotros. Entonces, ¿por qué nuestra causa atrae, sin embargo, a tantos? ¿Es el misterio*

*lo que los atrae? De las otras asociaciones se sabe de antemano para qué sirven y a qué se dedican; sobre la masonería ni siquiera se sabe públicamente si se trata de alguna actividad específica en la vida misma, o si es sólo una sociedad de los que investigan fuerzas misteriosas. Tiene usted razón al preguntarse cómo puede uno unirse a una organización cuyo propósito, contenido y significado se desconocen.*

*Te diré, si es posible, lo que es y significa la masonería. No es, ante todo, más que una escuela de vida que apunta a una mayor y más alta perfección, que requiere un desarrollo espiritual y mental hasta convertirse en un verdadero hombre, una personalidad entera y completa. Hay que ser masón en toda su alma y en todas sus facultades de voluntad, sin dejarse llevar por nada. Los hombres que calumnian a la masonería nunca son hombres buenos. En la mayoría de los casos se trata de personas que han sido expulsadas o a las que se les ha negado la admisión en la Orden. Tengan cuidado con esta gente. Se trata de fanáticos religiosos con mala conciencia o de personas con una mancha negra en su pasado.*

*El trabajo humano aquí en la vida es sólo a medias, y nuestra actividad como francmasones también seguirá siendo sólo un esfuerzo de perfección, pero al mismo tiempo se extiende mucho más allá de nuestra existencia terrenal.*

*En la masonería, cada individuo es marcado como un eslabón en una cadena con importantes propósitos que debe cumplir la humanidad entera. Si esta premisa es cierta, sus aspiraciones de afiliación a la organización también estarán justificadas. Debes influir y actuar en tu propio nombre, y derramar este poder creativo sobre otras personas, para que ellas también aprendan el verdadero arte de vivir.*

*Esta actividad espiritual es lo principal en la masonería, no la asistencia que recibimos de los hermanos para la continuación de nuestro bienestar corporal. Que se aleje quien busca exclusivamente en nosotros tal apoyo, para que se ahorre muchas desilusiones. Un verdadero masón sólo quiere ser un pilar en el edificio común y sostenerlo según su fuerza.*

*La propia fuerza, tal y como aparece en este trabajo personal, es por tanto lo principal, así como el desarrollo de las propias capacidades. En este sentido, la masonería pretende ser una escuela gratuita para los constructores del templo de la humanidad.*

*Usted señala en su carta que este tipo de actividad de la masonería incluye un ataque a varias cosas de naturaleza religiosa, una lucha contra el ecclesiasticismo y la teología. Bueno, ¿cómo lo ves?*

*Sin embargo, no hay que negar que quien desea cumplir con tareas moralmente grandes no puede tener oposición desde varios frentes. Donde se cepilla, también hay virutas. Pero esta confrontación forma parte de toda la vida, pues la vida misma es una lucha en el sentido más noble, una lucha que implica acción poderosa y sabiduría. Sí, tenemos que luchar contra muchas cosas anticuadas, rígidas, osificadas, y para eso necesitamos valor. Pero la vida no es sólo una batalla, también lo es con el amor. Sólo el amor que lucha conquista lo que se resiste, nunca la fuerza bruta.*

*La lucha y el amor son los principales impulsores de nuestros esfuerzos, y sólo ellos proporcionan la base fundamental para el autocontrol y el refinamiento. Aquel que no alimenta y realiza constantemente este amor no es un verdadero masón, no es un maestro de la vida en el sentido más noble de la palabra, aquel que desea promover la posición social y la felicidad de la humanidad en el marco del progreso. Más adelante aprenderás a apreciar correctamente la idea del pleno funcionamiento del amor que trabaja en una forma especial de cooperación. Cómo lo hacemos es el secreto de nuestra organización. En este sentido, la masonería tiene sus secretos, al igual que cada familia tiene sus propios asuntos internos que no se revelan a los extraños. Nuestras Logias son tales familias y requieren la amistad cordial de nuestros miembros en su círculo cerrado mutuo. Dado que se trata de asuntos internos, ninguna supuesta traición de secretos ha revelado todavía a los forasteros el significado más profundo de estas costumbres ni ha debilitado su impacto espiritual en los miembros de la Orden.*

*En su carta hace referencia al libro de Leo Taxil. Por su propia admisión, este hombre era un estafador que buscaba el favor y la riqueza del Papa.*

*Es cierto que en sus primeros años la masonería estuvo asociada al misticismo, pero, al igual que la Iglesia católica, ha perdido la clave de este conocimiento místico. Sin embargo, los misterios de Eleusis se encuentran ocultos en el simbolismo de nuestra Orden. Volveré a hablar de esto más adelante.*

*Hay diferentes escuelas de pensamiento entre nosotros en cuanto a sus métodos de enseñanza y formas de entender, al igual que hay diferentes estilos de arquitectura. Pero la esencia interna de nuestros estilos de construcción sólo*

*se revela a los hombres sinceros y reputados que, con los ojos abiertos, se ponen a trabajar en su vida.*

*En cuanto a la cuestión de la religión o la visión del mundo, puedo afirmar que la masonería alemana tiene dos tendencias principales, la cristiana y la llamada humanitaria. La logia cristiana tiene como ideal una relación fija con la persona de Jesús expresada en los cuentos e historias bíblicas, mientras que la logia "humanitaria" da prioridad al bien común.*

*Hay una tercera, la orientación de la logia del misterio. Estos se reúnen sólo en casos excepcionales, es decir, muy raramente. Por último, está la tendencia de lo completamente irreligioso, que se encuentra principalmente en los estados románicos. El hecho de que esta tendencia no se haya unido a los humanitarios se debe a que estos últimos, al menos hasta hace algún tiempo, mantuvieron su base teísta, su fe en un Dios todopoderoso que creó todo. Hoy tienen el espíritu perfecto de la literatura de la Ilustración. Las pruebas cada vez más numerosas de la realidad de la vida después de la muerte les han parecido poco convincentes, mientras que los más sensibles hace tiempo que se dieron cuenta de que las doctrinas eclesiásticas de su tiempo y las doctrinas teológicas de los siglos pasados tenían algún tipo de base después de todo.*

*En cuanto a la cuestión social, que ha tocado en su carta, un poeta francés dice: 'Hay un orden que es el mejor de todos. No es el orden que prevalece hoy, pero es un orden que debería ser para la bendición y la felicidad de toda la humanidad.' La sociedad conoce instintivamente sus necesidades. Es el deber del masón ahora realizar este orden, darlo a la humanidad. Sólo puede producirse cuando cada hombre se instruye en el autodesarrollo, como en la masonería, y los resultados así obtenidos se trasladan para el beneficio común de todos. La masonería es la única institución en la que prevalecen la unidad, la felicidad y el amor. La obra de construcción del templo espiritual de la Masonería tiene como objetivo, por un lado, el desarrollo de un sentido individual de Dios, para que cada miembro pueda convertirse en un bloque de construcción del gran templo de la humanidad. Si la calidad mental que prevalece en la Francmasonería se extendiera por todas partes, la humanidad sería feliz y el problema social estaría resuelto. La masonería no es una religión aislada, sino una religión como tal, o digamos religiosidad. No es un sistema filosófico, sino la filosofía misma. Todo su vocabulario metafórico se refiere siempre al hombre interior, a diferencia de los sistemas religiosos que buscan a Dios sólo fuera del hombre, en las nubes lejanas.*

*El masón alemán Bischoff dice: Hay que tener en cuenta que la educación de la logia no se ocupa de la humanidad abstracta, que no tiene relación con las cualidades del individuo, sino a lo concreto que se manifiesta en la personalidad separada, y es allí donde se puede desarrollar mejor. Sólo lo concreto es aquí lo real, lo bueno. Todo lo que es divino debe evolucionar a partir de como existe en su particularidad individual, si el desarrollo de la verdadera humanidad ha de tener lugar'.*

*En cuanto a su pregunta sobre los secretos de la masonería, tengo que admitir que sí tiene secretos. Déjenme darles un ejemplo. Sabes que todas las sociedades secretas necesitan palabras clave. El albañil puede muy bien expresar tales palabras, pero el secreto esencial no se revela en absoluto aquí, ya que radica en la correcta pronunciación de las palabras, en su acento peculiar, y esto nunca puede ser revelado y aprendido, ya que la pronunciación es totalmente individual, y cada albañil debe descubrirla y encontrarla por sí mismo. El poder mágico de estas palabras es inmenso. Los sonidos pueden producir fenómenos materiales, como demuestra la física. Si se espolvorea arena fina sobre una lámina de vidrio y se utiliza un resorte para hacerla vibrar, se crean los llamados patrones de sonido Kladny. Demuestran que cada tono corresponde a un patrón específico y materialmente expresable. También sabes que, si tocas una determinada melodía en un violín, otro instrumento en la misma habitación, como un piano, emitirá el mismo sonido. El efecto mecánico del sonido combinado con el ritmo puede alcanzar efectos casi ilimitados. Si un destacamento militar se desplaza por un puente de pontones, el ritmo debe ser mixto, pues de lo contrario el puente se derrumbaría por la fuerza de las crecientes oscilaciones.*

*Todo esto atestigua el todavía poco conocido y magnífico poder del sonido y el ritmo, que también se hace relevante a las contraseñas masónicas que he mencionado. Pero el hombre que las utiliza debe ser puro, de ahí que sólo se seleccionen los aspirantes más dignos.*

*Como ya he dicho, los secretos de este tipo ya no se cultivan en la masonería de manera significativa. Hay algunas excepciones, a las que espero que usted también pertenezca, que se dedican a este silencioso estudio y se convierten así en guías para la humanidad.*

*Dado que Goethe pudo escribir su Fausto, Mozart su Flauta Mágica y Wagner su Anillo del Nibelungo, deben haber sido "iniciados". Tenían conocimiento de*

*estas fuerzas, que también juegan un papel en la masonería. Pero siempre permanecerán en manos de los pocos que pueden usarlos para alcanzar alturas inimaginables y una influencia especial.*

*Para responder a su pregunta sobre las actividades políticas de nuestra organización, citaré un relato de un importante maestro alemán:*

*"Ha habido voces que han advertido contra la necesidad de adoptar una actitud indiferente ante los acontecimientos políticos, y se nos ha acusado de ser totalmente retrógrados porque nos abstenemos de profesar un credo político y de participar en la vida política.*

*En este caso, aparentemente se confunden dos cosas, a saber, las logias masónicas como asociaciones y sus miembros individuales como individuos. No hace falta decir que los acontecimientos políticos no pasan desapercibidos para los masones individuales, como tampoco lo hacen para otras personas que no son francamente estúpidas. Es igualmente obvio que los miembros privados de las logias, al igual que los miembros de cualquier otra asociación no política, como una sociedad de canto o una sociedad científica, tienen opiniones políticas y también pueden pertenecer a un partido político y participar en la actividad política. Para Loosh, esto es irrelevante siempre que las creencias éticas de este miembro no entren en conflicto con los principios de nuestra organización. Sin embargo, si esto ocurriera, no es su posición política la responsable, sino su carácter.*

*No podemos decir que la moral es propiedad privada de un partido, pero entendemos que toda persona puede y debe ser un ser moral independientemente de sus creencias políticas.*

*Por consiguiente, la política está completamente fuera de nuestra esfera de trabajo y rechazamos categóricamente los intentos de atraerla artificialmente. No podría hacerse sin perjudicar nuestro propio propósito, y la afición política sería siempre un asunto esencialmente ajeno que interferiría o dificultaría el cumplimiento de nuestros deberes éticos. La masonería de muchos países románicos, que desgraciadamente se ha desviado de sus objetivos morales y ha caído en el fango de la vida política, es un temible ejemplo de ello. Ha dejado de ser masonería en el sentido que le damos, aunque haya conservado su forma externa.*

*Así, aunque aislamos nuestro trabajo en la logia de toda actividad política, nada impide, por supuesto, que nuestros miembros hablen de asuntos políticos en su vida social. Pero mantengamos la discusión de las disputas políticas fuera de nuestras salas de reunión, al igual que no toleramos las disputas dogmáticas y confesionales en nuestro círculo".*

*Por lo tanto, se ve que la relación de la masonería con el dogmatismo, el eclesiástico y la prerrogativa, no es en absoluto de naturaleza peligrosa. La Sociedad como tal, al margen de las cuestiones místicas, tiene unos objetivos tan ideales y bellos que todos los hombres puros y buenos deberían unirse a ella. Al fin y al cabo, no es necesario dedicarse a los círculos místicos si no se desea hacerlo. Por encima de todo, organización no desea otra cosa que una noble humanidad. Por eso, aunque no se puede seducir a nadie para que se una, responderé directamente a su pregunta: ¡Sí, únase a la organización!*

*Allí puedes convertirte en el hombre que quieres ser, y los hermanos de la Logia están ahí para apoyarte.*

*Tú también tienes tus defectos, porque ningún ser humano es perfecto. Pero si tienes una fuerte voluntad de convertirte en una persona noble, encontrarás ayudantes en tus hermanos.*

*Recuerda esta hermosa exhortación:*

*'Esfuézate siempre por el todo,*

*Y a menos que tú mismo puedas llegar a ser completo.*

*Únase como anillo al dedo al servicio del conjunto".*

*Suyo, Rasmussen R.C."*

Como todas las cartas de Rasmussen, ésta dio mucho que pensar a Reimann, y si los acontecimientos anteriores no le hubieran quitado la tranquilidad, estas líneas no le habrían puesto en paz.

## XV

Elfriede estaba radiante de felicidad, aunque su silencioso prometido, como ella llamaba a Bernard, no había dado señales de vida desde hacía unas semanas. Tal vez este era por naturaleza tan tranquilo, como todos los grandes personajes, y su fama seguramente será reconocida, como había dicho su padre, y siempre sabía lo que decía. Pero el hecho de que no se le permitiera hablar del compromiso con nadie, ni siquiera con su primo Hans o con la señora Grünfeld, no le gustaba. Se preguntaba cómo poner a su papá a su lado. Por lo demás, Hans pensaba que era el único pretendiente, porque se había insinuado en esa dirección.

No, quería casarse con Reimann. Era la hija de un profesor y un profesor era lo que debía ser su marido, no un campesino como Hans. Se reía de la sola idea de ir a trabajar a una granja olvidada de Dios, entrando en los graneros con las faldas atadas a los hombros y trasteando en la cocina y las bodegas.

"¡No, Hans, nunca seré una campesina! ¡Soy la prometida de Bernhard!" soltó. "¡Que los vientos oigan que soy su novia!"

La puerta del jardín crujió y Hans, con el que había estado pensando ahora, se acercó a toda prisa.

"¡Corres como si tus caballos se hubieran desbocado!" exclamó Elfriede, riendo. Hans von Reichenau estaba de pie junto a ella, con el rostro radiante. Volviendo sus ojos negros hacia ella, le preguntó brevemente:

"¿Es cierto lo que has dicho hace un momento, antes de que entrara en el jardín?" Elfriede retrocedió, sobresaltada, y miró al orador con los ojos muy abiertos.

Nunca había visto a su primo así. Parecía un extraño para ella, jadeando ante ella, mirándola fijamente con sus ojos incesantemente escrutadores.

"No sé si tus caballos se han desbocado", respondió Elfriede, con una risa forzada.

"¡Dios!" Hans sonrió. "Dije, ¿es cierto que eres la prometida de Reimann?"

Elfriede sintió que su corazón latía cada vez más fuerte.

"Entonces, ¿has oído hablar de tal cosa?" preguntó.

"Rápido", presionó Hans. "¡Dime la verdad!"

"Y aunque así fuera, ¿qué tiene eso que ver contigo?" respondió desafiante.

"Sí, bastante. En su lecho de muerte, tu madre nos prometió el uno al otro mientras aun estabas en pañales. Somos el uno para el otro, Elfriede, y ningún extraño se interpondrá entre nosotros".

La resistencia de la chica se hizo cada vez más fuerte. Se rió de esta ocurrencia, como ella la llamaba.

"Te ríes, pero al fin y al cabo es verdad. Pregúntale a tu padre, él me lo dijo".

Elfriede se puso seria. "¿Papá? A mí no me ha dicho ni una palabra... ¿Sólo a ti?"

"Porque ya has sido demasiado infantil".

"Entonces los dos habéis cometido un gran error, que ahora debéis enmendar, sobre todo tú. Soy la prometida de Bernhard Reimann. Mi padre ha aceptado que nuestra boda se celebre después de su regreso de México. Conténtate con eso".

"¡Pero no me conformaré con eso!" exclamó Hans. "Tu padre debe decírmelo él mismo primero. Tengo que averiguarlo".

"Si no, podrías preguntarme, por encima de todo, si te quiero, si siento algún interés por ti. Por supuesto que me gustas como mi primo y mi amigo, pero como mi marido... inunca, nunca, eso esta fuera de discusión!"

Hans la miró con asombro. ¿Era éste el gato salvaje que había querido domesticar? ¿Era esta la caprichosa Elfriede?

La chica parecía haber cambiado por completo. Después de un momento, preguntó con voz ronca:

"¿Es tu última palabra, Elfriede?"

Es sorprendente que esta pregunta se refiera a ella. Ella miró más allá de él hacia el jardín. Bajo el follaje del manzano florecido, una ardilla se escurría por el tronco, de modo que las hojas crujían, y los ruiseñores rojizos saltaban de rama en rama en su alegre encuentro amoroso.

El sol se escondía en el horizonte, proyectando su brillo dorado, sobre todo.

Como la chica se mantuvo obstinadamente en silencio, Hans renovó su pregunta:

"Elfriede, escúchame, ¿es tu última palabra?" Al no obtener respuesta, continuó hablando:

"¿Has olvidado los juegos de nuestra infancia, cuando éramos marido y mujer? Todavía puedo verte como una joven madre acariciando tu muñeca, que llenaba mi corazón de niño con un extraño temor hacia ti. Y poco a poco, el amor se hizo más y más profundo en mi corazón, de modo que no puedo ni quiero vivir sin ti. Sabes que soy muy rico. Te cuidaré como a una hija de rey. Lo pondré todo a tus pies. Conoces las grandes y espaciosas propiedades de mis padres, de las que soy el único heredero. Por eso he aprendido a cultivar, y me he alegrado mucho de ello. Estoy

igualmente seguro de que tú, que amas tanto la naturaleza, pronto te aficionarás también a ella".

Miró a Hans con asombro en los ojos.

"Me sorprende que sólo hoy me hables de tu amor".

"¿Es decir lo más importante? ¿No te has dado cuenta entonces de lo mucho que te quiero?"

"¡No, Hans! Soy la novia de Reimann".

Hans von Reichenau se rió amargamente. "¡Esto es absurdo, Elfriede!"

"No, hablo en serio", gimió Elfriede.

Se escucharon pasos. Ambos ojos estaban en la puerta. El profesor Mertin regresó de sus tareas docentes.

"Bueno, niños".

Cuando ambos se callaron, los miró más de cerca.

"¿Qué les pasa? ¿Han estado peleando de nuevo?" se rió.

"Tío - yo - yo -" Hans tartamudeó y se limpió el sudor de la frente. Mertin miró sorprendido a su sobrino.

"¿Qué pasa, muchacho?"

"Ah, sí, sí, eso es, ¡mis mejores felicitaciones!" Hans von Reichenau consiguió decir.

"¿Sus felicitaciones? ¿Sobre qué? Ha pasado mucho tiempo desde mi cumpleaños. Ya lo sabes".

"¡Por el compromiso de Elfriede!" exclamó Hans.

"¿Por el compromiso de Elfriede? ¡Eres tonto! - ¿Y te lo crees?"

"Ella misma ha dicho que es la novia de Reimann".

"Sí, se lo he dicho -confirmó ella desafiante-, ¿o es que ha olvidado que nos presentamos a usted como prometidos? Hace poco insististe en que nuestro matrimonio debía mantenerse en secreto. Ve y luego descubre por qué".

El profesor Mertin se rió.

"Así es, así es, esto sucedió el día en que Reimann vino a vernos en su visita de despedida, cuando aceptó borracho cualquier cosa que le sugerías. Fue entonces cuando me anunciaste tu compromiso -no él- y, naturalmente, no me lo tomé en serio. Creo que Reimann ya no sabe nada de todo el asunto".

"Esto es asombroso de su parte, padre, francamente sorprendente", exclamó ella, en un tono agitado. "Es un asunto serio, y lo seguirá siendo. Tomaré a Reimann como marido y a nadie más, ¡para siempre!"

"Ahora cálmate y escúchame", continuó. "Tengo un pequeño espectáculo posterior para contarte sobre el compromiso de Reimann. Hace poco, la madre de Reimann vino a verme para convencer a su hijo de que dejara en paz a una joven porque era ciega. Debido a su ceguera, incluso se hizo oftalmólogo para curarla. Naturalmente, le dije a su madre que no me preocupaban los asuntos privados de los estudiantes, siempre y cuando no dañaran la reputación y el prestigio de la Unión de Estudiantes. Al fin y al cabo, cada estudiante tiene sus intereses. Tendría mucho trabajo que hacer si tuviera que ajustarme a las exigencias de todas las madres. Todo lo que pude prometerle es que no diría nada sobre su instigación. Ahora, viendo que la pequeña Elfriede sigue aferrada a su capricho, debo hablar sobre esta chica con la que rivaliza, y espero que te sirva."

Elfriede había escuchado con creciente fervor. Las palabras de su padre no podían dudarse. Sus mejillas comenzaron a sonrojarse de vergüenza: había sido traicionada, Reimann le había fallado por su ingenua ciega. Ahora sabía por qué. Estaba decidida a mantener sus derechos hasta el final.

"¿Y qué pasa si un joven, que además es licenciado, tiene una amante, no me afecta? Pero ahora que soy su prometida, estoy segura de que dejará de lado todas esas tonterías", dijo, tratando de consolarse.

Hans se rió, conteniendo su indignación. Pero luego dijo que daría un golpe al hombre que intentaba quitarle a su prima. No, todo el mundo tenía que mostrar sus cartas, de lo contrario habría un accidente - y ahora Elfriede había jugado con engaño. Ella había celebrado sola su compromiso prematuro, ya que Reimann no había llegado a verlos aquella mañana perfectamente sobrio. El mismo se había reunido con el a primera hora de la mañana, habían celebrado su viaje con otros camaradas, y ya entonces Reimann había consumido más de una copa de vino, y más después en casa de los Mertin.

"Por supuesto que cualquier joven celebrará entonces un compromiso contigo si corres a sus brazos. Ven, prima, dame la mano y déjanos olvidar tu fiesta de compromiso. Vamos, sé razonable por una vez".

La persuasión de Hans pareció hacer que Elfriede cambiara de opinión, estaba a punto de ofrecer su mano, cuando la rebeldía volvió a brotar en ella.

"¡No!" exclamó, arrebatándole la mano. "Quiero saber primero a qué atenerme y qué tiene que ver esa ciega".

"Muy bien, esperaré", respondió Hans con un suspiro de alivio, pues ahora volvía a tener esperanza.

"Y por la orden de mi madre, yo también quiero saberlo".

Mertin comenzó a escuchar. ¿Qué? ¿Había dicho Hans algo? La miró interrogativamente.

"Se lo he dicho a Elfriede porque pensé que lo sabía", respondió Hans.

Lo que has oído de ella -dijo- es el deseo de tu madre, porque ella los amaba a los dos cuando eran pequeños. Tenías tres años cuando ella murió. Sin embargo, decidí dejar que eligieras a tu propio compañero de vida, y por eso me callé sobre esto. Sólo habría hablado de esto si tu elección hubiera recaído en Hans. Pero no apruebo tu compromiso con Reimann. Ya sabes mis razones".

"En cualquier caso, debo pedirle que no se oponga a mí, aunque me considero la prometida de Reimann hasta que averigüe lo de esa chica ciega. Iré a ver a la Sra. Reimann para discutir el asunto".

"Hazlo por mí; es un asunto insignificante, después de todo. Pero parece que no quieres entender el punto principal, a saber, que el propio Reimann debe, de acuerdo con todas las formalidades, pedirme tu mano, a menos que antes haya elegido a otra; sólo entonces se puede considerar el compromiso."

Elfriede comprendió que su padre tenía razón, y eso la enfadó con Hans, que había estado con ella todo el tiempo.

"No me importa", dijo de todos modos. "¡Pero no me casaré con un campesino!" Salió corriendo, conteniendo las lágrimas.

"¡Que se enfurezca hasta la saciedad, Hans! Sigue siendo una niña ingenua. Cuando la primera tormenta amaine, seguramente volverá a ti. Pero en el fondo de su corazón te ama. Me decepcionaría mucho si no fuera así, y no quiero creerlo. Pero debes prometerme algo, Hans. Pero si resulta de otro modo que lo que esperamos, soporta con entereza lo que no se puede cambiar, y sé siempre mi querido hijo".

Mertin le tendió la mano, y Hans la tomó calurosamente. "¡Gracias, querido tío! Espero que todo salga bien".

Hans von Reichenau dejó a los Mertin.

## XVI

Habían pasado semanas.

La partida de Bernhard estaba cada vez más cerca.

La noche anterior, había decidido seriamente acudir a su antiguo profesor Mertin y, al mismo tiempo, explicar de una vez por todas a Elfriede que no tenía por qué depositar ninguna esperanza en él.

Había ido a casa de Mertin con tal decisión, pero no se había encontrado con padre e hija solos, sino en compañía de algunos profesores y señoras.

Elfriede parecía algo desconcertada; debía de haberle ocurrido algo raro, o bien estaba planeando algo en su mente.

Sin embargo, Bernhard no pudo hacer ninguna pregunta ni dar ninguna explicación sobre el objetivo principal de su visita. Ya había insinuado varias veces que Elfriede y su padre no tenían motivos para esperar nada más de él, pero siempre surgía algo más, y finalmente tuvo que despedirse, porque se habría puesto en ridículo si se hubiera quedado más tiempo.

Cuando le tendió la mano a Elfriede, ésta le entregó sigilosamente una nota. Hubiera preferido no hacerlo, pero tampoco podía exponer a Elfriede frente a la fiesta. Sin leer la carta, se la metió en el bolsillo, decidiendo al mismo tiempo permanecer ignorante de su contenido.

Cuando volvió a casa, le perseguía la sensación de no haber aclarado sus asuntos con Mertin, y este pensamiento le mantuvo despierto durante mucho tiempo. Sin embargo, se alegró de que el deber le llamara a su viaje, pues en dos días tenía que estar en Santander.

El viaje le llevó a través de Francia. Quedó deprimentemente impresionado por las ciudades destruidas por la terrible guerra. Más agradables y tranquilos fueron los paisajes que vio al pasar el tren por los pueblos de montaña de los Pirineos.

Al llegar a Santander, se dirigió sin demora a la oficina de una gran compañía de barcos de vapor. Fue recibido con gran amabilidad, y el médico jefe, el Dr. Ortiz-Rivas, le informó de sus funciones a bordo, le presentó a sus colegas y le dirigió a la sala de médicos del barco, que ahora iba a ser su lugar de trabajo.

Bernhard observó, ahora con atención, su nuevo entorno, se puso el uniforme de oficial de la marina y se detuvo frente al espejo para contemplar su figura. Se acarició el pecho con las manos para alisar la chaqueta, pero descubrió que se había dejado la cartera en el bolsillo de su traje de gala. Al buscarlo, sintió que algo se le enganchaba en los dedos.

"¿Qué demonios? De hecho, esta es la carta que Elfriede me puso en la mano cuando nos separamos. ¿Cómo he podido olvidarlo?"

Ahora abrió el sobre y leyó las pocas líneas escritas en el papel. La hicieron palidecer, pues se referían a su último encuentro, que obviamente había sido fatal.

*"Debes casarte definitivamente conmigo, lo antes posible, de lo contrario la gente se dará cuenta".*

Bernhard se quedó petrificado y miró fijamente estas palabras.

El barco podría partir en cualquier momento. No había más tiempo para escribir.

Pensó con horror en el efecto que su acción tendría en sus familiares y conocidos.

Al darse cuenta de que no podía hacer nada en ese momento, decidió esperar para arreglar sus asuntos cuando regresara a casa.

Sea como sea, no se casaría con Elfriede. Se le podría condenar a pagarle una gran manutención, pero nadie podría obligarle a casarse con ella. Pero que desgracia.

En su mente se agitaban las visiones de cómo este asunto afectaría a su futura carrera. ¿No se convertiría el profesor Mertin en su peor enemigo en la práctica de la medicina? ¿Y cómo reaccionarían sus padres, la señora Kersten y especialmente Ilse?

Le resultaba especialmente doloroso pensar en esto último. Realmente no podía hacer otra cosa que esperar. No había forma de arruinar este viaje por el bien del acontecimiento.

No podía sentir remordimientos por lo que había hecho. Ninguna voz podía reprocharle que sedujera a Elfriede. Más bien, se sintió seducido. ¿Por qué la naturaleza le había dado este insidioso placer sexual sin darle al mismo tiempo los medios para resistirlo?

Sus obligaciones oficiales no le dejaban tiempo para reflexiones sombrías. El deber le llevó a inspeccionar a los pasajeros de la cubierta intermedia y de segunda clase, mientras el médico jefe se ocupaba de la tripulación y de los pasajeros de primera clase.

El vapor, llamado El Cid, estaba ya a unos días de Santander. El Dr. Reimann aprendió con entusiasmo los conceptos básicos del idioma español, ya que no se llevaba bien con sus pacientes. Sin embargo, para su alivio, el médico jefe había estudiado unos semestres en Alemania y hablaba un alemán razonablemente comprensible.

El cielo, siempre azul y sin nubes, ofrecía a menudo a los pasajeros y al personal fuera de servicio la oportunidad de divertirse. Pero Bernhard prefirió sentarse en el sofá que encontró en el puente, perdido en sus pensamientos. Cuando no estaba con Ilse en espíritu, conversaba con Rasmussen, apretando el puño cuando la imagen de Efriede entraba en su mente. Estaba escribiendo un diario, que pretendía enseñar a Ilse cuando volviera. En él describió su viaje con todo lujo de detalles, incluidos los peces voladores que seguían al barco, planeando a ambos lados.

La principal dificultad para el Dr. Reimann fue su falta de conocimientos lingüísticos, pero afortunadamente los pasajeros gozaban de una buena salud gracias al buen tiempo. Incluso en la cubierta intermedia, donde siempre se cuela todo tipo de enfermedades, había paz.

Tierra por fin.

El vapor se acercó a la isla de Cuba.

Se tardó varios días en descargar y cargar en La Habana, y Bernhard tuvo muchas oportunidades de admirar la capital antillana. Sobre todo, le llamó la atención la inesperada limpieza de las calles y plazas, que había aumentado desde la guerra hispanoamericana.

Las magníficas plantaciones, los palacios, los grandes almacenes de tabaco y azúcar, todo rezumaba limpieza. También los habitantes coincidían con esta impresión exterior, al menos en las zonas interiores de la ciudad. A Bernhard le pareció curiosa la forma en que estaban construidas y decoradas las casas. No había alfombras; el suelo estaba dispuesto como un tablero de ajedrez con cuadrados de mármol blanco y negro. Las mujeres acomodadas se sentaban en mecedoras, acariciando sus abanicos y viendo jugar a sus hijos más pequeños. Las calles de la parte central de la ciudad eran desagradablemente estrechas y oscuras, pero las calles de estilo europeo del nuevo distrito eran mucho más agradables.

La mayoría de los pasajeros, en su mayoría españoles, desembarcaron en La Habana. Bernhard sólo tuvo que atender a dos pacientes, un joven francés y un turista madrileño, ambos alcanzados por la flecha envenenada de Amor. Sin embargo, ambos se estaban recuperando.

Desde aquí, el viaje continuó hasta Progreso, una ciudad portuaria de la península de Yucatán. También aquí Bernhard tuvo la oportunidad de bajar a tierra y conocer la naturaleza y la gente del lugar. Tenía la intención de hacerlo en Vera Cruz, y desde aquí visitar la capital mexicana, su futura base de operaciones, pero su intención se vio frustrada por el médico jefe, que quería visitar él mismo a sus familiares. El médico subalterno tuvo que quedarse a bordo. Este fue el caso de Tampico, donde tenía un trabajo a tiempo completo, dirigiendo la desinfección del barco y vacunando a los pasajeros de la tripulación. Esto fue una amarga decepción para él. En su

aflicción mental, mientras el barco se dirigía a Europa, vio que la playa mexicana que anhelaba se desvanecía gradualmente tras el horizonte.

## XVII

¿Y qué ha pasado en casa mientras tanto?

Elfriede estaba decidida, como vimos, a averiguar la relación entre Bernhard e Ilse. La Sra. Reimann era, sin duda, la persona más indicada para proporcionar información al respecto.

Dicho y hecho. Fue al apartamento de los Reimann y le dio al ama de llaves su tarjeta de presentación, pidiéndole específicamente que se la dejara a la señora Reimann para que no cayera en manos del señor Reimann.

La señora Reimann no recordaba haber oído el nombre de Elfriede Mertin.

"¡Pregúntale lo que quiere!" le dijo a su criada. "Hay que averiguar siempre lo que quiere la gente. Hoy en día es como ahogarse en una avalancha de gente pidiendo ayuda".

"Perdóneme, mi amable señora, pero no parece una. Es una joven muy elegantemente vestida. Se ve muy atractiva".

"¡Qué tontería, encanto! Eres del campo y no conoces a la gente de la ciudad".

La criada se fue. Unos minutos después regresó diciendo que la joven deseaba hablar con la señora sobre algún asunto importante. Es la hija del profesor Mertin.

La señora Reimann se sobresaltó de alegría y casi dejó caer al suelo el paquete que había recogido.

"¡Bueno, no había pensado en eso! Así es, Mertin era el profesor de mi hijo. Invítale al salón".

Se echó una rápida mirada al espejo, ya que siempre le gustaba presentarse bien cuando recibía invitados.

"Buen día".

"Me llamo Elfriede Mertin", fueron sus primeras palabras al entrar en la habitación.

A la señora Reimann le llamó la atención la dulzura de la muchacha, que, tras el saludo, estaba evidentemente avergonzada. Sin embargo, trató de superar este sentimiento diciendo:

"No sabía que tu padre tenía una hija tan hermosa y crecida".

Elfriede sonrió.

"¿Y cómo puedo ayudarte?" preguntó la señora Reimann.

"Lo haré, señora, en un asunto que es -debería decir- bastante embarazoso", consiguió decir Elfriede con el corazón aturdido.

Es extraño, apenas se atrevió a mirar a la mujer que era la madre de Bernhard. Sintió como si no necesitara decir nada, como si esos ojos pudieran leer todos sus pensamientos con su mirada penetrante. Una desagradable sensación de incertidumbre se apoderó inevitablemente de ella.

"Sí, ¿y...?", preguntó la Sra. Reimann, sonriendo con ánimo.

"¿Ha dicho Bernhard -perdón-, quiero decir, su hijo, algo sobre su compromiso?" Elfriede consiguió finalmente fruncir los labios.

Los ojos de la señora Reimann mostraron su asombro. Su rostro se endureció.

"¿Cómo? ¿Con ella -de su compromiso- con la ciega? ¿Cómo lo sabes?"

"¡No, conmigo!" exclamó Elfriede agitada.

Ahora le contó a la señora Reimann la historia de su compromiso, y cómo su padre no había dado su consentimiento hasta que Bernhard, con la debida formalidad, le pidió la mano. También quería saber más sobre la relación entre Bernhard y la chica ciega.

No pasó ni una hora antes de que Elfriede supiera más de lo que necesitaba saber. Lo que escuchó fue distorsionado y acentuado por la imaginación morbosamente excitada de la señora. Esta última también había expresado a Elfriede su deseo de que ella misma fuera a ver a la ciega y se presentara como novia de Bernhard. Entonces, por supuesto, esa chica del barrio dejaría sus sueños. Al mismo tiempo, la señora Reimann le dio a Elfriede la dirección de la señora Kersten.

Se marchó después de despedirse de ella de forma afectuosa.

## XVIII

El Cid se dirigió hacia las costas de Europa.

Estábamos a finales de mayo. El 10 de junio, estaba previsto que Bernhard debía llegar a su país de origen. A mediados de septiembre, Rasmussen había prometido volver de Tatra-Lomnitz, y Bernhard estaba deseando estudiar los fundamentos de las ciencias ocultas bajo la dirección del propio maestro. Había pedido un conjunto de libros y esperaba encontrarlos en casa.

Fue entonces cuando comenzó la curación de Ilse. Había hablado varias veces con el rosacruz sobre esto, pero aún no había recibido una respuesta definitiva.

Ya habían llegado al Golfo de Vizcaya. El mar ya no estaba tan tranquilo como en el viaje de ida. El barco se balanceaba bastante con el oleaje, pero la mayoría de los pasajeros no solían ser primerizos y daban poco trabajo a los médicos del barco.

La compañía naviera hispano-mexicana tenía por costumbre, incluso antes de la guerra, celebrar fiestas de graduación para los pasajeros a bordo. Un día el capitán servía un banquete a sus pasajeros, y al día siguiente éstos le convidaban a ser su invitado de honor. Las celebraciones, que no fueron en absoluto despreciadas a bordo, alcanzaron su punto álgido.

Bernhard había prometido bailar con algunas de las damas. Seguimos en la mesa. El capitán había levantado su copa y acababa de terminar su discurso:

"Y ahora, señoras y señores, les pido que se unan a mí en un triple - - -"

No terminó, porque un violento golpe sacudió todo el casco del barco.

Las fuertes voces femeninas resonaron más. Afuera se escuchaba a alguien gritar: "¡Ha estallado la caldera!".

Los gritos de angustia de las mujeres y los niños eran indescriptibles, había una terrible confusión. Todo el mundo se apresuró a salir de la sala, y toda la multitud se precipitó hacia la puerta. Una madre parecía haber perdido completamente el juicio, pues agarró a su hijo de tres años con una mirada frenética y lo lanzó al mar por una ventana redonda.

El accidente también provocó que las sillas, de las que había muchas en la sala, se amontonaran en los portales al ser arrojadas aquí y allá, lo que no hizo más que aumentar los esfuerzos de la gente. A estas alturas, se lanzaban golpes a diestra y siniestra. Las mujeres se aferraban a los hombres, desgarrando sus ropas, y la voz del capitán, instando a la contención y a la calma, resonaba en oídos sordos. Las puertas principal y lateral del comedor estaban bloqueadas. Los muertos y los que parecían fantasmas habían caído al suelo y la gente seguía corriendo con gemidos desgarradores, buscando una salida.

El capitán tuvo que subir a cubierta. Bernhard y él intentaron llegar a la cubierta a través de la claraboya del pasillo. El joven médico se subió a la mesa, rompió la pantalla y salió de la habitación. Le tendió la mano al capitán y tiró de él.

Había una confusión inusual en la cubierta.

El capitán, revólver en mano, daba órdenes a sus compañeros mientras dirigía las lanchas para el desembarco. La tripulación española estaba tan aterrorizada como los pasajeros; cada uno pensando sólo en salvarse. Algunos pasajeros que se dirigieron a ellos en busca de ayuda fueron brutalmente empujados a un lado. Ya no había nada que salvar. Debido a la irreflexión de los pasajeros, dos botes habían caído al agua y se habían alejado.

Ahora se vio que el accidente no había sido causado por una explosión de la caldera, sino por una mina a la deriva que había golpeado la proa del barco. Desde la gran abertura abierta, el agua ahora fluía con una fuerza aterradora hacia el interior del barco.

La gigantesca carcasa de hierro ya empezaba a hundirse. Las embarcaciones ya no se podían soltar. El Cid estaba en un estado de caos desenfrenado. La furiosa batalla por los botes salvavidas aún no había cesado, aunque era la hora undécima. De los tres mil pasajeros, a lo sumo se habían rescatado sesenta, ya que sólo dos botes salvavidas completamente cargados luchaban tranquilamente por escapar de la estela del barco que se hundía. El tercero volcó completamente cargado, porque la lucha tampoco había cesado allí. El único que seguía resignado a su suerte era el capitán español, de pie con los brazos cruzados en el puente. Bernhard se apoyó pálidamente en la barandilla y miró con horror el último bote salvavidas que se retiraba. No había participado en la terrible batalla, pues su inutilidad había sido muy evidente.

La bandera mexicana aún ondeaba en el mástil como señal de su antigua grandeza y gloria. Todo lo demás, las personas, los animales, la riqueza, la vanidad, el lujo, ya se había hundido en su tumba acuática.

De nuevo se hizo el silencio... Tres personas seguían nadando en el mar, el capitán, Bernhard y un camarero. Habían saltado del barco que se hundía en el último momento.

Al cuarto día del accidente, dos barcos entraron en un pequeño puerto español, uno a las 11 de la mañana y el otro hacia las 8 de la noche. Algunos pasajeros murieron en el camino y fueron arrojados al mar. De los tres mil pasajeros, sólo 48 habían sido rescatados. Los periódicos de Madrid fueron los primeros en informar del terrible accidente, y en pocas horas se difundió por todo el mundo.

La oficina de Wolff había anunciado en los periódicos de Berlín que se había rescatado a cuarenta y ocho pasajeros, pero que tal vez todavía se esperaba un tercer barco, entre los que se esperaba que estuviera el Dr. Reimann, que había sido médico de a bordo en el malogrado buque. Al día siguiente, la noticia fue corregida con la especulación de que el Dr. Reimann probablemente se había ahogado después de todo.

## XIX

El padre de Bernhard quedó sorprendido por esta última información. No podía creerlo, no podía concebir que su hijo, su esperanzador hijo, que hacía sólo unas semanas se había presentado ante él con buena salud, pudiera causarle tal dolor. Llegó a casa roto en cuerpo y alma. La Sra. Reimann también se vio sorprendida por la noticia.

Es asombroso -decía la gente entre sí al ver al señor Reimann- cómo el dolor puede quebrar la fuerza corporal de un hombre. El viejo Reimann se ha vuelto canoso en pocos días. Apenas puedes reconocerlo mientras cojeaba a casa para encerrarse en su habitación. Quería estar solo, no podía ni quería ser consolado. El tremendo dolor que tan repentinamente había llegado a roerle el pecho le había convertido en un pobre hombre".

Como siempre en estos casos, la esperanza se había hundido bajo la pesada carga de la desesperación. Era tentador y reconfortante pensar que todo era un error después de todo.

"¡Y si Bernhard volviera!"

Los días habían pasado. Reimann no había recibido a nadie. Una tarde, todavía medio borracho de dolor, decidió ir a ver a los Kersten.

Al invierno inusualmente frío le ha seguido finalmente la primavera. Los almendros volvían a abrir sus flores blancas. El primer verdor virgen cubría las ramas de los arbustos. El olor a tierra fresca surgía de los jardines y los campos. En las calles más concurridas de Berlín se vendían violetas y coloridas flores de primavera. Las primeras flores se plantaron en cajas y macetas en los balcones.

A medida que Reimann se acercaba a su destino, vio a la señora Kersten trabajando en su jardín. Aflojó los hombros, hizo agujeros en la tierra suelta con el mango de un batidor y los cubrió grano por grano. La postura encorvada había empezado a cansar su espalda, por lo que se enderezó y, suspirando débilmente, se frotó las manos en las caderas.

El Sr. Reimann seguía de pie fuera de la valla cuando oyó a la ciega Ilse preguntar con impaciencia:

"Mamá, ¿estás lista pronto?"

"¿Quieres algo, niña?" preguntó la señora Kersten sin interrumpir su trabajo.

"¡Buenos días!" Reimann los interrumpió a ambos.

La señora Kersten se dio la vuelta.

"¡Buenos días, Sr. Reimann!"

Ambas voces sonaban melancólicas.

"¿Qué dices del accidente?" Reimann estaba a punto de continuar cuando la señora Kersten le instó a guardar silencio llevándose el dedo índice a la boca y haciendo un gesto de que Ilse aún no sabía nada de la muerte de Bernhard. La madre no había tenido el valor de presentarle a su hija la verdad de los acontecimientos.

"Pequeña Ilse, ve a la cocina y pon el café a hervir para que el Sr. Reimann pueda tomar una taza de café".

Sólo cuando la ciega hubo desaparecido, la señora Kersten pudo expresar su pesar por la desgracia que les había ocurrido a ambos.

Consideró que ya no era necesario ocultar la relación de Bernhard con Ilse. Le contó a Reimann cómo había sorprendido a su hijo, y el padre de Bernhard, que habría tenido mucho en contra del asunto cuando su hijo estaba vivo, ahora sólo puede asegurar que no tenía nada en contra del matrimonio de Ilse y Bernhard.

Ambos decidieron ahora informar la noticia de su desgracia a la pobre ciega.

Pronto se sentaron a tomar café, y la señora Kersten dijo después de un rato

"Ilse, debes ser valiente, el Sr. Reimann tiene malas noticias para ti. Piensa que Bernhard ha tenido un desafortunado accidente, incluso pudo haber muerto".

La ciega no contestó ni una palabra, se puso pálida y pareció desmayarse. Reimann estaba a punto de saltar en su ayuda, cuando la señora Kersten recordó que ya le había ocurrido algo similar y le tranquilizó diciendo:

"Déjenla en paz, estará mejor por sí misma". Entonces el rostro de Ilse se torció en una expresión de dolor, y comenzó a hablar como en un sueño:

"¡Dios mío! ¡Qué conmoción! ¡Qué susto! ¡Todo el pueblo clama por ayuda! ¡Todos quieren salvarse y despejar el camino a sus compañeros! ¡Dios mío! ¡Ahí está Bernard! ¡Sigue nadando! ¡Va a la pila de leña! ¡Oh, ahora está a salvo! ¡La pequeña nave lo recogió!

Lo veo con sus queridas y actualmente atribuladas facciones. Y ahora, Bernhard, cómo sonrío y susurra, Ilse... Bernhard, ¿no ves que las estrellas brillan en nuestra noche? Las estrellas del amor. Nos guiarán juntos, para que nunca más nos separemos.

¿Puedes oírme, Bernhard? No te dejaré, soy tuya.... Me llevaré tus alegrías y tus penas de tu lado..."

La chica temblaba por todo el cuerpo. Su rostro se iluminó gradualmente con una sonrisa de felicidad. Luego se calló. Parecía estar dormida.

El Sr. Reimann no sabía qué hacer con esta expresión de emoción.

La Sra. Kersten, por su parte, era consciente de la naturaleza mística de su hija, y le dijo al Sr. Reimann que a menudo tenía esos ataques de sobresalto repentino, en los que mostraba clarividencia y describía acontecimientos pasados o futuros.

"Sí, he oído hablar de tales personas mediúmnicas", dijo el señor Reimann, "y también puedo concebir el fenómeno como posible. Lo que no entiendo es que Ilse vea ahora lo que ya ha pasado hace unas semanas".

"Tienes razón, no había pensado en eso", respondió la señora Kersten, "pero se lo preguntaré yo misma. Escucha, ella responderá".

La señora Kersten tomó a Ilse de la mano y se dirigió a ella: "Ilse... Ilse... ¿puedes oírme?"

"Sí... Sí, te escucho", respondió en un susurro tranquilo y distante, y luego continuó:

"Todos los acontecimientos de la vida imprimen su marca en la luz astral y prosiguen hasta el infinito como las olas de un lago profundo que ha sido ondeado por una piedra que cae.

Ahora, en este estado, mi espíritu es infinitamente más ágil y se mueve al momento del evento. Verás, Madre, el pasado, el presente y el futuro, o el tiempo y el lugar, son conceptos de existencia transitoria y no existen para nuestro espíritu. Por eso los médiums, y más aún el tío Rasmussen, un rosacruz, pueden estudiar el pasado y leer el futuro como un libro abierto."

La niña se había puesto notablemente pálida, y la señora Kersten temía que no pudiera despertarse. La miró con ansiedad y luego exclamó, con la voz temblorosa por la emoción:

"¡Ilse! ...¡Ilse, entra en razón! ¡Ilse, querida, respóndeme!"

Ilse abrió por fin los ojos, como si estuviera medio dormida, y se rozó tranquilamente la frente.

"¡Mamá! ¡Mamá! ¿Por qué me has llamado? Estuve en casa de Bernhard". Pronto se despertó de su sueño. Miró a su alrededor con asombro, como para acostumbrarse a su entorno.

Entonces, de repente, gritó con voz apasionada:

"No tienes que decir nada más. ¡Madre! ¡Mi querida madre, lo he visto! Él se ha salvado. Ahora es mío. Ya no hay ninguna barrera entre nosotros".

"Ya lo ha oído, Sr. Reimann. Ilse ha dicho que Bernhard se ha salvado, y puede creerlo".

## XX

Ilse había estado enferma recientemente.

Hacía tres meses que Bernhard había desaparecido. Pálida como una rosa blanca, la joven descansaba a menudo durante horas en el cómodo sillón que el Sr. Reimann había donado una vez al padre enfermo de Ilse. Fue en esta silla, que este hombre enfermo en el pecho había suspirado por última vez un día de primavera. Ahora era el lecho de enferma de Ilse. La habían sacado al exterior por el buen tiempo que hacía. El viento acariciaba suavemente los mechones de pelo que se habían derramado sobre sus hombros y sienes. Sus blancas manos descansaban ociosamente sobre su regazo. Podrías haberla confundido con una madonna que, olvidándose del mundo, se arrulló en sus propios pensamientos hermosos.

La Sra. Kersten había ido a la ciudad a hacer un mandado. Los propietarios, todavía acosados por el coste del tiempo, la ponían de vez en cuando en apuros para pagar el alquiler.

Una ligera sonrisa se dibujó en el rostro de Ilse. De vez en cuando sus labios se movían como en un soliloquio silencioso. "¡Padre celestial, a quien todos los hombres alaban, contempla la aflicción de mi corazón! Resguárdalo del peligro, protégelo de la enfermedad, el dolor y la muerte.

Dios, tú que guías las estrellas, ¡qué lejos estoy en la oscuridad de mi noche! Lejos de las obras de tus manos, que son las maravillas de las maravillas.

No puedo ni debo juzgar, y con gusto rechazaré la luz, ¡si tan sólo me otorgarás a mi amado! - - -"

No llegó más lejos. En medio de su oración, oyó de repente unos pasos rápidos.

"¿Quién es?" exclamó desde su silla, preocupada porque no conocía a la intrusa como su madre. Los pasos se acercaron. Angustiada, llamó a la criada.

"Déjelo, señorita", se oyó decir una voz justo al lado de ella. "Su madre no está aquí. ¿Desea hablar con ella?"

"No, pero si con la hija, la señorita Ilse".

"Ese es mi nombre", dijo Ilse, tranquilizándose. "¿Y qué quieres de mí? ¿Quién es usted? Me temo que no puedo verte. Soy ciega. Pero puedo escuchar en tu voz que eres joven, quizás de mi edad".

Elfriede Mertin había imaginado que su rival sería diferente. Una extraña emoción invadió su mente e hizo que sus ojos se humedecieran al ver las delicadas, pálidas y plásticas facciones de Ilse ante ella. Ella le parecía casi de otro mundo, sentada allí ante ella con su sencillo vestido negro, con sus manos translúcidas como lirios

blancos en su regazo. Sintió que debía acariciar y consolar a aquella ciega por el dolor que iba a causarle. Los grandes y gloriosos ojos de Ilse le inspiraron una profunda piedad. ¿No eran como diamantes opacos y sin tallar? ¡Cuánto brillarían si alguna vez adquirieran la maravillosa facultad de la vista!

De repente, la imagen de Bernhard apareció en su mente. Vio en su mente cómo buscaba el favor de aquella etérea bella muchacha, cómo acariciaba aquellos rizos dorados. La serpiente de los celos se abalanzó y apagó los mejores impulsos de su corazón. Ya no veía a Ilse como una persona infeliz, sino como su rival, que, a pesar de su ceguera, era peligrosa para ella.

"Siento tener que contarte cosas desagradables", empezó, mirando más allá de Ilse hacia el ramo de flores. No se atrevió a decirle directamente a la ciega que Bernhard le había pertenecido.

"Adelante, señorita. ¿Cómo se llama?"

Elfriede respondió con un énfasis orgulloso en sus palabras:

"Es cierto, me olvidé de presentarme. Soy Elfriede Mertin, hija del profesor Mertin y antigua prometida del señor Bernhard Reimann".

Ilse se estremeció. Sólo había escuchado un nombre. "¡La prometida de Bernhard Reimann!"

"¿Qué eras que?" exclamó, sobresaltada.

"Me oyes; yo era la prometida de Bernhard Reimann".

"¿La novia? - Bernhard - - Bernhard" Ilse parecía confundida. Un sudor frío le recorrió las sienes. "¡No es verdad, es mentira! Dime que estás mintiendo", gritó Ilse, tratando de levantarse de la silla. Pero sus débiles nervios no pudieron soportar semejante golpe. Se desplomó en su silla, casi inconsciente.

Cuando Elfriede vio el efecto que habían tenido sus palabras, se apresuró a huir para evitar cualquier recriminación posible.

Abrió la puerta del jardín y se encontró con la Sra. Kersten, que acababa de regresar de la ciudad. Miró con sorpresa el rostro agitado de la desconocida.

"¿Qué quieres?" preguntó, con un presentimiento en la mirada.

"¡Nada!" exclamó Elfriede, acelerando sus pasos. Entonces se oyó un grito de agonía en el jardín.

"¡Mamá! ¡Mamá!"

Elfrédie se sobresaltó. Empujó a la señora Kersten a un lado, salió corriendo a la calle, se subió a un taxi que pasaba tranquilamente y con voz ronca le dio al conductor su dirección.

## XXI

A primera hora de la mañana, Reimann se sentó en su despacho y contó, contó. Las inestables condiciones económicas habían provocado un gran trastorno en su fábrica, ya que su telar no recibía suficientes materias primas. Además, un gran número de sus trabajadores y vendedores habían abandonado el país a causa de los elevados impuestos.

Dejó la pluma a un lado. Sus pensamientos hoy no querían seguir los números que tenía delante. La pérdida de su único hijo había tenido un efecto demasiado devastador en él.

Entonces se abrieron las puertas con cautela y entró el viejo empleado, Friedrich, que había encanecido en la fábrica. Trajo varias cartas, que depositó en el escritorio de su amo, deseándole buenos días.

'Aquí tienes algunas cartas e inscripciones para llevar a la oficina de correos, y con esta orden de pago cobrarás 6.000 marcos del banco', dijo Reimann.

Friedrich se ocupó de sus asuntos y su anfitrión miró el correo que había recibido. Catorce clientes cancelaron sus pedidos. Cinco proveedores dijeron que no podían entregar la materia prima al último precio válido. Los precios se habían quintuplicado. Otros se apresuraron a comprar, y algunos nuevos clientes pidieron tal o cual cosa.

La cabeza de Reimann dio vueltas. "Si no consigo la materia prima, tendré que cerrar la fábrica", pensó.

Entró su antiguo contable y actual procurador para intervenir y hacerse cargo.

Eran las nueve en punto. El viejo iba y venía con su ritmo. Todo, incluso las cosas más pequeñas, las hacía según el reloj.

Tras él llegaron algunas jóvenes que se fueron a sus oficinas y un joven corresponsal con problemas de corazón.

Algunos de los trabajadores más veteranos hablaron con Reimann sobre el aumento de sus salarios. Éste volvió a hacer sus cálculos. Entonces, el viejo contable volvió a entrar en su habitación, llevando un libro delante de él. Señaló la cuenta y dijo:

"¡Si seguimos así este año, tendremos que cerrar nuestras puertas! Y los demás, ¡suspenden sus pagos! Y deberíamos seguir escribiéndoles notas de agradecimiento. Tenemos que mantenerlos a raya, incluso amenazarlos con acciones legales. Es usted demasiado benévolo, señor Reimann, y perdona a todo el mundo. Se olvida de que los clientes perezosos se aprovechan de ello al no pagar sus facturas por pura arrogancia".

El rostro de Reimann se ensombreció.

"No hay que llamar perezosos a todos los clientes a los que el desánimo de la posguerra les impide cumplir sus compromisos, sin más". Pensó en sí mismo y en su posición.

"Hay que saber adaptarse a los tiempos y tomar las cosas como son. El período de transición es peor que la guerra. No ganarás nada quejándote y discutiendo".

"Naturalmente, no me corresponde a mí darle consejos", admitió el procurador, exasperado. "¡Dios no lo quiera! Sólo quería advertirle a tiempo de su gran misericordia. Haz lo que quieras, por supuesto".

Cerró el libro de golpe y se dirigió a su asiento.

Reimann contó. Los números crecieron y llenaron sus pensamientos. Las sumas que aún tenía que liquidar antes del último día del mes si quería mantener su crédito ascendían a cientos de miles.

"¡Después de todo, Lüders no está completamente equivocado!" pensó. "Simplemente llegó en el momento equivocado, en medio de mis facturas más importantes". Después de todo, ya tenía suficientes deudas. Estaban las facturas de la hipoteca, que hacían su vida miserable en todo momento. ¡No, esto no puede seguir así!, dijo en sus pensamientos. Acariciándose el pelo, que últimamente se había vuelto notablemente gris.

Reflexionó y meditó.

Tenía que conseguir dinero, pero ¿dónde y cómo? ¿No estaba su negocio fuera de toda duda? Si era sincero consigo mismo, tenía que admitir que llevaba casi diez años luchando porque siempre había sido lo suficientemente crédulo como para aceptar las facturas de sus amigos, que nunca cumplían. Ya había perdido toda una fortuna en garantías. Nadie lo sabía, por supuesto, ni siquiera su esposa. Podía levantar la cabeza con orgullo. Todo el mundo sabía que él, si es que había alguien, era un hombre de honor de principio a fin. ¡La gente fue tonta al reclamar sus préstamos hipotecarios justo ahora! En un momento así, cuando el dinero no tenía valor. ¿Qué hacer? Pensó en el viejo contable cuya presentación acababa de interrumpir. Tras pensarlo un momento, presionó el botón de encendido. Una voz nasal no tardó en llegar desde la puerta, preguntando:

"¿Qué desea, señor Reimann?"

"¡al Sr. Lüders!" Después de un momento, el viejo contador volvió a aparecer.

"¿Me has mandado llamar?"

"Sí. Siéntate".

"He estado pensando en lo que me has dicho hace un momento. No estás tan equivocado. Tenemos que recaudar dinero, eso está claro. No vale la pena ir a los tribunales en un momento como este. Sabes que un acuerdo magro es mejor que una pelea gorda".

"Sí, es cierto", admitió Lüders, subiéndose las gafas a la frente.

"Lo mejor es llegar a un acuerdo con la gente, si es posible", conjetura Reimann, "y escribir a nuestros acreedores que, dadas las circunstancias, con gusto aceptaríamos un pago parcial y pediríamos una respuesta a nuestra propuesta dentro de los tres días.". ¿Qué dices a eso?"

"Sí, - - por qué no", dijo Lüders, pensativo. "Pero sería mejor que sólo habláramos de la mitad del importe y no de pagos parciales".

Se produjo un silencio. Ambos pensaron. Sólo se oía el tic-tac del reloj de pared y el chasquido de las máquinas de escribir en la habitación de al lado, donde estaban sentadas las señoras.

"Me pregunto", comenzó Lüders, "cómo sería si nos pusiéramos a trabajar en otras cosas".

Reimann escuchó con curiosidad.

"No podemos dejar nuestra fábrica parada. Pidamos máquinas, y está claro: "Ahora que el ejército ha vuelto de la guerra, hay muchos hombres y mujeres desempleados. Podrían volver a sus antiguos trabajos.

"Verá, Señor Reimann", continuó Lüders. "La escasez de cargueros continuará durante algún tiempo. Nuestros submarinos hundieron grandes barcos de vapor durante años. Pero si no podemos conseguir algodón, por qué no probar con fibras de turba y ortiga. He visto productos tejidos con ellas en una exposición en el Jardín Botánico de Dahlem, y son, francamente, magníficos".

Reimann permitió que la propuesta lo influenciara. Después de un momento, hizo ganchillo:

"Lüders, no está mal. Ya lo he pensado una vez. Pero hay que tener en cuenta que la empresa requiere conocimientos especiales y profesionales, y en la mayoría de los casos hay que pagar un precio elevado".

Ambos volvieron a guardar silencio. A continuación, Reimann comentó sus conclusiones:

"No hay nada que podamos hacer, no encuentro la manera".

"Bueno, si quieres, podemos tomar medidas preparatorias hoy mismo; cuanto antes, mejor para nosotros", dijo Lüders.

"Sí, sí, en lo que a mí respecta. Pero aquí hay dos opuestos, las órdenes y las máquinas. ¿Tenemos que conseguir primero las máquinas o los nuevos pedidos? Deberíamos informar a nuestros antiguos clientes de nuestros planes y preguntarles si quieren tomar una tela de muestra en lugar de una tela de algodón. Ahora podríamos comprar máquinas baratas de fábricas que han cerrado".

"Yo también lo creo, señor Reimann. No necesitamos comprar máquinas nuevas de inmediato, podemos arreglárnoslas con las antiguas, y hay muchos trabajadores que han desempeñado tareas similares antes. Un momento, creo que puedo aprovechar una relación: es un conocido de un artesano que trabajaba en este sector".

"Bien, haz lo que puedas", dijo Reimann. "Una cosa más, mi querido Lüders. Esto se refiere al futuro. Y aunque pudiera ganar millones, por el momento..."

Reimann se quedó atascado en sus palabras mientras miraba a Lüders con una expresión tensa en el rostro.

"Ya veo. La situación es grave en este momento", admitió Lüders. "Sí, supongo que tendremos que intentar recaudar dinero antes que las máquinas".

Una vez más, la conversación se vio interrumpida por el silencio, y ambos se miraron de frente pensativos. De repente, Lüders preguntó:

"¿Cuánto dinero necesitamos entonces, señor Reimann?"

Sin decir una palabra, Reimann le puso delante de él dos libros de hipotecas canceladas, que sacó de su compartimento secreto. Lüders se puso las gafas en los ojos y se quedó mirando los documentos.

"¿Demonios?" exclamó al leer. "¡Esto es algo! 140.000 y 120.000, es decir, 260.000 marcos en total, ¡una suma soberbia!"

"La más pequeña es contra mi casa, la más grande es una tercera hipoteca contra mi fábrica", dijo Reimann, frunciendo el ceño.

Lüders pensó.

"Bueno, ¿qué tal un socio de negocios?"

"¿Un socio de negocios?" repitió Reimann, sorprendido.

"Sí, ¿por qué no? Creo que podríamos tener uno en nuestra fábrica de inmediato. Hoy en día hay mucha gente que no sabe qué hacer con sus beneficios de la guerra: "¿Quizás un socio silencioso que invierta 300.000 marcos al 8% de interés? Es lo más barato que podemos conseguir hoy en día".

"¡Ocho por ciento!" Reimann estaba asombrado. "¡Pero piénsalo!"

"Es lo más barato que podemos conseguir", repitió Lüders. "Y después de todo, ¿qué es el ocho por ciento si podemos contar con el doscientos por ciento?"

¿"Usas grandes expresiones"? dijo Reimann.

"¿Por qué no? Verás que tengo razón:"

Reimann pensó para sí mismo.

"¿Qué vamos a hacer?" preguntó Lüders, sin tener ninguna objeción a los ingresos extra que pretendía obtener para sí mismo al mismo tiempo.

Reimann con un suspiro finalmente aceptó. Hasta ahora había sido el único propietario de su tienda y se había encanecido mientras la dirigía, ¿y ahora un desconocido iba a formar parte de ella? No era una perspectiva agradable, y daba lugar a todo tipo de pensamientos.

¿Y si todo se volviera una locura? ¿Pero qué pasaría si se pudiera obtener algodón barato del extranjero? ¿Qué pasaría entonces?

Entonces no sólo habría comprado una maquinaria cara, sino que también se habría tejido una cuerda para ahorcarse por 300 000 marcos y un 8 % de interés.

Otro suspiro escapó de sus labios.

"¿Debe ser difícil para ti? ¿No es así?" preguntó Lüders, y pudo ver en el rostro de Reimann que la propuesta no le gustaba. "No se trata de un socio para toda la vida. Fijaremos un plazo".

"Es cierto. Tengo que hacer lo que las circunstancias requieren".

Se levantó, miró su reloj y dijo mientras se metía una carta privada en el bolsillo:

"Ahora haz tu parte en el asunto, mi querido Lüders. Estoy de acuerdo con todo".

Lüders se dirigió a su asiento. Nadie podría decir por su cara la importancia de la conversación que había tenido con su jefe. Mientras tanto, el dueño de la fábrica caminaba cansado hacia su casa.

Se detuvo de repente en el metro y se preguntó si iba solo a saludar a su viejo amigo Bergmann, que vivía en Schmargendorf. Podría ser que este hombre, que ya sabía que era un buen hombre, le ayudara con la hipoteca. Entonces también podría ir a ver a la señora Kersten y averiguar cómo le iba a la pequeña Ilse. Se dijo que el estado de la enferma había empeorado, lo que la había atado a una cama. Aunque la mujer le ocultó el accidente, en el que se dice que Bernhard la salvó, el Sr. Reimann siempre estuvo al tanto de lo que ocurría en la familia Kersten.

## XXII

Al principio, Reimann había confiado en las habilidades clarividentes de Ilse. Pero los días y las semanas pasaron sin la menor señal de vida del muchacho que había sido víctima del accidente. El padre, muy golpeado por sus situaciones, no tuvo más remedio que resignarse a su suerte como pudo. En su casa, la vida familiar se había vuelto aún más fría desde la desaparición de Bernhard. Los cónyuges apenas se hablaban. Reimann trató, en la medida de lo posible, de centrar sus pensamientos en los asuntos de negocios, para que su angustia no se apoderara demasiado de él. Todavía se sentía atraído por los Kersten. Ahora estaba unido a estas personas por un dolor común.

"¿Fue el dedo del destino que esta mujer, que podría haber sido su esposa si hubiera escuchado a su corazón, fuera ahora la madre de una hija ciega y él el padre de un hijo perdido?"

Fue decidido a su objetivo, pero aún no estaba seguro de si buscar primero a su amigo Bergmann en Schmargendorf o detenerse donde los Kersten. Sus pasos le condujeron por sí mismos a la señora Kersten.

Ya podía ver la casa frente a él. Su jardín estaba completamente cubierto de enredaderas. Desde la ventana abierta llegaba el sonido de la música del piano.

Reimann se detuvo para escuchar. El intérprete tocaba maravillosamente bien los Sueños de Schubert. Resonaban con anhelo, soñando con el amor.

Estaba a punto de quedarse apoyado en el pasamanos de la escalera, escuchando, cuando la señora Kersten se acercó a la ventana para cerrarla. Reconoció al visitante y lo saludó.

" ¡Señor Reimann!" exclamó Ilse, que dejó de tocar.

Era la única que aún no había perdido la esperanza... Incluso él tuvo sus momentos en los que sospechó que Bernhard bien podría haber dado señales de vida, si estuviera vivo. Sí, tuvo momentos en los que lloró su muerte.

Reimann entró. La señora Kersten le recibió cordialmente.

"Qué bien que hayas venido a vernos de nuevo. Ilse y yo hablamos todo el día de ayer sobre Bernhard, y ella sigue afirmando que su hijo está vivo y que le enviará un mensaje muy pronto. Mi hermano, que vive en Hungría, está de acuerdo con Ilse. Me escribió una larga carta llena de palabras de consuelo y me aseguró que Bernhard llegaría sin duda. No le he hablado a Ilse de esta carta, pues no quiero confirmar su esperanza si al final se ve defraudada".

"Sí, mi querida amiga", continuó Reimann, "la desgracia rara vez viene sola. Me ha pasado últimamente".

"¿Qué quieres decir?" preguntó asombrada la señora Kersten. "¿Está enferma tu esposa?"

"No, ese no es el problema. Mis asuntos de negocios han ido mal últimamente".

"¿De verdad?"

La Sra. Kersten recordó que aún no había realizado el pago de su la última cuota a Reimann. Miró interrogativamente al empleador de su marido.

"Me pregunto si su negocio va tan mal. ¿Está realmente en problemas, o simplemente vino a decirme?"

Su carácter directo la obligó a preguntar.

"¿Has venido por el pago de la última cuota?"

Reimann sintió que había cometido un gran error, y miró a la señora con asombro.

"¿Yo? ¿Por su pago? Por supuesto que no. ¡Si fuera a por ello, sería la última persona en acudir a ti! No he venido aquí por dinero, sino por consuelo. Cada vez que pierdo la esperanza de que Bernhard vuelva, me tranquiliza la cercanía de Ilse. Sólo necesito escuchar la voz de una niña cuando ya reconozco el alma de mi hijo. Por eso he venido a verte hoy".

Pero la señora Kersten aún no había podido olvidar el impacto de la anterior conversación de negocios y creyó detectar en las palabras de Reimann sólo una especie de disculpa. Quería saber más sobre los negocios del Sr. Reimann y por eso preguntó:

"Su fábrica debe estar sufriendo una escasez de materias primas... ¿Y la situación económica ha puesto a muchos de sus clientes en dificultades financieras?"

A Reimann le sorprendieron las preguntas. Se sentía incómodo. ¿Ya circulaban rumores sobre la situación de su fábrica? Este capricho le molestaba mucho. Por eso preguntó de mala gana:

"¿Qué le hace pensar eso, Sra. Kersten?"

Ella entendió de inmediato de que había acertado.

El dueño de la fábrica se quedó pensando un momento. Con una confesión honesta podría desmentir cualquier habladuría y cotilleo innecesario, por lo que habló abiertamente de su posición actual, de su conversación con el procurador Lüders y de su intención de buscarse un socio comercial que pudiera dar un nuevo rumbo a su fábrica.

La Sra. Kersten había escuchado con atención, pero se imaginó que la situación era peor de lo que realmente era y prometió pagar las cuotas. Reimann se defendió de nuevo:

"¡No, señora Kersten! ¡No necesito esa insignificante cantidad! La transición económica no ha pasado en absoluto desapercibida. Tú también tienes inquilinos que se han trasladado a otro lugar o incluso fuera del país, y por eso prefiero esperar".

El Sr. Reimann había pronunciado sus últimas palabras de forma casi suplicante. Había recuperado su antigua calma.

"¡Gracias, señor Reimann! Pero tengo un dinero en casa. Te agradecería mucho si pudieras llevártelo. Mostraría su amabilidad y me ahorraré un viaje al banco. Ya sabe, mi hija me hace difícil salir de casa".

Sacó el dinero de la caja de hierro que guardaba en su escritorio y se lo dio a Reimann.

"Como quieras. Con tal de complacerte, me lo llevaré".

Se metió el dinero en el bolsillo y luego dijo:

"Pero ahora debo irme. Hoy no estoy de humor para trabajar".

"Por favor, quédate con nosotros un rato", insistió la señora Kersten. "Deja que Ilse toque algo para ti. Últimamente toca unas improvisaciones maravillosas, unas melodías celestiales".

La Sra. Kersten se dio cuenta de que Reimann seguía llevando su abrigo y le pidió que se lo quitara.

Reimann miró su reloj.

"Sólo media hora, si así lo desea".

"¡Por supuesto!"

Se quitó el abrigo. La señora Kersten le ofreció el sillón de cuero y se sentó frente a él. Sus ojos recorrieron la habitación, cuya sencilla comodidad le agradó mucho. Luego su mirada se detuvo en la señora Kersten. Involuntariamente, la comparó con su propia esposa.

"Sí, de hecho, le hubiera venido mejor, directa y honesta como era, excepto por una sola mentira, que nunca le perdonó a la señora Kersten, porque la había hecho infeliz. ¿Cómo pudo esta mujer hacerle creer que estaba enferma de neumonía, cuando no lo estaba?" No sabía que su antigua enamorada también había sufrido por esta mentira.

Reimann sintió de repente que aún amaba a la señora Kersten. No tuvo el valor de admitirlo ante ella. Pero tenía que decir algo.

"Dígame, señora Kersten, cómo pasa sus días aquí. Dime de qué hablan tú e Ilse. Por cierto, ¿cómo está la niña ahora?"

La Sra. Kersten agachó la cabeza y un vaho apareció en sus ojos.

Reimann vio ahora que ella estaba sufriendo. ¿Por quién? ¿Ilse estaba gravemente enferma? ¿O cuál era la causa del dolor en sus ojos?

Ambos se sobresaltaron al escuchar un crujido y un tanteo en la puerta. Ilse cruzó el umbral con un susto.

"¡Ah, ahí estás! No debería haberte dejado sola durante tanto tiempo. Me alegro de que hayas venido -dijo la señora Kersten, levantándose y llevando a su hija a sentarse en la silla de al lado-. Reimann se quedó mirando su rostro pálido con sombras oscuras alrededor de los ojos. ¿Era ésta la chica que un día había comparado con una rosa roja en el jardín? ¿La chica que, a pesar de su enfermedad, podía reír tan alegremente? ¿De dónde había salido esa línea áspera alrededor de su boca? ¿Era el despertar de su alma, la lucha por la luz y el sol, tan fuerte que el frágil caparazón de su cuerpo estaba a punto de romperse? ¿O se trata de una nueva enfermedad? ¿La misma que había tenido el padre de la chica? Se levantó y tomó su mano delgada y suave.

"No te enfades, querida niña, si perturbo tu paz", dijo, con compasión, "sólo he venido a preguntar por ti y por tu querida madre".

Tras un momento de reflexión, Ilse respondió:

"Estoy bien, nada me molesta".

A Reimann le sorprendió que Ilse no hubiera preguntado nada sobre Bernhard hoy, algo que habría esperado.

La señora Kersten estaba sorprendida por lo mismo. De repente se acordó de su escena con Elfriede Mertin, y tuvo tiempo de preguntar antes de que Ilse hablara:

"Sí, Sr. Reimann, ¿qué teníamos que preguntar? ¿Se supone que Bernhard estuvo comprometido con la hija de un profesor?"

"¡Qué estás diciendo! No he oído nada de eso. ¿Un compromiso? ¿Mi hijo? Seguramente se trata de los caprichos de mi mujer".

La señora Kersten vio que los ojos de Ilse se llenaban de lágrimas y que la conversación versaba sobre la chica.

"Yo también creo que es pura palabrería", respondió ella, "es mejor que lo dejemos así".

"Espera un momento", dijo Reimann, "¿cuál es el nombre de la chica?"

"Elfriede Mertin", respondió Ilse, con la voz temblorosa. "Elfriede Mertin, hija del profesor Mertin".

Reimann se levantó, recogió su abrigo y sacó un periódico del bolsillo. Su mirada pasó sobre los anuncios. "Sí, es el mismo nombre. Léelo".

Estaba en blanco y negro:

"Recién casados: Elfriede Mertin y Hans von Reichenau".

## XXIII

Mientras el viejo Reimann abandonaba de nuevo la residencia de los Kersten, los recién casados se trasladaban a su apartamento, bellamente decorado, en la esquina de Kurfurstendamm y Knesebeckstrasse. Estos eran Hans von Reichenau y su esposa.

Elfriede irradiaba felicidad. Ahora era la esposa de su primo Hans, y en su noche de bodas, en su estado de felicidad alimentado por el champán, no había notado ninguna de las consecuencias del paso en falso de Elfriede.

Cuando Bernhard había emprendido su largo viaje meses atrás, ignorando a Elfriede, ella había pasado muchas noches despreocupadas y desesperadas. Varias veces se había colado en el parque zoológico al anochecer, con la intención de ahogarse en los canales del río Spree, pero el instinto de conservación había sido más fuerte, y cada vez regresaba a casa decepcionada. En la farmacia había conseguido incluso un poco de arsénico. Había escrito una carta de despedida a su padre, confesándole todo. Cada vez le fallaba el valor. ¿A quién podría confiar su ardiente secreto? Un día quería abrir su corazón con una tía, y al siguiente ver a un médico. Finalmente, ante la insistencia de la Sra. Grünfeld, que debió darse cuenta de que algo iba mal, le confesó todo, pero al mismo tiempo, de rodillas, le rogó que guardara estrictamente su secreto.

La señora Grünfeld opinaba que nadie se daría cuenta de nada si Elfriede y Bernhard se casaban en cuanto éste regresara. Fue entonces cuando llegó de repente la noticia del naufragio y de la muerte de Bernhard. La señora Grünfeld se encontró con Elfriede esa mañana, deprimida y llorando. No lloraba por Bernhard, a quien nunca había amado, sino por el estado desesperado al que ella misma se había llevado en su frivolidad.

La señora Grünfeld trató de consolarla de forma maternal, explicándole que había dos posibilidades: primero, podía contarle todo a su primo Hans y pedirle que se casara con ella a pesar de todo, y segundo, Elfriede podía ir a una comadrona y pedirle ayuda...

Elfriede rechazó la primera opción. Hans von Reichenau sería demasiado orgulloso para preocuparse por ella después de eso y se lo diría a su padre y a todo el mundo.

Decidió buscar a la mujer cuya dirección le había dado la señora Grünfeld. Después estuvo varios días en cama con fiebre, sin dejar que su padre ni ningún otro médico la examinaran. No podía hacer otra cosa, pues cualquier médico habría visto enseguida que había cometido un crimen contra la vida que estuvo germinando.

A medida que se recuperaba, se volvió hábil para acercarse a Hans von Reichenau, y hoy -la astuta mujer había ganado- iera su esposa!

## XXIV

El tranvía se detuvo frente al apartamento de Reimann. Un hombre con traje de negocios se bajó y se detuvo en la puerta del carruaje para ayudar al anciano a salir a la calle.

"¡Gracias, muchas gracias! ¡Ven a mi fábrica mañana! Aquí está mi tarjeta. Si no estoy allí, preséntese a mi procurador, el señor Lüders, y él le dará su recompensa. Le informaré inmediatamente por teléfono".

"¡Gracias, señor, gracias!"

Mientras abría la puerta principal para Reimann, le preguntó si necesitaba ayuda para subir las escaleras.

"Tomaré el ascensor. Por cierto, me siento mejor. Gracias".

El joven se quitó el sombrero, le deseó lo mejor y se fue.

Después de visitar a la señora Kersten, Reimann también se encontró con su amigo Bergmann y encontró consuelo en su difícil situación. Una hora más tarde estaba de camino a casa y tomó el tren urbano hasta la estación de Charlottenburg. Al salir de la estación, vio una gran multitud de personas reunidas en la Friedrichstrasse, que discutían acaloradamente sobre la socialización y los movimientos de huelga. El joven comunista habló con entusiasmo de la socialización de las minas y exigió que el gobierno despidiera a todos los funcionarios e ingenieros. También habló de la división de fincas y la transferencia de la agricultura a manos de los trabajadores. Reimann escuchó el discurso con indiferencia, pero se sobresaltó cuando el orador mencionó las fábricas de tejidos. Para su asombro, ahora se dio cuenta de que el agitador era uno de sus propios trabajadores.

El hombre también se había dado cuenta de su presencia y, avergonzado, comenzó a hablar en defensa de los capitalistas. Los trabajadores que estaban cerca se sorprendieron al principio, pero luego comenzaron a expresar sus protestas en voz alta. Éste no se dejó molestar, sino que continuó hablando, hasta que de repente uno de los hombres que estaban cerca le lanzó una cerveza a la cabeza. Esto fue como una señal para una revuelta general. En ese mismo momento se acercaron ruidosas tropas procedente de otro lugar, seguida de un grupo de soldados del regimiento de Reinhardt. Uno de los soldados lanzó una granada de mano a la multitud, que al mismo tiempo entro en pánico. Reimann quedó atrapado en una espiral humana y cayó. Un joven lo recogió y lo llevó a un lado, y en la Kantstrasse se encontraron con un conductor que los llevó a un transporte.

Cuando el tranvía se detuvo en el apartamento de Reimann, éste oyó a su mujer discutir con la criada a la salida.

Cruzó la puerta, se quitó lentamente el abrigo y entró en el comedor.

Se sentó y cerró los ojos como si estuviera agotado, pero sin sentir la necesidad de dormir. No podía pensar, tan confundido estaba por lo que había pasado. La criada vino y puso el tazón humeante en la mesa puesta. Inmediatamente después entró su mujer. La criada se fue de nuevo con lágrimas en los ojos. Reimann vio lo que ocurría a su alrededor, pero no se dio cuenta lo que pasaba. Sólo cuando su mujer le gritó más fuerte que de costumbre, molesta por la tardanza de su marido, abrió los ojos y la miró distraídamente.

Entonces ahora se asustó.

"¿Qué te pasa? Te ves tan extraño. ¿Te ha pasado algo?"

## XXV

Reimann había anunciado en varios periódicos que buscaba un socio comercial.

El procurador Lüders esperaba con impaciencia a su señor. Un tal Gerach había anunciado su intención de convertirse en socio, pero aún no había negociado. El Sr. Lüders tenía los papeles del contrato listos para firmar, pero, aunque los había redactado, no quería encargarse de los contratos definitivos.

Un coche se detuvo frente a la fábrica Reimann. Un distinguido caballero con un traje de piel se bajó y preguntó a uno de los trabajadores por la oficina de la fábrica.

"Directamente por aquí, y luego por las escaleras de la derecha", respondió la persona con la que hablaba.

Sin embargo, el caballero permaneció de pie en la puerta abierta, observando las máquinas. Se acercó con interés y preguntó a un trabajador y a otro sobre la finalidad de las distintas máquinas, el ahorro de mano de obra y otras cuestiones pertinentes. Luego recorrió la planta y la examinó desde las bases. Las máquinas le parecían demasiado viejas y los trabajadores no eran especialmente disciplinados. Tampoco había un capataz en la sala.

Sacudiendo la cabeza, subió las desgastadas escaleras. ¿Todos duermen aquí? No oyó ningún tipo de zumbido o ruido que indicara que se estaba trabajando. Además, estaba oscuro, y el escozor del aceite rancio se aferraba a la parte posterior de su garganta. Gerach tuvo que toser varias veces.

"¿Quién está ahí?" Una voz ronca salió de la oscuridad.

"¿Por qué no hay luz? Puedes doblar los brazos y las piernas aquí".

"Todavía no eres dueño de nada, así que aún no puedes hablar así".

"Deja de parlotear y dime dónde está la puerta de la oficina del señor Reimann".

"Estás parado frente a ella".

Oyó el golpe de la puerta al cerrarse y de pasos alejándose. El Sr. Gerach se adelantó y agarró el picaporte de la puerta con la mano. Llamó a la puerta. Después de un momento, la puerta se abrió. La luz del día deslumbró sus ojos al principio.

"¿Qué desea, buen señor?" preguntó el joven pálido con su voz nasal.

"Aquí está mi tarjeta. Por favor, informe al Sr. director".

"Sí, señor".

"Dígame, joven, ¿es común aquí que solo los que entienden puedan encontrar puertas? No se puede ver más allá de tu mano aquí".

"No señor, normalmente hay luz, pero hoy se ha ido la luz por unos fallos en el cableado. Por eso la mayoría de nuestros trabajadores no puede trabajar porque las máquinas funcionan con electricidad".

"¡Ya veo! ¡Ya veo!" La cara del Sr. Gerach se iluminó al escuchar esta explicación. Inmediatamente después, se escucharon pasos cautelosos provenientes de los ladrillos. La llave giró en la cerradura y Reimann, envuelto en su abrigo, entró en la habitación.

El secretario se fue.

Gerach se inclinó rígidamente y preguntó: "¿Tengo el honor de dirigirme al señor Reimann, el dueño de la fábrica?".

"Sí, soy yo. ¿De dónde vienes?"

"He visto que quieres un socio para tu empresa".

"Así es, así es. ¿Puedo invitarle a mi oficina?"

Reimann abrió la puerta del despacho e hizo pasar a su invitado. El aire caliente llegaba a la oficina, y mientras se quitaba el abrigo comentó:

"Estoy seguro de que encontrará demasiado calor para estar aquí. ¿No prefieres quitarte el abrigo?"

Gerach accedió.

"Es una pena tener una mano de obra sin formación en la fábrica. Ni siquiera saben cómo calentar. Por lo tanto, me disculparé".

"¡Por supuesto!" Gerach respondió con una sonrisa, y luego añadió: "Siempre ha sido mi costumbre investigar cuidadosamente varios aspectos antes de contratar a alguien o hacer cualquier otro acuerdo".

Reimann le miró directamente a los ojos.

"¿Y nunca se ha arrepentido de su elección?"

"Nunca".

"Entonces ustedes son lo que se llama chicos afortunados. Yo tengo la misma costumbre, pero debo decir que muchas veces me han engañado".

Reimann pulsó un botón y dijo al secretario que entraba: "Dígale al señor Lüders que venga con sus libros".

El negociante siguió preguntando por la situación de la empresa, y Lüders entró dejando sobre la mesa una pesada pila de libros. Después de que Reimann

presentara a los señores, Lüders situó los libros y una gran cartera de pedidos delante de su jefe.

"No necesito señalar", comenzó Reimann, "que se guardará la más estricta discreción entre ambas partes, aunque no se llegue a un acuerdo entre nosotros".

"Eso es natural. Entre hombres de negocios, esto apenas necesita ser señalado", respondió Gerach, poniéndose de pie y echando un vistazo al contenido del libro de contabilidad. Lo hojeó página por página y Lüders, que estaba a su lado, le explicó los puntos que le habían llamado la atención. Lüders no pudo detectar el más mínimo destello de emoción en el rostro del hombre. Era una de esas personas a las que comparaba con una caja fuerte que guarda todo en su interior sin revelar nada al mundo exterior. Reimann observó la operación junto a él con sentimientos encontrados.

De qué sirven los pedidos si escasean las materias primas. Y los altos precios superan cualquier beneficio. Hasta ahora, no había conseguido un excedente significativo. Ni siquiera las viejas máquinas que había comprado hace tiempo le sirvieron. Se dio cuenta de que Lüders había calculado mal en este punto y que seguía teniendo la tentación de llevarle a nuevas aventuras. Ahora se dio cuenta de que sólo un socio que pudiera invertir una suma considerable en el negocio podría salvarlo. Miró por encima de sus gafas al empresario. No le gustaba, pero le hervía la sangre al pensar en las consecuencias si no conseguía el socio que necesitaba.

Gerach cerró el libro como quien quiere decir: "Es un asunto sin importancia para mí".

Los ojos de los hombres se encontraron.

"Sí, señor Reimann", dijo el empresario. "Es todo muy bonito y claro. Pero el asunto ha dado un nuevo giro a mis ojos. Creo que todavía es demasiado reciente, no está suficientemente probado".

"¿Cómo es eso?" preguntó Reimann. "El asunto habla por sí mismo. Mira estos pedidos. Lienzo solo por cientos de miles, y aquí - ¡Sr. Lüders, tráigame los libros de compra!"

Lüders se fue y volvió con un pequeño paquete en la mano.

"Aquí puede ver, Sr., las sumas pagadas hasta ahora por la materia prima. Y ahora estoy esperando otro cargamento de fibra, aceite mineral y papel, así como de cuero, que es el más caro de todos. Como he dicho: no nos faltan pedidos".

Gerach pensó por un momento. Luego preguntó:

"¿Y cuánto capital crees que necesitarás?"

"Bueno, depende del volumen de pedidos que queramos entregar ahora y en el futuro".

"Así es. Digamos que 350 000 marcos. ¿Y cuántos intereses?"

"Sí, realmente depende de la división. Si me das el dinero sin él, por supuesto recibirás los intereses correspondientes. Si, por el contrario, es accionista, los intereses ya están incluidos. Pero si me prestas el dinero, digamos durante dos años, te pagaría la mitad en intereses".

"Bien. Así que digo que te presto el capital y no me convierto en accionista. ¿Qué garantías podría darme? ¿Entiendes...? ¿Y cuántas hipotecas hay en la fábrica?"

"140.000 marcos", respondió Reimann.

"¿Eso incluye las máquinas?"

"No, se compraron después y no forman parte de la fábrica. Estoy muy comprometido con la industria del tejido".

Gerach había encendido un habano y ahora echaba un fino humo por la nariz. Luego dijo, tras un momento de reflexión

"¿También eres el dueño de la casa, como me escribiste?"

"Sí. Vivo en la parte occidental de la ciudad".

Después de hablar un momento más, Gerach se levantó y dijo, poniéndose el abrigo de piel:

"Le informaré de la decisión en los próximos tres días". Reimann y Lüders se miraron como si quisieran leer la cara del otro respecto a Gerach.

Ambos estuvieron de acuerdo en que el inversionista estaba fuera de lugar. Cuando Reimann no dijo nada, Lüders dio rienda suelta a su enfado.

"Vi de inmediato qué tipo de hombre era. Va y examina primero el interior del pan antes de untarlo con mantequilla. ¡Yo no aceptaría eso! Si nos metiéramos en problemas con los intereses, nos ahogaría hasta la muerte. Un par de personas más se han presentado en respuesta a nuestro anuncio".

Lüders sacó dos cartas de su bolsillo y se las mostró a Reimann.

"¡Aquí! Una del Sr. Schröder - es extraño, la fecha de la carta es anterior a nuestro anuncio - y ésta de una tal Sra. Schmeckel, la casera. Le escribí y la invité aquí entre las cinco y las seis. Le pedí al Sr. Schröder que viniera entre la una y dos".

Reimann se levantó de su silla de un salto.

"¿Qué? ¿Has invitado a esa señora? lo que faltaba. ¡No quiero que me gobiernen mujeres histéricas que lo ponen todo patas arriba! ¡Ni hablar! Las mujeres están bien para las tareas domésticas y los trabajos ligeros con máquinas, pero las mujeres no sirven para gestión. Si estuviera contenta con su puesto, podría estar bien, pero por supuesto se mete en todo. ¡No! Ya he tenido suficiente de ese tipo de cosas".

Lüders se retiró.

"Muy bien, llamaré a la señora de inmediato y le diré que no es necesario que venga. Con eso bastará".

Lüders se fue. Reimann se quedó hojeando las cartas que habían llegado. Llegaron algunos pedidos, luego cartas de queja por el incumplimiento de los pedidos y amenazas de anularlos si no se entregaban en un plazo mínimo de una semana. Luego, esas viejas cartas de acoso por facturas impagadas. A Reimann se le subió la sangre a la cabeza de dolor.

En la planta baja había máquinas viejas e inservibles con correas de transmisión que se rompían como cerillas y tornillos corroídos por la falta de aceite. La noche anterior había estado allí para ver cómo, con extrema precaución, se podía hacer funcionar a dos de ellas. Y sin embargo, hace unos meses, habían funcionado perfectamente. Miles de trabajadores habían ido a Francia y Bélgica para reconstruir pueblos y ciudades destruidos por la guerra, y como resultado los salarios habían aumentado cada semana. Tuvo que adaptarse a las exigencias, de lo contrario se habría quedado solo en una fábrica vacía.

Además de todo esto, el gobierno quería que se entregara el treinta por ciento de la propiedad privada para el pago de las reparaciones de guerra, y el primer pago debía cumplirse a mediados del mes siguiente.

Su amigo, al que había escrito sobre su deuda hipotecaria, le contestó amablemente, pero le indicó que ya no se podía prolongar el plazo de espera. Al mismo tiempo, aconsejó al Sr. Reimann que se declarara en quiebra.

El Sr. Reimann se perdió en sus sombríos pensamientos. Parecía casi imposible hacer frente a la situación. Sin embargo, una de las salidas era entregar su fábrica a sus acreedores y asumir el trabajo de otros. Al fin y al cabo, ya no tenía un hijo quien le habría dado el impulso para tratar de mantenerse a flote por su cuenta.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la apertura de la puerta.

Lüders entró en la sala y presentó al Sr. Schröder como notario. "Notario", pensó Reimann. "Eso debe ser para mis acreedores. Ahora debemos mantener la cabeza fría".

El notario Schröder era un caballero pequeño y fornido cuyo rostro brillaba con una dulce benevolencia.

"Señor Reimann, he venido a discutir un asunto con usted", fueron sus primeras palabras.

Sacó tranquilamente sus cajas de puros del bolsillo y se las ofreció al Sr. Reimann.

"Gracias, señor notario. Acabo de fumar".

"Qué pena, son buenos holandeses".

Hizo girar el cigarro entre sus dedos, luego lo encendió y, echando el humo, comenzó a hablar:

"Le diré sin rodeos, señor Reimann, lo que me ha traído aquí. ¿Supongo que supondrás que vengo por el negocio de tus acreedores? ¡No! Te traigo un socio de negocios. Un amigo de muchos años, que está en el extranjero en este momento, me ha autorizado a negociar con usted.

¡Extraño! No da ninguna instrucción concreta, sino que se limita a decir que invertirá 400.000 marcos en su negocio. Esto conllevaría un tipo de interés del 5%, todo ello en beneficio de una mujer.

Todos los días se me asignan tareas para realizar, pero nunca he tenido un cliente tan cascarrabias. Pero no es tan sencillo, tengo que informarle de la situación y de todos los hechos necesarios. El hombre no quiere simplemente comprar un cerdo en un saco. Hace poco, alguien me escribió en el mismo sentido. Cumplí la orden y, sin embargo, después se me reprochó no haber sido lo suficientemente claro".

"Sí, señor notario", respondió el señor Reimann. "Estoy muy de acuerdo. En primer lugar, me gustaría que conocieran el estado de mi negocio. Le daré la información que desee sin dudarle. Puede estar seguro de que la fábrica que heredé de mis padres ha adquirido, a lo largo de los años, una base fiable y duradera. Tampoco hay duda de que la fábrica puede recuperar su nivel anterior a medida que aumenten los pedidos. Hoy yo, como muchos otros, me enfrento a muchas dificultades". Reimann entregó al notario los bonos de la hipoteca y pidió a Lüders que recogiera los borradores de las cuentas para que el visitante pudiera hacerse una idea lo más clara posible.

El notario Schröder se ajustó las gafas y examinó los papeles del tribunal mientras Reimann y Lüders esperaban en silencio el resultado del examen. Finalmente, el visitante apartó los papeles y le dijo a Reimann:

"Tengo muchos años de experiencia en estos asuntos. Por lo que veo, estás en un punto de inflexión. Si vende su fábrica, sólo podrá satisfacer a una parte de sus acreedores, mientras que por cuatrocientos mil marcos podrá poner su negocio en

buena forma. Por lo que a mí respecta, entonces, el asunto está resuelto. Mañana redactaré el contrato y le pediré que venga a mi despacho a las cuatro de la tarde. Para entonces tendré el poder de mi empleador y sabré el nombre de la mujer".

El notario estrechó la mano de los hombres y se marchó.

Lüders miró a su jefe, recordando la conversación anterior, y dijo con una sonrisa:

"¡Bueno! Una mujer, después de todo".

Reimann ya no prestaba atención y respondió distraídamente:

"Pase lo que pase, me voy a casa. Si ocurre algo inusual, llámame allí".

Reimann apenas había llegado a casa cuando recibió una llamada telefónica de la fábrica.

"¿Lüders"? - ¿Qué desea? - ¿De verdad? Eso es imposible. Bueno, dile a la Sra. Kersten que voy para allá. ¡Escucha! Dime, ¿tiene a su hija con ella? - ¿Sola? Gracias. Ahora mismo voy".

El Sr. Reimann volvió a ponerse el sombrero y regresó a su fábrica, donde le esperaba la Sra. Kersten.

"¡Bueno, señora Kersten! ¿Usted han venido? ¿Ha ocurrido algo inusual?" La señora Kersten sacó una carta de su bolso.

Reimann la miró sorprendido. De repente, se le ocurrió una idea. Cogió a la Sra. Kersten de la mano:

"¿Tienes alguna información sobre Bernhard?"

La señora Kersten no parecía esperar una pregunta y respondió con calma:

"No. No, es otro asunto. ¡Ahí está! Léelo tú mismo".

Reimann abrió la carta y la leyó a medias. Era del hermano de la señora Kersten, el cónsul Rasmussen, que había pedido a su hermana que acudiera al notario Schröder porque le habían encargado la redacción de un contrato para la fábrica Reimann. Debía ser redactado a nombre de la Sra. Kersten.

Reimann aún no había cumplido su parte.

"No lo entiendo en absoluto, señor Reimann", le interrumpió la señora Kersten. "En una de mis cartas a mi hermano mencioné que no estabas contento con la situación actual, pero eso no es culpa mía. Así que he venido a disculparme si te he hecho mal al revelar tus secretos". La Sra. Kersten sí parecía estar arrepentida.

"¡Mi querido amiga! No te aflijas. Al contrario, me alegro de que lo hayas hecho. Acaba de venir el notario Schröder y hemos llegado a un acuerdo sobre este asunto. Necesitaba un socio de negocios, y me alegro de tener uno en ustedes. Ahora puedo felizmente comenzar mi trabajo de nuevo".

"Mira lo que dice mi hermano. Debería ir a un abogado para que me asesore, para leer algunos artículos al respecto. Eso no me importa. Lo dejaré todo en tus manos. Sin embargo, piensa primero en ti".

Reimann le tendió la mano a la señora Kersten, diciendo:

"¡Gracias por su generosidad! Así que, mañana nos reuniremos en la notaría".

## XXVI

Bernhard se había tirado al mar con el capitán y el camarero. Intentó salir nadando del barco que se hundía con gran esfuerzo, pero pronto sus fuerzas empezaron a fallar. Gritó en vano a la gente en el bote. Estos infelices seguían luchando entre ellos, porque no había espacio para tantos. La destrucción de todo el grupo era inminente si no actuaban todos juntos para salvarse. Al abandonado le invadió un miedo terrible. Vio cómo el barco desaparecía por la fuerza de las olas en las profundidades del mar con un rugido. No podía mirar más. Se hundió bajo la superficie una vez, pero volvió a salir a la superficie. Hizo un nuevo esfuerzo y finalmente vio un bote salvavidas volcado a la deriva cerca de él. Por fin, tras muchos intentos inútiles, llegó a la quilla y se lanzó a ella con un largo salto. Yacía allí, medio inconsciente. Después de un tiempo en esta posición, se levantó y se colocó en la popa del bote, con las piernas abiertas. Ahora miró a su alrededor: inada más que cielo y agua! No se veía nada de un barco tan poderoso antes, y ninguno de los compañeros estaba a la vista. Sus pensamientos se detuvieron por un momento en Ilse y su padre, y luego pensó en el valiente capitán, que, fiel a su deber, había sido el último en lanzarse desde el barco que se hundía para ser tragado por el mar. Pero su juvenil entusiasmo por la vida y su antiguo coraje empezaron a regresar, y le llevaron a pensar en formas de salvarse de la deriva en alta mar. ¿Podría hacer una señal a un barco que pasara cerca del lugar del accidente? - El sol ya se estaba poniendo. Por un momento se suspendió sobre el horizonte, de color rojo brillante, pero al final él sol y su crepúsculo se desvanecieron tras la línea extrema del horizonte, dejando al hombre abandonado a su suerte y a la noche oscura.

Con la desaparición de los fenómenos externos que llamaban la atención, el hambre y, sobre todo, la sed eran ahora recordatorios de su existencia. La noche pasó en una agonía silenciosa. A veces Bernhard pedía ayuda a gritos, pero al mismo tiempo le parecía inútil. Llegó la mañana, el mar brilló con el resplandeciente oro del sol naciente. La esperanza se reavivó de nuevo cuando vio el humo de un barco de vapor en la distancia. A su alrededor flotaban los restos de la nave. Agarró un trozo de tablón con la mano, clavó su camisa en él y lo agitó lo más alto que pudo. Pero la estela de humo se alejó y finalmente desapareció de la vista. Sin embargo, Bernhard siguió agitando su bandera de emergencia como si fuera el último y único medio de rescate.

Por segunda vez, su atención se dirigió a un punto que parecía moverse a lo largo del mar. ¿Qué fue eso? No era un barco, pues no salía ningún tipo de humo. La punta se acercaba como una ballena, pero tampoco podía ser eso. Agitó su bandera con desesperación. Sorprendentemente, el punto se hizo más y más grande, y para su asombro vio que era un submarino. Su tripulación había detectado la señal de socorro y había virado su rumbo para rescatar al vagabundo. Pronto fue subido a bordo por los gallardos marinos estadounidenses, y se desplomó en la soleada

cubierta, agotado por el esfuerzo que había realizado. El submarino continuó su viaje hacia Marsella. No tardó en encontrarse con un vapor portugués que se dirigía de Lisboa a Ciudad del Cabo. Reimann fue trasladado del submarino a éste, y en el camarote del capitán pudo recuperarse tranquilamente de las consecuencias del accidente. Casi inmediatamente cayó inconsciente en un agotador sueño, del que no despertó hasta el día siguiente. Sintiendo que podía arreglárselas sin ayuda, salió a caminar. Se reunió con el entrañable capitán y le agradeció su amable trato, y paseó por el barco, disfrutando de nuevo del sol y del aire fresco del mar. A continuación, el capitán escuchó el relato detallado acerca del naufragio y luego le explicó al narrador que no puede abandonar el barco hasta llegar a Ciudad del Cabo. El día anterior esto habría sido posible en las Islas de Cabo Verde, pero Bernhard aún estaba demasiado débil en ese momento. Bernhard dijo que estaría encantado de seguir a bordo y ofrecer sus servicios siempre que fuera necesario.

El barco se acercó a la colonia británica del Cabo, que se alzaba orgullosa en la ladera norte de la montaña Laaki. Bernhard observó con fascinación que la vida en este puerto era muy diferente a la habitual. Pero quería llegar pronto a casa. Al día siguiente, un barco holandés debía regresar a Europa, a Vlissingen, y Bernhard entabló negociaciones con el capitán. Le contó su accidente, le presentó sus papeles, que afortunadamente aún estaban en el bolsillo de su abrigo, y pudo convertirse en médico de a bordo durante un viaje. A continuación, se dirigió a la ciudad y se sentó en un café cercano a la orilla para pasar el tiempo con una copa del aclamado vino Constantia.

Pero ésa fue su desgracia. Cuando llegó la noche, Reimann salió del café con la intención de esperar la mañana caminando por el muelle, pero fue entonces cuando comprobó que las palabras de Schiller eran ciertas: "No se puede hacer una alianza eterna con las fuerzas del destino". Se enfrentó en la carretera a varios marineros borrachos que empezaron a buscar pelea. Bernhard se defendió con decisión. Sin embargo, los hombres les superaban en número. De repente, sintió un fuerte dolor en la espalda. Uno de los marineros lo había apuñalado. Cayó inconsciente en el pavimento. Sus oponentes le atacaban ahora como hienas, robándolo y luego desaparecen con su botín.

Cuando Bernhard volvió a abrir los ojos, estaba en el hospital, donde había sido rescatado de la calle por personas misericordiosas. La puñalada le había hecho una herida abierta en la espalda y también había dañado un pulmón. La recuperación fue lenta debido a la peligrosa infección que contrajo además de todo lo demás, y pasaron meses antes de que Bernhard pudiera volver a intentar el viaje a casa. El superintendente del hospital le redactó un certificado en el que se indicaba que era un médico alemán que había perdido su documentación en un naufragio, lo que permitió que Bernhard se reintegrara como médico en un barco de pasajeros holandés con destino a Rotterdam.

El Dr. Reimann llegó a tiempo y tomó posesión de su nuevo puesto. El barco levantó el ancla y comenzó su viaje por Europa. Tras veintisiete ruidosos días, el barco ancló en el puerto de Rotterdam.

Reimann quería llegar a casa lo antes posible. En cuanto llegó a Rotterdam, se compró un billete para Arnhem y de ahí a Wesel. Por fin pudo volver a pisar su morada natal y oír hablar su lengua materna. - Ahora envió un telegrama a su padre para anunciarle su regreso.

## XXVII

Unos días después de su visita al notario, Reimann salió de la oficina con el corazón alegre. Acababa de salir a la calle por la puerta de la fábrica cuando un mensajero del telégrafo le salió al encuentro con un mensaje.

"Bueno, eso es todo lo que necesitamos", refunfuñó al mensajero. "Me voy a casa ahora. Llévelo a la oficina".

"Como quiera, señor Reimann", respondió el chico.

"¿De dónde viene?" preguntó Reimann con curiosidad, y aceptó el telegrama de todos modos.

¿Qué? ¿Cómo? Se le cayó el bastón y se rozó las sienes con confusión, como para asegurarse de que estaba plenamente consciente. Una y otra vez leyó las pocas palabras del mensaje: *"Llegare esta noche - Bernhard."*

Luego cogió su bastón, llamó a un coche y se fue a casa. Los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. ¿Era realmente posible que su hijo hubiera sido rescatado del naufragio? ¿Tenía Ilse razón después de todo? Cuando llegó a casa, llamó a su mujer a la puerta y le entregó el telegrama. Lo miró con indecible asombro, y ahora, después de muchos años, la señora Reimann besó a su marido, llorando de alegría. La cena ya estaba en la mesa, pero ¡quién podría haberla tocado! Reimann no podía quedarse quieto. Se apresuró a salir... ¿a dónde? ¿A casa de la Sra. Kersten? - Sí, ahí es donde tenía que ir, a contarle a ella y a Ilse las buenas noticias. Incluso ahora, el coche no era lo suficientemente rápido. Estaba fuera de sí por la impaciencia.

Por fin, el coche se detuvo frente al cobertizo del jardín de la señora Kersten. Reimann abrió la puerta de un empujón, y la señora de la casa, que ya había visto entrar al visitante por la ventana, se apresuró a salir a su encuentro. Se alegró de contarle que su hermano Rasmussen había llegado de Tatra y se quedaba con ella.

"Yo también tengo una agradable sorpresa para usted, señora Kersten", dijo Reimann, "pero venga, digo, en presencia de Ilse".

Entraron. Reimann saludó amablemente a Rasmussen y luego dijo:

"Hoy he recibido un telegrama - - - -."

"Su hijo ha regresado", intervino tranquilamente el mexicano. "Lo sé, y ya se lo he dicho a mis familiares".

Reimann miró sorprendido al rosacruz. "¿Cómo pudo saber eso?" fue el contenido de su mirada interrogativa.

No le dieron tiempo para pensar. La Sra. Kersten e Ilse le estrechan la mano y le felicitan por el regreso de su hijo.

Entonces Reimann miró su reloj y dijo:

"Es hora de ir a la estación. ¿Vendrá con nosotros, Sra. Kersten?" Aceptó de buen grado y dejó a Ilse al cuidado de su hermano por el momento.

El coche se dirigió de nuevo hacia el apartamento de Reimann, esta vez para recoger a la señora Reimann. Aunque sorprendida por la presencia de su antigua rival, no pudo decir nada ofensivo, tanto se regocijaba por ver de nuevo a su hijo. Fueron a la estación, y el ambiente de alegría que compartieron borró todas las antiguas rencillas entre las mujeres. Conmovidos y felices, se tendieron la mano y, charlando animadamente, los tres esperaron el regreso de quien creían muerto.

El tren atravesó la campiña alemana. Bernhard miró por la ventanilla de su carruaje con alegría el resurgimiento, por doquier visible, de una nueva diligencia e industria entre sus hermanos alemanes. ¿Se habían desvanecido ya las ideas espartanas, las tropas ya habían vuelto en sí? ¿Habían llegado a comprender que sólo el trabajo puede hacerte feliz y salvarte de la ruina? Al menos eso parecía, y esta certeza hizo que su corazón latiera cada vez más rápido.

Osnabrück-Hannover-Berlín. Bernhard estaba en casa.

Saltó enérgicamente del tren a los brazos de su padre. Saludó cordialmente a su madre y besó la mano de la señora Kersten una y otra vez. La señora Reimann acarició los rizos rubios de su hijo y lo sostuvo en sus brazos, como si quisiera tenerlo siempre con ella. Bernhard finalmente le pidió que lo dejara.

Con él, la felicidad y la paz volvieron por fin a la familia Reimann.

## XXVIII

De nuevo, habían pasado meses. Bernhard había hecho prometer a Rasmussen que la cura de Ilse llegaría por fin. El rosacruz llevaba varios días preparándose para ello, siguiendo una dieta prescrita.

El sol brillaba en el oeste, rodeado por un círculo verde y dorado. Una gran nube en forma de pulpo la rodeaba con sus ventosas y parecía estar a punto de tragarse aquella poderosa estrella. Un chaparrón silencioso salpicaba agua como el eco de un día de tormenta.

En la casa de la señora Kersten estaban sentados tres creyentes, el rosacruz, Bernhard e Ilse. Reinaba el silencio. Sólo el tic-tac del reloj de pared y el lento chapoteo de las gotas de lluvia del alcantarillado eran señales del mundo exterior.

Una suave brisa entraba por la ventana abierta, como un soplo del espíritu que quiere penetrar en la habitación y expulsar el aire pesado. Era como si todos notaran simultáneamente el aliento fresco de la noche. La conversación se animó. La mirada de Rasmussen se detuvo en un pulpo que revoloteaba frente al sol.

"Ha llegado el momento. Tiene que serlo", pensó. "Te alejaré para que el ojo del sol pueda volver a brillar libremente. Que disipe la oscuridad".

En ese mismo momento, se oyó el viento que recorría la habitación.

"¿Cierro la ventana, Ilse?" preguntó Bernhard con preocupación.

"No", respondió Rasmussen de inmediato. "No es una brisa natural, sino una señal de la presencia de un maestro invisible. Mi maestro Nahuatl me está ayudando hoy".

Ilse, que había estado ensimismada con las últimas palabras de Rasmussen, pareció escucharlo.

"El ojo del sol debe volver a brillar", susurró. "Debe disipar la oscuridad", dijo.

Con un repentino torrente de lágrimas, su delicado cuerpo empezó a temblar cada vez más intensamente.

"¿Quién habla así?" preguntó Bernhard.

"Mi maestro, oigo su voz con mi oído espiritual".

"Él ha entendido", susurró Rasmussen. "La curación comienza, y estoy seguro de los resultados".

Se puso en pie y, con gestos solemnes, extendió sus palmas de las manos hacia el sol.

Ilse levantó la cabeza; parecía que había sentido la luz. Había un brillo encantador y suave en su frente.

El viento aún se podía escuchar afuera mientras rodeaba la casa. La campana de la torre dio lentamente las seis campanadas.

"La hora de oro", dijo Rasmussen. "¿Ves allí", le susurró a Bernhard, "ves allí la estrella que brilla en el verde crepúsculo de la tarde?"

"La Estrella vespertina", respondió Bernhard.

Ilse se había levantado como si fuera elevada por un rayo mágico. Su frente se dirigió hacia la misma estrella que Reimann había mencionado.

"La hora dorada", repitió con voz temblorosa. "Sé lo que es la hora de oro".

Sus manos tantearon la habitación hasta que se encontraron con la mano derecha de Rasmussen. Luego apretó su frente contra la palma de su mano. Ella levantó la cabeza, movió los labios como si fuera a hablar, y luego volvió a apretar su frente contra la mano de él, que permanecía inmóvil como una estatua, con los ojos fijos en la distancia infinita del cielo, y sonriendo como un dios.

Pasaron los minutos. Un profundo silencio llenó la habitación. Aun así, la chica mantuvo la cabeza apretada contra la mano del rosacruz. Poco a poco, lentamente, el éxtasis se convirtió en un sueño suave y refrescante. Bernhard cogió a la niña, que había caído en un sueño profundo, y la acostó en el sofá junto a la estufa. El rosacruz se acercó a la chica y, a falta de una manta, le tendió su abrigo.

"Ya está", dijo. "Ahora debemos dejar el trabajo al invisible maestro Náhuatl. Las vibraciones de nuestros cuerpos materiales tendrían un efecto perturbador en su cuerpo astral, mientras se materializa en esta habitación. Más adelante, cuando estés más avanzado, podrás estar presente en dicha materialización".

¿Qué aspecto tiene ese espíritu?" preguntó el joven con curiosidad.

"Bueno, cómo decirlo, es brumoso como un fantasma. Pero muchas veces la figura se vuelve tan sólida que no se diferencia en absoluto de nuestro cuerpo físico, y a veces sucede que tales iniciados en un estado materializado transitorio pasan entre nosotros en las calles sin que notemos nada peculiar."

En el vestíbulo estaba la señora Kersten. Desde la cocina olía a pan recién horneado y a café fragante.

La madre de Ilse aún no había sido informada de la recuperación de su hija. Cuando vio a los dos hombres, corrió hacia ellos.

"Es tarde", comenzó, "y ustedes, caballeros, han estado mucho tiempo en la habitación, pero no se opondrán a una taza de café". Una sonrisa muy agradable apareció en su rostro.

"Debemos irnos ya", dijo Rasmussen, tocando ligeramente el hombro de su hermana con la mano.

"No podemos disfrutar de nada, porque hoy Ilse recupera la vista".

La señora Kersten se puso pálida y sus rasgos expresaban una mezcla de alegría y dolor. Entonces preguntó asombrada: "¿De verdad crees que no habrá ningún percance?".

"Estoy absolutamente seguro del éxito", dijo Bernhard con convicción.

"Bueno, entonces, en nombre de Dios", dijo la señora Kersten. "¡Que el Salvador conceda que mi deseo se cumpla por fin!"

Los tres habían entrado en la habitación contigua. Rasmussen instó a los demás a tomarse de las manos y a orar interiormente. De repente, el cuerpo del rosacruz se estremeció y dijo en voz alta: "Se ha cumplido. Gracias al Maestro, él ha acudido".

"Vera mi hija... ¡Oh Dios, puedes aún mostrar tanta misericordia con la pobre muchacha!" gritó la madre, llorando.

Los tres se sentaron en silencio en la mesa.

Las primulas rojas alpinas, las flores favoritas de la señora Kersten, decoraban los marcos de las ventanas. Afuera, un girasol gigante agitaba su cabeza y de vez en cuando tocaba el cristal de la ventana.

En la pared sobre la puerta, el lema "Fe - Voluntad" estaba cosido en seda azul.

De repente, la Sra. Kersten dijo, refiriéndose a la frase:

"Ahora creo".

"Es justo y ahora necesario, pero ¿sabes, querido amigo", dijo Rasmussen a Bernhard, "lo que significa creer en la curación?"

"Sólo lo presiento. Nosotros, los humanos, en estos tiempos intelectuales, hemos olvidado a todas luces el arte de realizar curaciones por la fe."

"A menudo me llamas rosacruz", continuó Rasmussen. "¿Te enseñó una clase magistral de la Rosacruz?"

Bernhard escuchó atentamente, arqueando las cejas.

"¿Sabes", continuó Rasmussen, "lo que acaba de levantar tus cejas, lo que te puso en estado de expectación, excitó tu cuerpo para recibir la chispa que esperabas como pensamiento, pero que no es pensamiento, sino fuerza y luz?"

Mírate en el espejo. Tus rasgos faciales están ahora todos tensos con la expectativa interior, convergiendo en un solo punto. Si te fijas bien, verás que este punto está por encima de las cejas, en el centro de la frente. Puede que no lo veas, pero yo veo el centro brillando y envolviendo tu cuerpo con sus rayos. Lo entenderás cuando hayas bebido el "vino de luz" rosacruz que fluye de él".

"Vino de luz", susurró Bernhard. "¡Un hermoso nombre!"

"Y un hecho aún más hermoso", respondió Rasmussen. "Estamos llenos de poros para este vino oculto de la luz. Sí, todo el cuerpo no es más que su vaso, su copa. Nuestro cuerpo es el propio cáliz del Santo Grial, que irradia y brilla con este vino. La creación entera está esperando este milagro, en ella volverá a ver el sol cegado... Toda la naturaleza respirará aliviada. ¡Ven!"

Rasmussen se había levantado como un sonámbulo; cogió a Bernhard de la mano y lo llevó a la habitación donde descansaba Ilse.

Cuando entraron en la habitación, la vieron sentada erguida en el sofá, con las cejas levantadas, pero con los ojos todavía cerrados.

La señora Kersten había observado en silencio.

"Tal como dijiste el otro día", dijo Bernhard. "Ahora yo también veo un vacío como el brillo de un ojo en la frente..."

"Es la misteriosa glándula pineal, la glándula pinealis, la ventana del alma", dijo Rasmussen. "Con este ojo espiritual el hombre puede ver, aunque sus ojos ordinarios estén cegados.

Pero usted sabe, como médico científico, que no se trata de estímulos desde la superficie sino desde el centro, lo que podría llamarse inducción central. Los nervios ópticos están conectados a esta pequeña glándula.

Como diagnóstico, diría que Ilse nació con los nervios ópticos atrofiados. El trabajo del maestro era conducir la corriente vital, como la electricidad, desde la glándula pineal hasta los ojos y así expandir los nervios ópticos. Un fenómeno perfectamente natural, como puedes ver.

Observe, mi querido doctor, que cualquier ciego podría ver mediante el uso de la glándula pinealis si adoptara el sistema de desarrollo prescrito."

La ciega se había levantado y ahora caminaba con las manos extendidas hacia los hombres absortos en su conversación.

"Una vez más tu mano, tío", dijo, "pero ahora ya no deseo dormir y soñar, sino ver despierta. También puedes concederme esto; el maestro que vino a verme me lo dijo".

Volvió a presionar su frente contra la mano derecha de Rasmussen, y de nuevo permaneció de pie en la misma extraña posición de antes.

"Soñé", comenzó la ciega Ilse, "que un hombre estaba ante mí sosteniendo un cáliz de oro en su mano. Cuando bebí de él, estaba como embriagada, pues lo que había en mí no tenía sentido, y en este estado de éxtasis vi..."

Parecía querer abrir los ojos.

Rasmussen recitó un mantra:

"Al conocedor, la palabra le da poder.

Que nadie lo pronuncie - nadie lo pronuncia excepto el que lo pronuncie en su propio cuerpo. El contenido de la palabra es la voluntad divina, la voluntad creada nada sabe de ella..."

Luego murmuró en silencio para sí mismo y, adoptando su postura anterior, pronunció:

"La palabra da poder al que la sabe. Quiero que tengas la vista". Ahora le cogió la cabeza con las dos manos, le acercó los labios a la frente como si quisiera besarla, y sopló su cálido aliento en el punto situado sobre la glándula pineal.

Se oyó un extraño correr de grandes aguas desde la habitación, y como si un relámpago atravesara la sala.

Un maravilloso olor invadió las narices de los presentes.

La chica se quedó inmóvil. Entonces abrió los ojos y miró primero a los dos hombres y luego a su entorno con gran asombro.

La señora Kersten, que hasta entonces había permanecido detrás de los hombres, lanzó un grito de triunfo. Ilse conocía la voz de su madre y se echó sobre su cuello exclamando: "¡Mi querida madre, mi querida madrecita!".

La señora Kersten le tendió la mano a su hermano y le dijo: "Nunca en mi vida podré agradecerte lo suficiente por esto. El Señor me ha bendecido hoy sin méritos".

Ilse miró a su alrededor, todavía maravillada, y luego fijó sus ojos brillantes en su tío y Bernhard.

"Tal y como te había imaginado, y sin embargo diferente", dijo.

El rosacruz mantenía una calma inquebrantable, pero en el cerebro de Bernhard se agitaban pensamientos confusos.

Tenía que ser como Abraham, que, según la leyenda, había ahogado a sus antiguos ídolos.

La estructura de sus conocimientos científicos se había tambaleado estrepitosamente. Había experimentado cosas que ridiculizaban su pensamiento lógico. El nervio atrofiado y anatómicamente enfermo había vuelto a ser funcional. La chispa había vuelto a recorrer el cable interrumpido.

¿Milagro? ¡Imposible! Todo sucedió según las leyes inmutables.

Mientras extraños pensamientos cruzaban su cerebro a la velocidad del rayo, algo más misterioso estaba sucediendo.

Los ojos de Ilse habían vagado por la habitación, inquisitivos, como los ojos de una esfinge despierta, hasta que por fin se fijaron en los de Bernhard.

¿Qué vio en ellos?

Nunca pudo olvidar esa mirada.

Nunca se habían visto antes, y ahora parecían dirigirse hacia él, llenas de amor virginal y puro. ¿O se ha equivocado? ¿Esa mirada de poder indescriptible y encantador era realmente para él, sólo para ella?

¡En efecto! Este ojo de halcón se había dirigido a él, le estaba llamando.

Y cayó frente a ella, tomó su mano derecha y la cubrió con sus apasionados besos, pues algo aún le detenía: el poder mudo de esta mirada.

Entonces oyó que el rosacruz se acercaba a ellos. Los separó suavemente a ambos, diciendo:

"Hija mía, inclínate primero ante el poder que te ha sacado de las tinieblas a la luz".

Sacó del bolsillo del pecho una cruz de oro con rosas de plata alrededor.

"Pon esto alrededor de tu brazo", dijo.

"La cruz ha brotado. Se ha abierto una rosa. Que se convierta en una cruz vivificante en las manos de todas las personas".

"No fue mi mano la que te curó".

"Pero ahora, querida niña, no debemos forzar tus ojos. Los nervios deben acostumbrarse a la luz del sol".

Pidió a su hermana un paño negro y lo ató sobre los ojos de Ilse.

"Ahora, durante siete días, hay que dejarles ver el sol naciente y luego cubrirse los ojos para descansar durante el día".

"Y ahora arrodillémonos y demos gracias".

El rosacruz levantó la mano en señal de bendición hacia el este y recitó solemnemente:

"Benditos sean los que vivieron antes que nosotros, los que viven con nosotros y los que vienen después de nosotros. Gracias a sus espíritus guías e invisibles. Benditos sean los que están por encima y por debajo de nosotros, a nuestra derecha y a nuestra izquierda, gracias a sus poderes encarnados. Dichosos los que nos aman y los que no nos aman. Gracias a las almas que habitan en ellos. Que el poder del náhuatl nos bendiga, y que sus hermanos servidores e invisibles protejan a esta niña hasta el final de su vida. Amén".

Todos repitieron el amen en señal de reverencia.

Cuando se hubieron levantado, Rasmussen continuó:

"Lo que ha ocurrido aquí ha sucedido por el poder de la cruz, que no es un signo de muerte, sino una cruz de rosas florecidas".

Mostró a los presentes el símbolo que tenía en la mano.

"No honramos al que cuelga muerto en la cruz, pero nosotros, los rosacruces, somos los primeros de entre las personas vivas hoy en día que no consideramos la cruz como un árbol de tortura, sino como algo mucho más santo.

Sé que la muerte es sólo una máscara para el poder desconocido que actúa en ella.

La muerte no existe.

Lo que, al morir, cae al suelo para convertirse en tierra, vuelve a la vida por el poder de esa tierra.

INRI

**"¡Igne natura renovatur integra!"**

La tierra nos acoge sólo de paso para renacer. Sólo nosotros, los ignorantes, no nos damos cuenta de eso.

"Pero cuando la nueva primavera venga del oeste" -se refería al sol poniente- "y no del este a través de la tierra, aprenderemos a conocer esto. De eso no puedo decir nada de esto todavía. Pero la antigua tierra azteca en el oeste dará lugar a una nueva vida".

El rosacruz extendió su mano a todos y se fue.

También Bernhard dejó a Ilse sola con su madre.

## XXIX

En las semanas siguientes, Ilse tuvo que acostumbrar sus ojos a la luz del día y a la visión.

Extrañamente, no podía distinguir entre los distintos tipos de animales; confundía perros y gatos y confundía obstinadamente las plantas movidas por el viento con animales.

Lo mismo ocurría con las personas. Al principio no le fue posible aprender a distinguir a las personas por los rasgos faciales, pero por otro lado tenía una extraña habilidad para ver más que los demás. Porque veía a la gente rodeada de un halo de luz de distinto color. Su madre estaba para ella siempre velada en una nube rosa, rojo y azul, mientras que los furiosos y los jactanciosos se cubrían con una niebla roja llena de destellos de relámpagos fulgurantes, y los envidiosos se ocultaban en una sucia niebla de niebla amarilla.

Sólo ahora Ilse comenzó a vivir. Había creado sus primeros destellos de un mundo que hasta entonces había permanecido en su mente como un mundo de sueños y pensamientos.

Así que sí existía el mundo maravilloso del que Bernhard le había hablado antes.

Ahora que podía contemplar la alegría de la creación de la naturaleza así como el esplendor y las maravillas que sólo había podido vivir en su imaginación, se llenaba de una felicidad inexpresable, acompañada de la omnipotencia estimulante y vigorizante del amor.

Ahora, en sus paseos, veía los prados con su fresco verdor y sus variopintas flores, aprendía a conocer las rosas blancas, rojas y amarillas, los narcisos y los claveles, que hasta entonces sólo había distinguido por su olfato.

Todo lo que ocurría a su alrededor lo absorbía con gratitud en su alma, y a menudo sus ojos se dirigían al cielo azul y sus manos se unían en una devota alabanza.

Bernhard la acompañaba a menudo en estos paseos y ambos hablaban de su futuro y del país de sus sueños.

Y una vez sucedió que Ilse se cayó al lado de Bernhard, sin saber ni darse cuenta de que nada más estaba rodeada de un mundo lleno de amor, que estaba a salvo con un corazón lleno de amor, protegida por sus fuertes brazos.

Aunque ella había encerrado a Bernhard en su alma, todo el poder inutilizado del corazón, del que sólo es capaz quien nunca había amado de esa manera, fluía ahora en su alma.

Un día Ilse le dijo:

"¡Desearía poder decirte, mi querido amigo, cómo estoy con toda mi alma contigo, y cómo tu amada imagen, que puedo ver incluso con mis ojos físicos, está siempre ante mis ojos!"

¡Y Bernhard!

¿Fue capaz de interpretar la enormidad de su amor por este ser angelical? Antes era capaz de describirle a la chica ciega las flores, los paisajes, las mariposas, pero ahora no tenía palabras. Nunca había amado así antes. Algo sagrado cobró vida en su corazón, lo más grande y mejor que un hombre puede sentir por una mujer.

Ante ellos se extiende todo el país del amor con todas sus maravillas, y por un rato más se han convertido en sus habitantes.

La milagrosa curación de Ilse había sido la comidilla de Berlín. El profesor Mertin había rendido, a través de los periódicos, un homenaje público al rosacruz.

La señora Kersten ya empezaba a sentirse incómoda mientras llegaban miles de peticiones y suplicantes con la esperanza de ser curados por el rosacruz. Sin embargo, éste rechazó a todos los suplicantes y pronto se preparó para regresar a México.

También la Sra. Kersten tuvo que darse prisa, ya que los preparativos de Ilse tenían que estar terminados antes de la boda, que de nuevo estaba prevista para antes de la partida de Rasmussen.

En su alma, los poderes más profundos de Ilse se desarrollaban diariamente hasta su más bello florecimiento.

Su talento innato como pintora estaba dando resultados cada vez más notables. Lo que hasta entonces había podido soñar en sus pensamientos, ahora podía realizarlo para su gran alegría. Todo le parecía ahora mucho más hermoso ahora, y los años pasados, los sufrimientos y las pruebas que había soportado, se desvanecían como una sombra en el olvido.